

Genaro Xavier Vallejos (1897-1991): biografía, semblanza y producción literaria de un sacerdote sangüesino

CARLOS MATA INDURÁIN

Este trabajo constituye un acercamiento general a la producción literaria del sacerdote y escritor sangüesino Genaro Xavier Vallejos (1897-1991), y no pretende, en modo alguno, agotar todas las facetas y perfiles de su rica personalidad. El objetivo principal de las siguientes páginas no es, por tanto, reconstruir de forma completa y minuciosa la trama biográfica del autor, trazar su etopeya o estudiar detenidamente otros aspectos importantes de su figura, como por ejemplo su actividad periodística. Lo que me propongo es llevar a cabo un recorrido por sus obras estrictamente literarias, no por desconocidas -en general- menos interesantes. En fin, me ha parecido oportuno añadir al final un apéndice en el que transcribo algunos textos del autor, habida cuenta de que sus obras no resultan siempre fáciles de localizar, por corresponder a ediciones antiguas y agotadas hace tiempo. Creo que los fragmentos seleccionados son bastante representativos del arte literario de G. X. Vallejos, y espero que la lectura de esta pequeña antología sirva también como una invitación a conocer los textos completos de sus obras.

Antes de entrar en materia, quisiera mostrar mi más sincero agradecimiento a don Alfredo López Vallejos, sobrino del autor, quien ha tenido la amabilidad de atender mis consultas, en distintas ocasiones, y de proporcionarme diversos datos que he aprovechado en el curso de mi investigación¹. Igualmente, he de agradecer a la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona todas las facilidades dadas a la hora de llevar a cabo este trabajo; en efecto, allí se conservan y he podido examinar varias obras de Genaro Xavier Vallejos, que no se encuentran en la Biblioteca General de Navarra ni en la propia Biblioteca Nacional, en Madrid, centros donde también he trabajado y consultado algunos textos.

1 Don Alfredo López Vallejos, párroco de Badostáin y profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y el Seminario Conciliar de Pamplona, conserva además cierta documentación sobre el autor (textos literarios inéditos, borradores de los ya publicados...) que podrá enriquecer posteriores investigaciones sobre el ilustre sangüesino.

1. Introducción. Datos biográficos y semblanza personal

Genaro Xavier Vallejos Jabala (Sangüesa, 1897-1991), sacerdote y escritor, es un sangüesino ilustre cuya biografía, arrancando de finales del siglo XIX, recorre después buena parte del XX. Dejando aparte su importante actividad en el terreno sacerdotal y misional² -que rebasa los límites que aquí me he trazado, su nombre merece ser también recordado, sin duda alguna, en el panorama de la historia literaria de Navarra. Tradicionalmente se ha venido indicando que Navarra ha aportado muy pocos nombres a la historia literaria, y algo de verdad hay en esa afirmación. Sin embargo, igualmente cierto resulta que algunos de esos escritores, más o menos importantes, con los que contamos, resultan incluso para los propios navarros poco o nada conocidos³. Ciñéndonos ya al autor que ahora nos ocupa, que cuenta con una producción literaria de cierta extensión, es muy poco lo que hasta la fecha se ha escrito sobre él (véanse las escasas entradas que recojo en la bibliografía). Por ejemplo, cabría recordar las palabras que le dedica José María Corella en su *Historia de la literatura navarra*:

Genaro Javier Vallejos, nacido en Sangüesa en 1897, sacerdote, es un poeta de finísima sensibilidad, que eleva por medio de su verso admirable cualquier pequeño detalle de la vida cotidiana hasta cimas insospechadas. Poeta de la sencillez, sus versos son laboriosamente trabajados, medidos, rítmicos, perfectos.

Vallejos comenzó a cobrar fama a través de su colaboración literaria en el desaparecido diario El Debate. Dicha colaboración se centraba en un breve comentario al santoral de cada día y constituyó una preciosa filigrana literaria que llamó poderosamente la atención. Después, con Volcán de amor, drama sacro de excelente factura, el escritor obtuvo uno de sus más resonantes éxitos.



- 2 Así sucedía, por ejemplo, con Francisco Navarro Villoslada (Viana, 1818-1895), personaje relegado al olvido, al que he dedicado algunos trabajos tratando de recuperar distintas facetas de su personalidad: era conocido únicamente como novelista histórico, aunque tuvo una destacada actividad como político y periodista, además de cultivar, como literato, todos los géneros practicados en su época.
- 3 José María Corella, *Historia de la literatura navarra. Ensayo para una obra literaria del viejo Reino*, Pamplona, Ediciones Pregón, 1973, pp. 233-34. La ficha incluye alguna pequeña inexactitud, por ejemplo la indicación de que *Pastoral de Navidad* es obra en verso (en realidad, alternan en ella la prosa y el verso).

Su obra literaria alcanza metas poco comunes con Pastoral de Navidad, retablo escénico en verso que constituye una muestra rotunda de su buen hacer. Otras obras son: Colación en el convento, Volveré, De vuelta del baile, y una magnífica adaptación de la famosa farsa medieval francesa El doctor Patelin. Asimismo, es autor de dos hagiografías literarias: El Santo de Padua y Mosén Vicente.

Dentro de sus numerosas aportaciones a la prensa diaria y revistas periódicas, resalta con luz propia «Mi paraguas», excelente trabajo que le mereció el Premio Mariano de Cavia. Y no dudamos en calificar como lo mejor de su producción sus Viñetas antiguas, auténticas miniaturas de delicado y portentoso tratamiento, y el oratorio Xavier que, con música del maestro Massana, se estrenó en 1929 en el Gran Liceo de Barcelona⁴.

Antes de examinar su producción literaria, recordaré brevemente los principales hitos biográficos de este escritor sangüesino. Genaro Xavier Vallejos nació el 11 de marzo de 1897, siendo hijo y sobrino de otros dos sangüesinos ilustres, el músico y compositor Genaro Vallejos Urricelqui (Sangüesa, 1864-1909) y el organista Jesús Vallejos (Sangüesa, 1866-1937⁵).

Cursó la carrera eclesiástica en la Universidad Pontificia de Comillas, donde recibió los grados de Doctor en Filosofía y en Sagrada Teología. Con posterioridad, residió casi siempre en Madrid, donde, además de desempeñar las funciones propias como sacerdote, desarrolló una intensa actividad en el terreno artístico-literario y periodístico. En 1933, en colaboración con monseñor Ángel Sagarmínaga, fundó una revista mensual de Misiones titulada *Catolicismo*, que tiempo después -desde su segunda época- dirigirá hasta 1968. Por los años de su fundación, *Catolicismo* era una de las pocas revistas ilustradas existentes todavía en España, con una gran riqueza gráfica, y tenía en sus comienzos una tirada nada despreciable de 40.000 ejemplares. Dada la importancia que esta revista tuvo en la vida de Vallejos, merece la pena reproducir las palabras iniciales del editorial con que anunciaba su aparición en su primer número, de marzo de 1933:

Nuestra Revista.

¿Una revista más?

Sí, querido lector. Una revista más en el aluvión de revistas sin número que cada día aparecen. Un título más. Una portada más en el abigarrado escaparate de los quioscos, en el desordenado montón de papeles y periódicos de tu mesa de trabajo.

Pero no sólo una revista más.

Para los católicos interesados en el desarrollo de las grandes organizaciones misionales de la Propagación de la Fe, del Clero Indígena y de la Santa Infancia, para los meramente curiosos del proceso de expansión de la Iglesia, y casi puede decirse que hasta para los simples espectadores de la evolución de los pueblos paganos, en la hora presente CATOLICISMO viene a ser la revista que estaban pidiendo las circunstancias, con su

5 Para estos dos personajes, cfr. las entradas de Ibarra, Labeaga Mendiola y Navallas Rebolé mencionadas en la bibliografía.

6 Aparecen en esos primeros números algunos pseudónimos como *Fides* o *El Viejo Simeón*, alguno de los cuales quizá pertenezca al propio G. X. Vallejos.

premura, con su vibración, con su autenticidad gráfica, con la rapidez de su información, con la amplitud de su campo, que no es ésta ni aquella misión encomendada a determinado grupo religioso, sino ni más ni menos que la universalidad del mundo infiel susceptible todavía de evangelización. No viene a ser pues CATOLICISMO ni una revista de especialización orientada hacia la selectísima minoría que investiga en los varios problemas teológicos, políticos, etnográficos, conforme a los cánones de esa nueva ciencia que se llama Misionología, ni una revista más de las cien que ya existen, dedicadas a cultivar la simpatía del pueblo religioso hacia ésta o aquella Misión determinada.

En esta revista, la firma de Vallejos alternó con otras como las de Casimiro Morcillo, Yon de Olaeta, Serafín Pacheco, Fr. Pedro Ariztegui, Juan de Unzalu, Antonio Aracil, José Artero ... Algunos de los artículos suyos que aquí se publicaron tienen a veces un matiz literario, aunque en la mayoría predomina, dada la orientación de *Catolicismo*, el tratamiento de temas misionales. De hecho, la inquietud por la propagación de la fe a través de las Misiones siguió ocupando buena parte de la actividad sacerdotal de nuestro personaje. Así, fue él quien, con Joaquín María Goiburu, fundó el Secretariado Internacional de Misiones. En el momento de su fallecimiento, ocurrido el 11 de diciembre de 1991, Genaro Xavier Vallejos era el decano de los sacerdotes navarros, y dejaba tras de sí una vida plenamente dedicada al cumplimiento de sus labores religiosas, pero también a diversas actividades periodísticas y literarias, de las que paso ya a ocuparme.

2. Producción literaria

Distribuyo la producción literaria de Genaro Xavier Vallejos en cuatro grandes apartados; en este recorrido, no voy a seguir un orden cronológico, ni voy a establecer una clasificación por géneros literarios (teatro, narrativa...), sino que agrupo sus distintos trabajos por afinidades temáticas. Veamos:

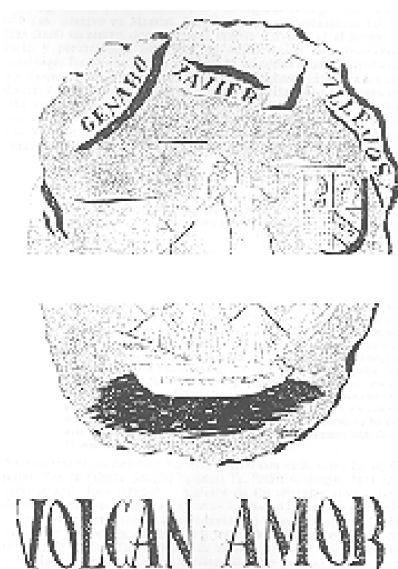
1) Dedico un breve apartado primero a reseñar someramente su faceta periodística, que requeriría un estudio mucho más detallado, con un prolijo trabajo de hemeroteca que excede los límites de esta aproximación general a su producción literaria que me he propuesto; menciono algunas obras menores; y comento el artículo «*Mi paraguas*», que está a medio camino entre el periodismo y la literatura.

2) En un segundo bloque agrupo dos obras de Vallejos que tienen en común el tratamiento del tema navideño -o religioso, en general-, a saber, *Viñetas antiguas* (1927) y *Pastoral de Navidad* (1942).

3) Capítulo aparte merece *Volcán de amor* (1923), drama sacro sobre San Francisco de Xavier.

7 Para valorar la faceta como poeta de Vallejos nos tenemos que limitar, prácticamente, a analizar las partes versificadas de *Pastoral de Navidad* y de *Volcán de amor*; pueden verse unas muestras de su producción en este terreno en el apéndice textual. Ya terminada la redacción de este trabajo, llega a mis manos, gracias a la amabilidad de don Alfredo López Vallejos, un tomito titulado *Sonetos a María Inmaculada (En el primer Centenario de la proclamación del dogma de la*

4) Por último, comentaré *El Camino, el Peregrino y el Diablo y Don Vicente*, narraciones que comparten el fondo y la ambientación en épocas históricas pasadas.



Cubierta de Volcán de amor (1942)

2.1. Periodismo y obras menores. «Mi paraguas»

Genaro Xavier Vallejos redactó varios poemas⁷ y artículos que han quedado dispersos en las distintas publicaciones periódicas en las que colaboró, como el diario *El Debate* o las revistas *Salve*, *La Avalancha*, *La Estrella del Mar* o *El Peregrino*, algunas de las cuales dirigió. Importancia especial en este sentido tiene su actividad al frente de la citada revista *Catolicismo*⁸, en la que salieron a la luz pública numerosos artículos suyos, preferentemente de índole religiosa y misional (así, por ejemplo, una obra sobre la vida de San Vicente de Paúl, *Mosén Vicente*, publicada ahí por capítulos, y recogida posteriormente en volumen como *Don Vicente*).

Para hacernos una pequeña idea de la aportación de Vallejos a *Catolicismo*, indicaré que tan sólo en su primer año de vida (en los números de marzo a diciembre de 1933) encontramos varias colaboraciones suyas: así, en el número

Inmaculada Concepción de la siempre Virgen María, Madre de Dios), por Genaro Xavier Vallejos, fechado en diciembre de 1954, que incluye catorce textos poéticos. Dada su belleza, remito a una futura contribución sobre el sacerdote y escritor sangüesino para el comentario y la reproducción de estos sonetos de tema mariano.

8 En su segunda época, *Catolicismo* figuraba como «Órgano oficial de las Obras Pontificias», siendo su director Genaro Xavier Vallejos. La colección de esta revista puede consultarse en la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona.

9 Bilbao, Gráficas Ellacuría, s. a. [1962], 30 pp. Ejemplar en la Biblioteca Nacional (Madrid), sign. V C.^a 4846 / 3.

1, de marzo, el artículo titulado «Obra pontificia de la Santa Infancia. ¡O Paradise!»; en el número 2, de abril, «La reina Ma»; en el número 3, de mayo, el «Romance de las tres cabezas cortadas» (refiere la muerte del seminarista José Tchang, junto con otras dos personas, y acaba: «Y a la misma hora [de su martirio], en los jardines celestes, tres resplandecientes margaritas»); en el número 8, de octubre, «La cananea. Meditación» (Jesús cura a una endemoniada, atendiendo a los ruegos de la madre de la niña; se trata de una exhortación para el Día Misional o Día de la Propagación de la Fe) y también «Santa Teresa de Jesús. Misionera. Las hijas como la madre» (firmado con sus iniciales); por último, en diciembre de 1933, en un número dedicado «a la gloriosa memoria del Apóstol de las Misiones, San Francisco Xavier», se entresacan unos versos de su oratorio *Xavier* -estrenado en el Liceo de Barcelona en marzo de 1930-, bajo el título «Ya voy...!» y a los que sirve de fondo un cuadro de Elías Salaverría, perteneciente a la Diputación de Navarra, que muestra al santo navarro contemplando la costa de China.

Según refería la ficha de José María Corella, Vallejos es autor de algunas obras dramáticas menores como *Colación en el convento*, *Volveré*, *De vuelta del baile* o la adaptación del francés *El doctor Patelin*, que no he conseguido localizar; y también redactó otra hagiografía literaria sobre San Antonio, *El Santo de Padua*, editada en Chile, que tampoco he podido consultar hasta la fecha. Aparte quedan otras obras, no propiamente literarias, que tampoco nos interesan ahora: así, *La madre Maturana*⁹ (un breve reportaje sobre Pilar López de Maturana); su prólogo al libro de Francisco Álvarez, *Todo un sacerdote, Don José Gurruchaga*¹⁰, o el prólogo para los niños del libro de Ezequiel Solana, *Vida y doctrina de Jesucristo*¹¹.

Por el contrario, sí merece la pena dedicar unas líneas aparte a su trabajo titulado «Mi paraguas», que le valió el destacado premio de periodismo «Mariano de Cavia» en el año 1925¹². Se trata de una evocación que lleva a cabo una

10 Bilbao, TESC de Misericordia, 1972.

11 Un ejemplar de su 2.^a ed., Madrid, Escuela Española [Marsiega], 1941 en la Biblioteca Nacional, sign. 4 / 36430.

12 En *Prensa Española. Los premios de ABC 1920-1976*, 2.^a ed., Madrid, Prensa Española, 1977, pp. 46-48 (Biblioteca Nacional, sign. 7 / 107407). Reproduzco este texto en el apéndice. El artículo, que había sido publicado en *El Debate* el 31 de octubre de 1925, se presentó a concurso bajo el lema; el jurado que lo premió estuvo constituido por Ricardo Gasset, director de *El Imparcial*, José Rocamora, director del *Heraldo de Madrid*, Daniel López, director de *Diario Universal*, Ángel Herrera, director de *El Debate* y José Cuartero, redactor de *ABC* (cfr., *ABC*, 7 de abril de 1926, donde puede leerse: «En el arte de escritor del Sr. Vallejos son notas solventes la sencillez, la claridad y la corrección de estilo»). Se trataba de un premio muy prestigioso, como revelan los nombres de algunos autores consagrados que lo recibieron por aquellas fechas; así, los ganadores desde su creación hasta 1929 fueron, además de Vallejos en 1925, Dionisio Pérez (1920), Ramón Pérez de Ayala (1921), Wenceslao Fernández-Flórez (1922), Emiliano Ramírez Ángel (1923), Gabriel Miró (1924), Manuel Siurot (1926), Manuel Chaves Nogales (1927), José Cuartero (1928) y Francisco de Cossío (1929).

primera persona (el narrador, don Jenaro, identificable con el autor) de un paraguas casi mítico, que perteneció a un tío suyo y que, a semejanza de aquél, lleva a todos los sitios a los que va, usándolo como bastón, quitasol y, por supuesto, también como paraguas. La «acción», mínima, parece ambientarse en la Sangüesa natal del escritor (a tenor de algunas alusiones a la ermita de San Bartolomé, a la Virgen de Rocamador o a la cuesta de San Babil). El relato se inicia con estas palabras:

Además de mi paraguas ciudadano, tengo otro antiguo y soberano paraguas de algodón. Perteneció a mi tío don Eladio. Durante más de treinta años rindió los más preciosos servicios, bien como paraguas, bien como bastón o sombrilla, de tal manera, que mi querido tío en ningún momento acertaba a separarse de él (p. 46).

De su tío lo ha heredado el narrador, de forma que para él se ha convertido casi en una reliquia: «Ahora, pues, yo lo uso y lo disfruto en su nombre», explica. Por supuesto, no lo deja nunca cuando va al pueblo, y el paraguas es reconocido por todos los amigos y compañeros del narrador, por ejemplo cuando va de visita a casa del señor abad, o cuando se acerca a saludar a los padres capuchinos, que lo admiran y elogian. Allí, el viejo padre maestro recuerda una historia que le pasó a él y al tío del narrador: cuando volvían de la ermita de San Bartolomé, les embistió una vaca brava y ambos hubieron de permanecer escondidos tras el paraguas hasta que llegó el vaquero y alejó el peligro.

«Mas donde mi paraguas es ciertamente querido y conocido es en la vecindad (p. 47), continúa el narrador; en efecto, las hortelanas y las vecinas en general reconocen tanpreciado objeto, y comparan a tío y sobrino. Tras la anécdota del tío, se refiere a continuación otra del sobrino-narrador, con la que se cierra el relato: una tarde sale a pasear y le sorprende una tormenta de agua, pero afortunadamente lleva su paraguas; de regreso a casa, el señor Pelochas le invita a montarse en uno de sus borriquitos, y el descomunal paraguas sirve para taparles a ellos dos, al burro y a dos peones que también acuden a guarecerse bajo su amplia tela. Y concluye el narrador:

Quizá este temporal de aguas se prolongue. Pero yo, gracias a mi querido paraguas de algodón, ningún día dejaré de salir al campo (p. 48).

Aparte de lo reseñado en este apartado (periodismo, obras dramáticas menores, prólogos a libros ajenos...), la producción estrictamente literaria de Genaro Xavier Vallejos se centra en los géneros de la narrativa y el teatro, como veremos a continuación.

3.2. La Navidad y la vida de Jesucristo como inspiración literaria:

Viñetas antiguas y Pastoral de Navidad

En efecto, estas dos obras de Genaro Xavier Vallejos tienen como tema central (como núcleo de arranque, para ser más exactos, en el caso de *Viñetas anti-*

13 Manejo un ejemplar de la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona, sign. 1 / 9 / 10. Lleva al final una «Aprobación de Nuestra Santa Madre la Iglesia», con el *Nihil obstat* del Dr. David Maura, censor, fechado «Matriti, 27 novembris 1926»; y el *Imprimatur* del Dr. J. Franciscus Morán, Vicarius generalis.

guas) la Natividad de Cristo; no resulta extraño, si tenemos en cuenta -como luego podremos comprobar- que los temas religiosos son los predominantes, casi exclusivos, en el conjunto de su producción.

3.2.1. *Viñetas antiguas* (1927)

Viñetas antiguas (Madrid, Imprenta Clásica Española, 1927¹³) es un libro preciosamente ilustrado que consta de un preámbulo del autor y 28 semblanzas de personajes religiosos¹⁴. Unas son de corte eminentemente narrativo, mientras que otras están concebidas en forma de breves piezas dramáticas dialogadas. Esta obra -que nos puede recordar, por los temas, más que por el estilo, las *Figuras de Bethlem* de Gabriel Miró- constituye una aportación muy original en el conjunto de la narrativa breve que, en los años 20 y 30, estaban produciendo los escritores navarros¹⁵.

En el «Preámbulo» (pp. 5-6), el autor indica que el lector sabrá discernir en estos textos «lo que haya de verdad histórica de la aportación meramente subjetiva del autor» (p. 5). Señala que los escritos sobre la vida de Jesús son materias sobre las que hay que actuar con mucha prudencia, tanta «que toda delicadeza y prolijidad es poca cuando se trata de comentarlos o interpretarlos» (p. 5). A continuación explica el carácter de estos textos:

Mis viñetas no son ni comentarios ni interpretaciones. Muy sugestivo es el tema para un espíritu que haya podido columbrar el vasto manantial de esa belleza misteriosa, profunda y desconocida que encierra el Libro sellado con la Sangre del Cordero. Pero mi osadía no llega a tanto. Me limito a transcribir los diversos pasajes, tales cuales nos los ofrecen los evangelistas, encuadrándolos en aquel ambiente, no precisamente de erudita minuciosidad histórica, que por lo común los trueca en una pieza inerte, apta para dormir el sueño de las bibliotecas, sino de calor, de humanidad, de vida actual, perenne y palpitante, que es lo que ante todo debe rebosar todo cuanto se refiera a Aquel que vino al mundo ut vitam habeant et abundantius habeant (pp. 5-6).

Cada uno de las "viñetas" literarias se abre con una viñeta gráfica¹⁶ o lleva

- 14 Los títulos de esas 28 viñetas o semblanzas literarias son: «Campanas de la Anunciación», «Las nueve jornadas», «Ya sale el Niño Jesús», «La Virgen estaba lavando», «La huida a Egipto», «Las bodas de Caná», «No llores», «Domingo de Ramos», «Judas», «Perfume de nardo», «Betania», «In qua nocte tradebatur», «La Cena del Señor», «Sangre de Cristo», «Mater Dolorosa», «Alba Matutina», «Emaus», «Egredietur virga de radice Jesse», «Ecce quomodo moritur justus», «Misterio», «Cantantibus organis», «Adiós», «Maitines de San Martín», «San Virila», «Rosario glorioso», «San Juan de la +», «Nieve» y «Campanas seráficas».
- 15 En los años 1900-1939 destacan en el panorama de las letras navarras escritores como Rafael Sánchez Guerra, el Padre Fabo, Ángel de Abárzuza, Félix Urabayen, Eufasio Munárriz Urtasun, Félix Zapatero Pérez, Zacarías Zuza Brun, Eugenio Salamero Resa, Pablo Rodríguez González o Pedro Campos Ruiz.
- 16 **El título del libro es, por tanto, una metonimia, pues viñeta, según el DRAE es** «Dibujo o estampita que se pone de adorno en el principio o fin de los libros y capítulos, y algunas veces en los contornos de las planas». Los textos literarios de Vallejos pintan "viñetas" con palabras.

en su interior dibujos alusivos al tema tratado. Las bellas ilustraciones pertenecen a Ayala y Galán: «Ayala y Galán pulchra manu ornavit», leemos al final. Son veintiocho viñetas que refieren episodios de la vida de Jesús, su nacimiento e infancia, pasajes de su predicación y, en fin, varias relativas a su Pasión, Muerte y Resurrección. Pero también hay otras sobre el nacimiento de la Virgen María, la muerte de San Juan Bautista, o dedicadas a santos como San Juan de la Cruz, San Agustín, Santo Domingo, San Martín partiendo su capa con el leproso, Santa Teresa de Jesús o San Francisco de Asís, junto con alguna leyenda de origen navarro como la de San Virila. Algunas de estas viñetas, ya lo indiqué, están concebidas en forma dramática, con una acotación inicial que marca el lugar de la acción y las réplicas de los distintos personajes con la indicación de locutor al margen. A continuación, las reseño una por una.

- «Campanas de la Anunciación» (pp. 7-12), la viñeta que abre el libro, es una de las escritas en forma dramática. La acotación indica: «En esta mañana tan pura, todo en la tierra despierta mirando al cielo». Los personajes son la Virgen, el Arcángel San Gabriel, la Estrella, el Lirio que nace a los pies de la Virgen y las Campanas (que hacen de eco, repitiendo las palabras de los personajes anteriores). Se reitera la idea de que la Virgen ha hallado gracia a los ojos de Dios, y todos van exclamando las palabras «Ave María».

- «Las nueve jornadas» (pp. 13-18; reproduzco este texto en el apéndice). Son las nueve jornadas de María en el camino de Galilea a Belén, que hace montada en «un jumento gracioso, cegato, vejete, pelón y trotón». María y José van primero a casa de su prima Rebeca, pero los rechazan; luego a la de Marta, y lo mismo; José piensa que tendrán que pasar la noche en «una cueva que hay al Mediodía del pueblo, donde en tiempo de feria los traficantes cobijan su ganado» (p. 15). Van al mesón de «la avara, la dura, la terca Luperca» (p.16), y son igualmente rechazados. Encuentran la cueva hecha una cuadra, con un buey que no se sabe bien quién dejó allí. «Los cielos y la tierra aguardan en un silencio de maravilla. Se acerca la medianoche» (p. 18).

- «Ya sale el niño Jesús» (pp. 19-24). Al tiempo de nacer Jesús nace también Simón, hijo de la señora Tiberga, una mendiga esposa de un aserrador de pinos. «Grande y maravillosa gracia que nadie pudo advertir» (p. 19). Lo saben María y Luperca, que se dedica a cultivar la maledicencia; la Sagrada Familia visita a la pobre Tiberga y le dan algo de comida y un refajo. La terca Luperca siente envidia; un ángel baja y la manda callar. «Pero ella es terca y aún ha de promover fuertes disgustos en el vecindario».

-«La Virgen está lavando» (pp. 25-31). María sale a lavar al arroyo, donde Tiberga le guarda siempre la losa más cercana al manantial, donde corre el agua más pura; al salir la Virgen, cantan las aguas y los pájaros; los faldones de yute que lava María parecen de tisú y florecillas de mayo. «Y lo mismo sucede si se pone a lavar refajos y pañales, que parece que tiene entre sus manos manojos de rosas» (p. 28). Todas las mujeres la alaban y comentan que nunca el agua ha bajado tan blanda y cristalina, como «un vivo resplandor de plata». Aparece la Estrella en mitad del día y llegan los Reyes Magos; Luperca, viendo posibilidad de ganancia, quiere llevarlos a su mesón, pero Tiberga los guía hasta el portal.

«Sobre el establo, la Estrella, que es como una gran llama de milagro, lo envuelve todo en una temblorosa y dorada claridad» (p. 30).

- «La huida a Egipto»(pp. 33-38). Descienden José y María con el Niño por el camino que baja a Hebrón, y el viejo burro de treinta y siete años, consciente de la valiosa carga que transporta, parece volar; tanto es así, que un tratante quiere comprarlo, pero José no se detiene. Los soldados de Herodes le preguntan si ha visto a una pareja con un burro muy viejo, y el tratante les dice que no. Un labrador les da permiso para pasar por medio del campo que siembra y, además, pone una brazada de heno al asno; la Virgen se lo agradece con una mirada: «Aquella mirada es una sublime bendición» (p. 35), y hace que al poco rato germine el campo recién sembrado con una ubérrima cosecha. Llegan los soldados y el sembrador les dice, sin mentir, que pasaron por allí al tiempo de sembrar ese campo, con lo cual quedan despistados de nuevo. A la orilla del mar, suben a una barca y unos angelillos -quizá los espíritus de los santos inocentes- juegan con el Niño y le cantan villancicos. «Todo es una matutina y celestial claridad». Al paso de la Sagrada Familia, unos pescadores sacan sus redes llenas a rebosar. Sin embargo, anuncia el narrador, ellos pasarán hambre y tendrán que pedir limosna en Heliópolis o Menfis.

- «Las bodas de Caná»(pp. 39-47). Se casan Cleofé y Rebeca, un labrador y una pastora; como San José es algo pariente del novio, acude con María y Jesús. Cantan los amigos de la pareja y reclaman vino, ante la preocupación del mesonero, el señor Mateo, pues de las diez tinajas traídas ya sólo quedan cuatro, y aún falta el banquete. Informan de que han cerrado la carpintería; dice Jesús: «Mi oficio ya no es de este mundo» (p. 42); el bello nazareno, que no pasa desapercibido entre las mujeres, parece un rey, y desciende de la sangre de David, comentan los invitados. Jesús habla a los novios del matrimonio, con palabras aún ininteligibles para ellos: «Viene ya el Reino en el cual el matrimonio será una de las siete fuentes selladas con la sangre del Cordero» (p. 45). Mateo sigue preocupado porque casi no hay vino, y lo escatima a los comensales, que protestan. La Virgen, que se da cuenta de la situación y que quiere impedir el bochorno que pasarían los desposados, comenta a Jesús: «No tienen vino» ; y aunque Jesús da una respuesta que parece fría y desdeñosa, la Virgen dice a los sirvientes: «Haced lo que mi hijo os diga»; Jesús ordena llenar las tinajas de agua para obrar el milagro, y Mateo reprende al novio por haber dejado el vino bueno para el final. Pedro y los demás apóstoles miran la escena «presintiendo el prodigio», mientras María y Jesús sonríen.

- «No llores» (pp. 49-55). El hijo de la viuda de Naín, el joven Achiar de diecinueve años, hermoso y fuerte, que era la admiración de las doncellas de la aldea, ha muerto tras unas fiebres. En el cortejo fúnebre, corren rumores sobre la figura de Jesús y los prodigios que obra, aunque un fariseo comenta que es un embaucador. Llegan en esto Jesús y los discípulos; el Maestro se distingue por ser el más blanco y hermoso: «Pero sobre todo revélase por aquel soberano imperio de sus pupilas negras e inmensas que parecen escrutar siempre a través de un misterio sin fin» (p. 53). Jesús dirige a la viuda las palabras del título: «No llores mujer» , y ordena al cadáver que se levante. Estalla el júbilo entre la gente, que lo aclama como profeta.

- «Domingo de Ramos» (pp. 57-61). La señora Garula saca a pacer su asna y su jumentillo, a los que quiere como a las niñas de sus ojos. Jesús viene por el camino de Betania, acompañado de una muchedumbre que le sigue tras la resurrección de Lázaro; manda a Pedro y Juan para que cojan un asna y un jumentillo que encontrarán en la ciudad; así lo hacen, pero la señora Garula se enfada, hasta que le dicen que lo manda el Señor, y entonces incluso les da además una manta y los acompaña. Jesús hace su entrada en Jerusalén aclamado por la multitud: «Todo el valle del Cedrón es un enjambre de himnos y cánticos» (p. 61). Sin embargo, él se siente triste y llora.

- «Judas» (pp. 63-68). Jesús está cansado y abatido por las continuas y estériles disputas con los fariseos. «Cada atardecer, descendiendo por la Puerta Dorada, de vuelta para Betania, una tristeza que no tiene nombre se apodera de Él» (p. 63). Siente tristeza al ver el templo convertido en una cueva de ladrones. Judas se ha quedado en la ciudad con la excusa de comprar el cordero pascual, aunque en realidad va en pos de los sacerdotes; al dejarlos, siente una gran inquietud: «Sobre su alma se ha hecho ya la sombra de la noche eterna. Y no lo puede disimular» (p. 65); en su bolsa suenan las monedas con un tintineo fatal, y a partir de ahora todo será en su vida «horrible, desusado y diabólico». Cuando se une al grupo, Jesús le mira, con melancolía y majestad: «La mirada de Cristo tiene, en este momento, toda la grande majestad de esos crepúsculos cuando en el silencio del campo el sol se hunde en un piélagos de oro» (p. 66). Esa dulce mirada taladra a Judas, en especial cuando le pregunta si ha comprado o si ha vendido el cordero. Juan mira a Judas con recelo:

Desde siempre ha sentido su alma tersa y purísima un aversión instintiva hacia aquel tenebroso rostro, que parecía en un acecho constante, que siempre miraba de través, huido y esquivo, y que en medio de la rústica y leal simplicidad de la familia apostólica era como la sombra de todas las inquietudes (p. 67).

Jesús apoya su mano en el hombro de Judas, en una última llamada a su conciencia. El narrador se dirige a Judas, pidiéndole que se arrepienta y llore. Se acerca Juan, y Judas aparta la mano de Jesús y se va para adelante.

- «Perfume de nardo» (pp. 69-74). Simón, el rico propietario de Betania al que Jesús curó la lepra, da un convite al que asiste también Lázaro, pálido, como una aureola de Jesús; su mirada «desde hace unos días tiene una infinita melancolía, como un crepúsculo en medio del mar» (p. 72). Mira a los escribas: «¿No sabes, oh dulce Maestro, que es más fácil traspasar las piedras que un corazón enfermizo de perfidia?» (p. 72). En el silencio se presiente «algo sobrenatural». María Magdalena, que tiene ahora una belleza pura e inaccesible, unge los pies y los cabellos de Cristo, y Judas y los fariseos le reprenden por desperdiciar un dinero que se podía dar a los pobres; Jesús la defiende diciendo que a los pobres siempre los tendrán, pero a Él no. «Y he aquí que de estas palabras y de este perfume de nardo, la dichosa casa de Simón queda emblasamada para siempre» (p. 74).

- «Betania» (pp. 75-81). Es una aldea mínima al otro lado del monte Olivete, silenciosa y humilde, donde gusta recogerse Jesús, en casa de Lázaro. «Por eso

Betania es el dulce refugio del Señor» (p. 76). En la casa, donde hay siempre como adorno una flor de nardo, le visita su madre, la Virgen, que llora al saber que esa tarde vendrán los discípulos a llevárselo para la cena pascual. Jesús les habla y mira a todos (a Lázaro y a sus hermanas) de una forma especial, menos a su madre: «Sabe que una mirada suya hará desbordar aquel mar de dolor» (p. 78). Se adivinan malos presagios en los trigos cortados, en unos corderillos recentales que serán sacrificados esa noche: todo parece ser «un misterioso y errante vestigio», y cae sobre todos «una tristeza sin nombre». Al final vienen los Apóstoles, y Jesús se despide de Lázaro, Marta y María; también de su madre, brevemente; ella llora y quiere tenderle los brazos para retenerlo un poco más. «Pero ya Jesús va camino de Jerusalén» (p. 81).

- «*In qua nocte tradebatur*» (pp. 83-88). Un criado de Nicodemus va a recoger el pan ácimo que ha sobrado en la cena pascual, pero Jesús le pide que lo deje. El rito judaico no es hoy sino el preludio de un nuevo rito. Jesús acaricia el pan, luego lava los pies a Juan y a los demás Apóstoles, aunque Pedro se resiste; llega por fin a Judas Iscariote, que tiembla y suda. Sus ojos no miran al Maestro, pero la mirada de Jesús le traspasa a él; le pregunta por qué le ha vendido, y todavía pronuncia su nombre con esperanza y amor; pero entonces suenan en su bolsa las monedas y le puede la codicia. «Como un talismán diabólico, él aprieta la bolsa contra el pecho» (p. 88). Jesús está pálido, como una víctima. «Y ya sus manos omnipotentes se tienden sobre el pan» (p. 88).

- «La cena del Señor» (pp. 89-95) es continuación de la viñeta anterior. Los discípulos están extrañados, porque ya han acabado todos los ritos judaicos; pero los ojos de Jesús escudriñan, como siempre, «desde un solemne y remoto misterio» (p. 89). Sólo Juan percibe la fatiga que pesa sobre Jesús, porque su corazón es una resonancia del de su Maestro y «comienza a barruntar un Misterio muy grande que lo hace latir sin medida» (p. 90). Jesús les da el nuevo mandato de Amor y advierte a Pedro que esa misma noche le negará. «Yo soy el camino, la verdad y la vida», les explica (p. 92), preparándoles para «el magno misterio de su suerpo y de su Sangre». «Ya toda la estancia se va llenando del divino Amor, como si fuera un perfume que manara de él» (p. 92). Convierte el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre; todas las viñas esparcen en ese momento el aroma de la Sangre. «Toda la creación se vuelve hacia el Pan y el Vino que nuestro Señor Jesucristo reparte al puñado de sus discípulos en un rincón del mundo. Toda la creación se transfigura» (p. 94). Termina con la exclamación apesadumbrada del narrador: «¡Oh noche! Y en medio de tanto misterio de su Amor, los hombres le preparan la Cruz» (p. 95).

- «Sangre de Cristo» (pp. 97-102). Reina el silencio en el Huerto de los Olivos: «Todo se ha callado» en esa «noche de tan insondables misterios» teñida por la pálida luz de la luna. Jesús dice a Juan, Pedro y Santiago: «Tengo el alma triste hasta la muerte» (p. 100); y les pide que vigilen mientras él reza. Pero se queda completamente solo: llama al Padre, que parece no responder; además, los discípulos se han dormido. Pide a su Padre que, si es posible, aleje de Él ese cáliz de amargura, pero que no se haga su voluntad. La luna se esconde y reina «un silencio mortal»; Jesús suda sangre; mientras, «Bajo la sombra del olivo, los discípulos duermen» (p. 102).

- «Mater Dolorosa» (pp. 103-107). La Virgen, acompañada por María Magdalena y María Cleofé, llora en la azotea de casa; aunque no puede verlo, su corazón adivina todo lo que sucede; ahora se oyen ruidos hacia el palacio de Anás. En esto llega Juan para dar cuenta del prendimiento: la Virgen ve en su mente las escenas del prendimiento, del juicio del Sanhedrín, la negación de Pedro; ve a su Hijo encerrado en un calabozo inmundo, condenado a muerte, pasando la última noche de su vida; en medio de su sacratísimo dolor amanece y sale a la calle con manto de viuda: «Todo ha cambiado en esta noche tremenda. Desde ahora la llamarán la Virgen de los Dolores» (p. 107).

- «Alba matutina» (pp. 109-16). Las mujeres bajan por una calleja; María Magdalena besa el lugar donde Jesús cayó por segunda vez. Le acompañan María de Jacobo, Juana, Susana y Salomé, que ocultan a la guardia los ungüentos y vendajes que llevan para embalsamar el cuerpo de Cristo. Se recuerda brevemente la muerte de Jesús (en las pp. 112-13), a la que no se ha dedicado ninguna viñeta. «Amanece», se repite en las pp. 111, 113 y 114. «Nunca pudo escribirse esta palabra con más verdad. Amanece en el cielo, en el monte y en el valle, en el campo, en el huerto, en los caminos. Amanece en la naturaleza y en las almas» (p. 114). Llegan a la finca de José de Arimatea con un anhelo «que es mezcla de temor y de deseo, de recelo, de esperanza y de amor». María Magdalena avisa que la piedra del sepulcro está movida y el interior vacío; se ve el resplandor de un rayo y aparece un ángel, que les dice no busquen entre los muertos al que vive.

- «Emaús» (pp. 117-22). Lucas y Cleofás salen de Jerusalén, inundados de desesperanza tras la muerte del Maestro, agudizada cuando ven proyectarse la sombra de la Cruz; al rato se les empareja un caminante, al que cuentan lo sucedido con Jesús Nazareno. Saben que el nicho está vacío, lo dicen las mujeres, pero no están convencidos de su resurrección; el peregrino siente tristeza al oírles, y les habla como hacía Jesús. Lucas queda cautivo de su misteriosa palabra y le pide que se quede con ellos a cenar y pasar la noche. Si antes estaban desvalidos, ahora vuelven a sentirse protegidos con su compañía. En una casa les presentan el pan, el vino y la sal. El peregrino toma el pan, lo bendice y lo parte, y sólo entonces reconocen a Cristo. «Pero sobre el lecho que ocupaba el Señor ya no queda más que una estela resplandeciente» (p. 122).

- «*Egreditur virga de radice Jesse*» (pp. 123-35). Consta de un «Prólogo» narrativo (pp. 123-27) y una «Escena» (pp. 128-35) en forma dramática. En el prólogo se explica que «Pola y Luperca mantenían desde antiguo la más acerba enemistad»; son dos granjeras inquilinas de San Joaquín y Santa Ana, cuyas casas están próximas, y que riñen continuamente por pequeños motivos; la más dura y vengativa es Luperca, soltera, en tanto que Pola es viuda. San Joaquín y Santa Ana han tratado de poner paz en distintas ocasiones, pero lo han dejado por imposible. El prólogo termina con la información de que Pola piensa matar a Luperca, y viceversa. La escena comienza con una acotación, y los personajes que hablan son Pola, Luperca, Tiberga, una Voz, el Gallo, el Mayoral, Lucas, Galindo, Martón, el Rabadán, unos Pastores y Gilo. En la granja de Pola, los pastores cenan un cabrito; en esto se ve una Estrella, pero todavía se produce

otro milagro mayor: se oye la voz de Luperca hablando con suavidad a Pola, que responde con el mismo tono amistoso; ha brotado una cosecha milagrosa en los huertos que ambas vecinas se estropeaban una a otra. La casa de Joaquín resplandece como una hoguera, y brotan flores en su jardín: todo porque ha nacido la Virgen María.

- «*Ecce quomodo moritur Justus*» (pp. 137-44) es una viñeta dividida en dos partes. I) Asistimos a la última pena de San José, viejo, casi moribundo; Jesús, adolescente, quiere que no trabaje más. Recuerda que un día desapareció Jesús y lo encontraron de noche en el monte, porque había salido a buscar una oveja perdida. II) La salud de San José decae día a día; siente pena porque van a quedar solos y desprotegidos Jesús y María. Llora, mientras mira desde la azotea el paisaje querido. «Ya no se le oculta su cercano fin». Cierra los ojos para siempre en la santísima compañía de Jesús y María.

- «Misterio» (pp. 146-54). Es un cuadro dramático, dividido en tres pequeñas escenas; la acción ocurre en el Palacio del rey Herodes Antipas. I) Herodías pide a Herodes que le pruebe su amor; dice que quiere la lengua de un hombre malediciente; en esto se oye la voz acusadora de Juan el Bautista: «¡Ay de vosotros en el día de la ira!» (pp. 149). II) Salomé, la hija de Herodes, baila para él; vuelve a oírse la voz de Juan, repitiendo las mismas palabras de antes (p. 151). Por indicación de Herodías, la niña solicita como recompensa por su danza la cabeza de Juan Bautista. III) En la mazmorra, Juan pide una última gracia: grita por tercera vez la frase contra los adúlteros y anuncia la venida de otro más fuerte que él, antes de que caiga cortada su cabeza y sea puesta en una bandeja.

- «*Cantantibus organis*» (pp. 155-59). También está redactada en forma dramática: el lugar de la acción es el Paraíso, en concreto el jardín de las Vírgenes de Cristo. Hablan un coro de Serafines, Santa Cecilia, un Coro de Vírgenes y la Voz de San Juan Evangelista. Los coros y Santa Cecilia cantan «Veni, Domine Jesu» y descende el Cordero de Dios.

- «Adiós» (pp. 161-66). Santa Mónica se entera, a través del mercader Al-Karum, de que una nave parte de Cartago para el puerto de Ostia; está preocupada, porque sabe que su hijo Agustino, el retórico, quiere dejar Cartago para ir a Roma, la gran cloaca del mundo. Agustino finge que tan sólo va al puerto a despedir a unos amigos, pero su madre le acompaña; cae desmayada y Agustino, tras darle un beso en la frente, corre a embarcarse. Las aguas del mar le empujan a Roma. «Pero otra corriente amarga y profunda, la de las lágrimas de Santa Mónica, le empujaría ya sin descanso hacia la piscina de las aguas de Cristo» (p. 166).

- «Maitines de San Martín» (pp. 167-70). El diablo, con mil estratagemas, trata de tentar a un abad para que se distraiga mientras reza los maitines, pero esta vez sus esfuerzos son inútiles, porque el fraile está gloriosamente transportado: camina tras el caballo del señor San Martín y ve a éste partir su capa roja con el leproso (que es Cristo) y montarlo en su caballo; el abad está embriagado en una «visión azul de ángeles, de estrellas y de nieve en que San Martín subía al cielo de palafrenero de Cristo» (p. 170). La viñeta acaba con la exclamación alborozada del narrador: «¡Gloriosos maitines de la noche de San Martín!»

- «San Virila» (pp. 171-85; puede leerse en el apéndice). El relato se emprende «Con la gracia de Dios Nuestro Señor y del glorioso bienaventurado Patriarca San Benito» (p. 173). El narrador, tras recordarnos que las ruinas de Leyre hacen llorar, evoca al monje Virila, que con sus noventa y nueve años es un santo viejo, que juega con los niños, porque los superiores le han relevado de todos los trabajos; pero no le gusta esa holganza, así que ante su insistencia le encargan rezar por la prosperidad del convento en la torre, el horno, el lagar, la huerta, los establos y la granja, con conjuros y exorcismos. Virila «Siempre había sentido muy grande curiosidad por las cosas que acaecerían del otro lado de aquel cielo radiante» (p. 176), y ahora



GENARO XAVIER VALLEJOS

más que nunca. Una tarde de primavera queda pensando en qué ocuparán su ocio los bienaventurados, e imagina que se aburrirán en su monotonía. Una voz le dice que pronto irá al cielo y desde entonces siente dudas e inquietud por ese enigma. Un día de mayo galán en que cumple los cien años ve cerca de la fuente un pájaro azul que canta, y el monje queda embebecido en su contemplación; al rato vuela el pájaro, y Virila piensa que la paz del cielo será como el canto de ese ave. Baja al monasterio, que encuentra muy cambiado, y ni el abad fray Mauro ni los otros monjes le conocen; al decir su nombre, el Bibliotecario recuerda que un tal Virila se perdió trescientos años atrás. El anciano exclama arrepentido por sus dudas e inquietudes anteriores: «¡Perdón, Dios mío! Trescientos años como un soplo oyendo el canto de una avecilla. ¿Qué será la eternidad mirando tu Santa Faz?» (p. 184). Muere y revolotea sobre su tumba un pájaro azul. La escena de su arrobamiento se graba en una piedra, «la cual aún pueden ver vuestros ojos sobre un arco de aquellas ruinas de Leyre que hacen llorar» (p. 185; palabras finales del narrador que remiten, circularmente, al principio).

- «Rosario glorioso» (pp. 187-93). «Ya fray Moneta tenía motivos para no admirarse de nada en este mundo de Dios» (p. 189). Habla con fray Lupicino y fray Cosmas, bajo las parras del Monasterio de Santa María de las Viñas plantadas por Santo Domingo. «¡Qué extrañas cosas iban a sobrevenir!» El santo vive en suma pobreza y solamente toma agua; pero unos ángeles, milagrosamente, traen unas parras; los frailes cantan el rosario -rosario que María enseñó a Santo Domingo- y también con ellos millones de espíritus. También lo reza Francisco de Asís, solitario en el monte.

- «San Juan de la +» (pp. 195-99). «Por aquel entonces todo era dulzura y paz en la Capilla de Duruelo, recién aparejada»; es una capilla pobre y vieja, y Juan y sus frailes sólo se alimentan con yerbas y agua, para dar ejemplo de pobreza; además del hambre y el dolor de los cilicios, sufren también el frío de Castilla, aunque arde en ellos el calor de la hoguera del amor. Un día fray Cirilo

coge unos rotos cacharros de barro de la basura, pero el santo dice que son demasiado regalo para ellos; los platos que usarán serán unas calabazas vaciadas; después entra en éxtasis y escribe unos versos: «¡Pastores los que fuéredes / allá por las majadas al otero!...»

- «Nieve» (pp. 201-207). Esta viñeta presenta a Teresita del Niño Jesús, todavía como novicia. «Cada vez que Teresita del Niño Jesús entraba en su celda, era igual que si entrara en el paraíso»; siente alegría en su pobreza y en sus momentos de éxtasis. «Y a lo mejor, en medio de esta pobreza, se quedaba en éxtasis acordándose del Niño Jesús» (p. 201). Como penitencia le manda la superiora barrer el claustro, y para probar su humildad echa continuamente tierra por los lugares ya limpiados. Teresa, que cree son distracciones suyas, pide ayuda al Niño Jesús. «Con lo cual sucedía que en todo cuanto hacía Teresita resplandecía la más extraña perfección» (p. 206). Llega por fin el día en que toma el hábito del Carmen; aunque hace un buen día, ella quiere que nieve para que todo sea blanco, como su vestido y su alma. «Y pasando Teresita por el claustro con su corona de rosas sobre la cabeza, las monjas se pasmaron viendo que el jardín estaba cubierto de nieve» (p. 207).

- «Campanas seráficas» (pp. 209-20). «Estas son las humildes campanas de Santa María de los Ángeles y de San Damián, y también la campana solemne y profunda de la Catedral de Asís [...]. Se oyen a todo lo largo del relato las tristes campanas». Tras estas palabras preliminares, la viñeta se divide en dos partes. I) Santa Clara, niña cándida e inocente, trasladada por San Francisco de Asís a San Damián, tiene comunicación espiritual con el santo, al que le han surgido las llagas de Cristo; había entre ellos «una santa y maravillosa comunicación de sus espíritus», que se entienden por medio de palomas y otros animales, por el viento, etc. «Últimamente, los mensajes de las criaturas tenían unánimemente un oscuro sentido de la tristeza» (p. 212). Hay, en efecto, una tristeza en todas las cosas, y Santa Clara llora. «Es el atardecer. La naturaleza desciende hacia el crepúsculo suspensa en un éxtasis celestial» (p. 213). Suena la campana de la catedral, que sólo se toca en grandes y solemnes ocasiones, y Santa Clara se lleva las manos al corazón. II) Fray Junípero y fray Gil están en el jardín del obispo Guido; aunque se muere San Francisco, fray Junípero canta; los demás frailes le reprenden, pero dos arcángeles bajan a acompañarle con cítara y viola, y San Francisco pide que el monje no cese de cantar hasta que él muera; además, pide ser trasladado a las afueras de la ciudad. Tocan las campanas de San Damián y de Santa María de los Ángeles. San Francisco bendice a sus seguidores y a la ciudad. «Ya muere la tarde. Ya el crepúsculo es sólo una mancha roja que deja un camino de sangre entre los olivos del llano» (p. 219). Suena también la esquila de Santa Clara. «Al fin todo el cortejo traspone las tapias de Santa María de los Ángeles. Y de esta manera, mientras el sol se pone y fray Junípero canta, el alma purísima de San Francisco vuela, como una paloma de cristal, hacia la gloria» (p. 220).

Cabe destacar en estas *Viñetas antiguas* (como hemos visto, diversas escenas de la vida de Jesús, pero también evocación de santos y personajes religiosos de tiempos pasados) distintos pasajes en los que entra la descripción de paisajes, bellamente captados: por ejemplo, los campos jubilosos al producirse el naci-

miento de Jesús o al salir con la Virgen (pp. 22 y 27, y también pp. 113 y 179), unos campos que florecen, sin que parezca el mes de las nieves; la descripción del mar en la p. 37; el paisaje de Cafarnaum (p. 53); la melancolía de Jesús transmitida al paisaje (p. 64); la luna envolviendo con su palidez mortal el Huerto de los Olivos (pp. 99-100); el huerto de Santa Clara (p. 214), etc. Esas evocaciones paisajísticas entran también en las acotaciones que preceden a las viñetas que tienen forma dramática.

Es curioso comprobar que no se dedica ninguna viñeta específica a la Pasión y Muerte de Jesús, aunque se alude a ella en varias ocasiones, con una presentación indirecta de los hechos (por ejemplo, a través de la Virgen María, las mujeres que van a embalsamar el cuerpo o los discípulos de Emaús). A veces el autor adorna el hecho bíblico relatado con pequeños detalles literarios de su invención: así, Pedro y Bartolomé machacan unas nueces verdes cuando paran junto al entierro del hijo de la viuda de Naín (p. 54); Pedro espolea el asna de la señora Garula, que le reprende por ser acción innecesaria, dada la docilidad del animal (p. 61); Juan trata de atrapar una luciérnaga escondida en un cactus (p. 67); los discípulos no saben manejar los tenedores y beber en copas lujosas en la cena de Simón (p. 71); Felipe disputa con Bartolomé sobre si la cena que han disfrutado en su casa es mejor o no que la servida en el palacio de Anás (p. 80), etc. Son pequeñas anécdotas que van salpicando las diversas narraciones, añadiéndoles un valor humano, en relación con los distintos personajes.

El autor afirmaba en las palabras preliminares que no quería ser erudito, y efectivamente, los relatos no están recargados con notas superfluas, si bien se aprecia el conocimiento de la realidad retratada, por ejemplo en la descripción de los vestidos (p. 58), las viandas de la comida de Simón (pp. 69-70) o los edificios de Jerusalén y Cartago. Como notas de estilo, cabría recordar la introducción de algún rasgo navarro (diminutivos afectivos como *dinericos*, p. 21) o de palabras que denotan la riqueza léxica del autor (*gulusmear*, p. 58), rasgos estos que encontraremos repetidos en el resto de sus obras.

3.2.2. *Pastoral de Navidad* (1942)

Con esta obra¹⁷, que alterna la prosa y el verso, Vallejos vuelve a tratar en forma dramática algunos de sus temas religiosos favoritos (así, el de la Sagrada Familia), a los que ya se había acercado en forma narrativa corta en sus *Viñetas antiguas*. Incluso retoma algunos personajes con los que ya hemos tropezado en ese libro, como Pola, Luperca, la Garula... Este *Poema escénico* se estrenó en Madrid en 1942, en el Teatro María Guerrero, según se indica en el prólogo del autor (sin paginar) fechado en Madrid, diciembre de 1942, en cuyo comienzo advierte:

Ante todo debo prevenir al lector que Pastoral de Navidad es un puro anacronismo. Cuando este poema escénico fue estrenado, hace dos años, en el teatro María Gue-

17 *Pastoral de Navidad (Belén). Poema escénico en seis cuadros*, Madrid, Ediciones Alonso, 1942, con un prólogo (pp. 9-12) del autor. Hay dos ejemplares en la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona, signs. 4 / 9 / 52 (que manejo) y XXXII-D / 7 / 47. La obra lleva una dedicatoria impresa «A mi madre».

rrero por la Compañía del Teatro Nacional, hubo crítico que me señaló la falta de propiedad histórica como el defecto más importante. / Conscientemente llevé entonces el anacronismo a las tablas, y lo traigo hoy a las páginas del libro. Y no sólo a sabiendas, sino seguro de que, si alguna fuerza emotiva y evocadora tiene mi Pastoral de Navidad, arranca precisamente de su anacronismo.

Añade después, para seguir justificando los anacronismos presentes en la pieza, que el misterio del Verbo Encarnado es de todos los siglos: «Para él no hay ni ayer ni hoy, mientras exista esta medida del tiempo»; y luego: «Diariamente nace Cristo entre nosotros». De ahí que concluya:

Obstinarse, pues, en localizar las escenas de la Natividad de Cristo en un remoto tiempo y en un lugar lejano a nosotros, por un pretencioso rigorismo de reconstrucción histórica, es sencillamente empequeñecer sus dimensiones y recortar su influencia sobre nosotros.

Además, el anacronismo ha tenido siempre expresión en el arte religioso (pintura, escultura, literatura...); gracias a él, «el misterio se nos acerca a nuestra vida hoy y nos envuelve»:

Querer, por tanto, sustituir esta jocunda y desenfadada y sabrosa libertad de interpretación del Sagrado Misterio por una fría reconstrucción pseudoerudita, equivale a suplantar la ingenuidad por la pedantería, la gracia por lo cursi. Y, lo que es mil veces más grave error, a confinar en una época lejana y ajena -algo así como la fría vitrina de un museo- lo que es y seguirá siendo hasta el fin de los tiempos el sol de nuestra vida.

Los seis cuadros de que consta esta *Pastoral de Navidad* son: «La Anunciación», «La Visitación», «Camino de Belén», «Belén», «Nacimiento» y «Adoración de los Reyes»¹⁸. Examinemos la acción dramática de cada uno de ellos.

Cuadro primero, «La Anunciación». La acotación inicial advierte que se oyen cañonazos y el tableteo de ametralladoras (p. 18; cfr. lo explicado *supra* sobre el anacronismo). Reina en el mundo una noche oscura, de guerras y sangre: «¿Hasta cuándo la miseria, y el odio, y el dolor, y las lágrimas?», se pregunta una voz (p. 21); y otra: «¡Oh Dios todopoderoso! ¿Cuándo harás brillar tu lucero de la mañana?» (p. 21). La Virgen, rezando, se une a ese clamor de los hombres y pide que venga Dios, como indica una voz: «El cielo callaba / la tierra gemía / En su oratorio oraba / la Virgen María». La acotación de las pp. 25-26 indica que, al tiempo que amanece, aparece el ángel Gabriel a anunciar a María la concepción y el nacimiento del Salvador: la luz que se hace en el escenario simboliza la pronta llegada de Cristo, que será la Luz de los hombres. De hecho, todo este primer cuadro no es sino un paso de las tinieblas a la luz en el mundo.

18 Intervienen en la pieza, según recoge la «Tabla de personajes», los siguientes: La Virgen Nuestra Señora, San José, El Arcángel Gabriel, Santa Isabel, Rey Gaspar, Rey Melchor, Rey Baltasar, Cleofé, Gabina, Rebeca, Moisés, Pola, Luperca, Taratoles, Peli, La Garula, María la de la panadería, La Señora Agapita, María Sarmiento, Pedro Matú, Manasén, Pastora, El Señor Alcalde, La Señora Alcaldesa, Rosa la Ermitaña, Tres Jardineros, Siete Hilanderas, Tres Pajes de los Reyes, Coro de Ángeles, Cortejo de Pastoras, Cortejo de Zagales, Voz del Redentor y Voces.

Cuadro segundo, «La Visitación». Cleofé y Gabina, criadas de Zacarías e Isabel, riñen hasta que aparece Rebeca, el ama de llaves. También llega el ángel Gabriel, que con sus versos anuncia la visita de la Virgen a su prima:

*Por la aurora
con el alba del día,
de Nazareth salía
Nuestra Señora
la Virgen María.¹⁹*

Cuando llega ante ella, Santa Isabel proclama: «Todo es maravilla desde esta alborada...» (p. 45). Rebeca, a su vez, piropea a la Virgen: «¡Celestial aurora! / ¡Varita de nardo! / ¡Espiguica de oro!» (p. 46). El cuadro acaba con el canto y la paráfrasis del «Magnificat».

Cuadro tercero, «Camino de Belén». La acción se traslada a la posada de la Pola, que espera con su marido Moisés la llegada de algunos huéspedes (de los que acuden a Belén a empadronarse) que le reportarán suculentos beneficios. En la acotación inicial se nos advierte:

Este cuadro y el siguiente serán de marcado aire grotesco, con todas sus ingenuidades, y sus anacronismos, y su humor, y su graciosa libertad, que un prudente tacto ha de mantener siempre en su límite.

Pola reniega de Luperca, pues le avisó de que venían ricas caravanas, pero éstas no terminan de llegar. Quienes sí aparecen son Taratoles y su nieto Peli: les han echado de casa de María la de la panadería y piden alojamiento por caridad, aunque sea en el pajar; pero no se lo conceden: aunque Moisés se muestra dispuesto, su avara mujer no consiente de ninguna manera. Llega Luperca, que viene a pedir prestado un huevo para su marido Manasén, y riñe con Pola, por el tema de las caravanas. Luperca anuncia ahora la llegada de la caravana del rico Eleazer el de Hebrón. Después se acerca al mesón el ángel Gabriel y avisa a Pola de que se dirigen allí unos huéspedes muy principales (ella cree que lo dice por Eleazer). Entonces se oyen unos versos que alguien canta en el campo:

*Alma, ya vienen
llamando a tu puerta.
Alma, date prisa,
que la hallen abierta.
Que la hallen abierta,
que la noche es fría.
¡Alma, si supieras,
qué pronto abrirías!²⁰ (p. 80)*

19 Puede leerse este pasaje completo en el apéndice textual.

20 La acotación que sigue explicita: «Este villancico, como todas las interpretaciones musicales que proceden de la Sagrada Familia, ha de tener la espiritual unción, la dulzura y emoción necesarias para envolver a los santísimos personajes en un ambiente de reverencia» (pp. 80-81).

Llegan, pues, la Virgen María y San José, pero se encuentran con el «No hay posada» de la poco caritativa Pola, enfadada porque se imaginaba unos huéspedes más ricos. José ofrece en pago una vara florida de rosas de Jericó, pero es rechazada, y Pola no les deja ni arrimarse al fuego para sacudirse el frío del camino. El cuadro se remata y resume con estos cuatro versos finales:

*Solitos vinieron,
solitos se van.
La noche está helada.
¿Quién les abrirá? (p. 88)*

Cuadro cuarto, «Belén». Mientras Taratoles y Peli vagan sin refugio por las afueras de Belén, se oye una voz que clama, retomando las peticiones del cuadro primero: «¡Ven, Señor, no tardes más!». Al mismo tiempo, el arcángel Gabriel entona (p. 93) los mismos versos de la p. 80, «Alma ya vienen...». María Sarmiento, Luperca, María la de la panadería, Agapita, la Garula, Pedro Matú y Manasén murmuran y cotillean en las ventanas de sus casas; todos se preguntan quién sería la persona que cantaba; y ven «tres lucicas» paradas en el mesón de la Pola. La terca Luperca -«Terca Luperca es mi nombre cristiano», afirma ella misma en la p. 111- riñe con su esposo Manasén y le golpea. Mientras tanto, Peli guía a la Virgen y a San José hasta el pueblo. Lllaman a las casas de Belén, pero tampoco aquí les abren: «A su casa vino / y nadie le abrió», son los versos-resumen que rematan el cuadro.

Cuadro quinto, «Nacimiento». La acotación nos informa de que es una «noche de plata»: pese a ser invierno, el tiempo es primaveral. Taratoles y su nieto han alojado a José y María en el establo al que ellos se habían acogido. El anciano reflexiona con estas palabras dirigidas a Peli, que le ha preguntado «¿Por qué es la gente tan mala?»:

Malos somos todos, hijo mío. Tú y yo también. Corazones de piedra, ojos venenosos que emponzoñamos a las buenas criaturas de Dios. El sol alumbra y calienta la tierra. La tierra da flores y frutos, según los tiempos, y los ríos, estos sabrosos peces que nos alimentan [se refiere a unas madrillas que ha pescado]. Y hasta de las duras peñas salta el agua clara que nos apaga la sed. Todas las criaturas son buenas, humildes y obedientes a la voluntad del Señor. Sólo el hombre es malo. Nació bueno en el paraíso en medio de las criaturas buenas. Y él solo se torció. Y desde entonces, toda la maldad del mundo es obra de sus manos. ¡Cuánta maldad! ¡Dios! Mentiras, ambiciones, guerras... Siempre las lágrimas y la sangre a nuestro alrededor. Y así, sin remedio, hasta que venga el que nos ha de libertar (pp. 127-28).

Los hombres, sigue explicando, esperan a alguien que les libre de esa esclavitud, a alguien que les haga a todos iguales y hermanos. Entonces se repite -es un leitmotiv que reaparece a lo largo de toda la obra- la frase «Ven, Señor, no tardes más». Llegan Peru y el Tan; se oye música, y se insiste en que la noche parece de primavera. Gabriel, con un coro de ángeles, anuncia a los pastores el nacimiento del Mesías. Siguen al anuncio unas bellas coplas de Taratoles:

*¡Ya viniste! ¡Ya has nacido!
 Ya comenzaste a penar.
 Nadie te quiso en su casa.
 Tú a todos querrás igual.
 Por cada olvido una lágrima,
 por cada agravio un perdón,
 por los pecados de todos,
 tu sangre de Redentor.
 Lloro, Niño; sufro, Niño,
 pobrezas, penas, insultos.
 ¿No ves? Por tu llanto vuelven
 la paz y la gracia al mundo (p. 135).*

Y a continuación viene el villancico de la Pastora, alternando con una voz que repite el estribillo, «Un ángel de las alturas / fue anunciando a todas las criaturas»:

*Caminitos del monte,
 caminitos en flor.
 ¿Quién ha ido a contaros
 que nació el Señor?²¹*

Diversos personajes (el Señor Alcalde, la Señora Alcaldesa, Rosa la Ermitaña, tres Jardineros, siete Hilanderas) van entrando en una danza festiva, según son nombrados en el villancico, y al final la Virgen María eleva al Niño como una hostia.

Cuadro sexto, «Adoración de los Reyes». Luperca y Pola acuden al portal, invadidas por la alegría, bailando al cantar Garula: «A Belén, pastores/ que el Rey celestial / ha nacido anoche / en un pobre portal». Recuerdan que antes siempre andaban de riña continua y, tan cambiadas están, que cada una se echa la culpa a sí misma de los anteriores altercados; ahora todas somos recién nacidas» (p. 151), comentan; pero no sólo ellas: «Todo está cambiando» tras el nacimiento del Niño-Dios. En esto aparece el cortejo de los tres Reyes; ésta sí que es una rica caravana, pero Pola ya no piensa en llevarlos a su mesón. Es más, siente vergüenza de no haber alojado a la Sagrada Familia en su casa. Acuden al establo, donde se ve al Niño en su cunita, «hecho una rosa diminuta entre los refajos y pañales» (p. 156). Taratoles entona una canción de cuna, «Duérmete, Niño...» (pp. 157-58; véase el apéndice textual) en la que, como es habitual en este tipo de poesía navideña, a los gozos del Nacimiento se une el presentimiento de las penalidades de la Pasión. Salen a escena todos los personajes y, entre nuevos versos, se produce la llegada de los Magos. La Pastora los detiene, pues deben bailar la danza de los pastores. Así lo hacen, en gracioso minué, al son de estos versos:

21 Puede leerse este pasaje completo en el apéndice textual.

*Nuestro Rey ha preferido,
para nacer, un establo.
No quiere pompas ni ruido
de armas ni escoltas. Al diablo
coronas, cetros, alhajas
y toda su altanería.
Para él, un lecho de pajas;
para él, nuestra compañía:
un pastor, una pastora,
un mendigo vagabundo,
un can que ladra a deshora,
algún huérfano que llora...
¡Todos los pobres del mundo! (p. 162)*

Baltasar pronuncia un largo parlamento en nombre de los tres reyes; tras adorar al Niño, le ofrendan sus regalos (oro, incienso y mirra) y, como fin de la obra, se ilumina toda la esfera terrestre (recuérdese el final del cuadro primero, donde ya se anunciaba el nacimiento de quien venía a ser la Luz del mundo).

Como rasgos de estilo propios de G. X. Vallejos cabría destacar en esta obra la presencia de palabras poco usuales, como *chosne*, *ruellos...*; los abundantes diminutivos en -ico, -a (*huesicos*, *poquico*, *maridico*, *bodeguica*, *huevico...*); palabras o expresiones coloquiales como *aluego*, *calamocanas*, *calamocha*, *mentir más que hablar*; y refranes: «Buena ayuda, Don Alambre, y me lo quebraba el aire», «Casó Roque y perdió los calzones», «El oficio del can: ladrar, morder y rabiarse», «Con dineros, gallina cría el puchero», «Antes mis dientes que mis parientes».

Igualmente, hay que recordar esas alusiones anacrónicas a las que hacía referencia el autor en el prólogo: además de los rasgos lingüísticos que acabo de mencionar, como los diminutivos afectivos y las palabras que podrían pasar por «navarrismos», el autor hace que los personajes aludan al cordero de la cuenca (de Pamplona), a las alubias de Sangüesa, a las ollas de Lumbier, etc. De esta forma, los personajes que son testigos del Nacimiento de Jesús -Pola, Luperca, Taratoles, Peli, los pastores...- resultan más cercanos al espectador o lector de esta *Pastoral de Navidad*, y con ellos también el Misterio de esa Natividad del Salvador del Mundo, según era la intención declarada del escritor.

3.3. Un drama sobre San Francisco de Xavier: *Volcán de amor* (1923)

Genaro Xavier Vallejos compuso un drama histórico misional sobre la figura señera de San Francisco de Xavier, titulado *Volcán de amor*, que obtuvo el primer premio en un certamen nacional celebrado en Burgos y fue estrenado por Bartolomé Soler en el Teatro Gayarre de Pamplona la noche del 24 de septiembre de 1922. Se publicó en forma de libro al año siguiente, en 1923²². La

22 *Volcán de Amor. Escenas de Amor Divino. Repartidas en tres actos y un epílogo. Compúsolas para loor de San Xavier, Apóstol de Oriente, y según las viejas historias, su devotísimo siervo, vecino de tierra y solar, Genaro Xavier Vallejos, Madrid, Voluntad, 1923. Ejemplar en la Biblioteca General de Navarra, sign. 7-2 / 166.*

obra, que constaba de tres actos y un «Cabo», llevaba en esa edición la siguiente dedicatoria:

A la Diputación del Reyno de Navarra. Este es el varón que despreció al mundo. Este es el que vio nacer el sol de Oriente. Este es el que, saliendo de su patria, la engrandeció por los confines de la tierra. Este es nuestra historia. Este es nuestra raza. Por los siglos de los siglos, Francisco Xavier.

Ahora bien, Vallejos retocó con posterioridad el texto de este drama, de forma que existen distintas ediciones en las que varía ligeramente el título, el subtítulo y también el texto dramático, aunque en todos los casos la acción de la obra siga siendo sustancialmente la misma. Así, encontramos la obra *Xavier. Estampas escénicas en un prólogo, tres cuadros y un epílogo*, por Genaro Xavier Vallejos, 2.^a ed., Bilbao, El Siglo de las Misiones, s. a.²³; *Volcán de amor*, Burgos, El Siglo de las Misiones, s. a. (debe de ser la tercera edición); y *Volcán de amor*, 4.^a ed., Bilbao, El Siglo de las Misiones, 1942 (en estas ediciones la obra se presenta dividida en tres actos y un «Epílogo», y no figura ya la dedicatoria antes reproducida). Esta última edición de 1942 es la más tardía que conozco y la que utilizaré para este trabajo²⁴. Existe también -y es dato interesante- traducción de la obra al euskera, hecha en los años 30: *Sutan biotza*, Xenaro Xabier Vallejos apaizak, egiña ta Iruretagoyena'tar Juan, apaizak euskeratua, Zarautz, Eusko Argitaldaria Zelaya ta Lagunak, 1931²⁵.

23 Sobre esta obra escribe Elizalde, *Navarra en las literaturas románicas (española, francesa, italiana y portuguesa)*, tomo III, Siglos XVIII, XIX y XX, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1977, pp. 454-55: «Genaro Xavier Vallejos es autor además de *Xavier. Estampas escénicas*, inauguradas en el Liceo, de Barcelona, el 13 de marzo de 1930. Con música del P. Massana, S. J. Sin conflicto ni trama, deliberadamente ausente de la obra, se centró todo en la exaltación del misionero, encarnado en Javier. Una especie de corifeo de tragedia griega o prólogo es el que da la nota de emoción y ambiente al espectador en una prosa evocadora, altamente poética. Sobre este tinglado, el P. Massana ha levantado la arquitectura de su música orquestal, solemne, con audacia de modernidad y una inspiración, al mismo tiempo, profunda y clásica. / Estas escenas, evocaciones o estampas hilvanadas entre sí por la unidad de ambiente y la identidad del personaje, que pudiéramos llamar protagonista -aunque tal personaje supone acción y conflicto, tiene momentos de auténtica inspiración, desde que oye el llamamiento divino, hasta que llega, a través de las vicisitudes prósperas y adversas, al premio de la inmortalidad» (y cita a continuación un pasaje en verso de la pieza). En la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona se conserva un ejemplar, sign. Bibli. Mis. Fil., que no he podido ver por no estar disponible para su consulta; la ficha indica que el libro consta de 46 pp., lo que me hace presumir que se trata de una versión abreviada de *Volcán de amor*.

24 Genaro Javier Vallejos, *Volcán de amor*. Drama sacro [en] tres actos y un epílogo, Bilbao, El Siglo de las Misiones, 1942. Ejemplar falto de portada en la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona, sign. 1 / 9 / 9.

25 Ejemplar en la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona, sign. LV/1 / 20.

La acción de *Volcán de amor* ocurre en el siglo XVI, concretamente en el último año de la vida de San Francisco de Xavier (la muerte del santo, a las puertas de China, será precisamente la culminación del drama). Como en *Pastoral de Navidad*, alternan en esta obra dramática la prosa y el verso. El reparto es bastante extenso²⁶, aunque destacan tres personajes fundamentales: en primer plano, como es lógico, la figura del santo navarro; y en un segundo término, su colaborador, el mercader Diego Pereira, y su antagonista, don Álvaro de Ataíde. Pero examinemos el argumento acto por acto.

La acción del primer acto se sitúa en el templo de Triwalaor, en la India. Don Álvaro y su escudero Duarte, disfrazados de indios artesanos, se acercan al templo deseosos de apoderarse de un fabuloso collar de perlas que allí se custodiaba. El fakir Abul-Bemar y Kanna, un fiero brahmán, hablan de un «cuervo» -en alusión al misionero navarro- que, con su predicación, les roba los indios del templo desde hace tiempo (p. 12); se lamentan además de que Visva Mithas, el gran sacerdote, se haya puesto de su lado; éste reconoce explícitamente que los dioses indios están caducos y viejos y que el dios Bramah está aburrido. Los dos malvados trazan su venganza; Kanna afirma: «Si no podemos vengarnos como leones, seremos reptiles. Verás qué buena venganza. Yo te lo prometo (p. 15), y Abul-Bemar: «¡Cómo reptiles!» ¡Padre Brahma, dame la astucia, dame el veneno de una serpiente!» (p. 15).

Tras la presentación de estos dos personajes negativos, se alza a continuación la figura santa de Francisco de Xavier, inflamado de amor divino, tal como nos lo presenta la acotación de las pp. 15-16:

Por los castaños de la izquierda aparece la excelsa figura de San Francisco Javier. Es el padre Francisco. Lleva ya diez años en la India y está en el postrero de los cuarenta y seis de su vida santa. Su cabellera, que ha sido negra, como su barba y sus ojos, encaneció ya por la fatiga dura del apostolado. Alza de ordinario el rostro encendido de una misteriosa fiebre, y hay en sus pupilas tan extraño resplandor que todos dan por sabido que el Padre Francisco anda en un perpetuo éxtasis.

Lleva una sotana raída, con el cuello alzado y vuelto al estilo de la época, y un ceñidor a la cintura; de una cinta gruesa le pende el crucifijo aquel que le devolvió un cangrejo cuando le lloraba perdido a orillas del mar. Su palabra es fuego. [...]

Conviene notar que las maneras y la expresión del semblante de San Francisco han de ser en todo momento, aun en los trances de más apasionada exaltación, contenidos por una interior austeridad. Ningún gesto violento, ni en el deseo, ni en el ademán de esta alma sublime que en todo momento vive anegada en la presencia de Dios.

- 26 La tabla de personajes incluye a San Francisco Javier, Diego Pereira (rico mercader y embajador), Álvaro de Ataíde de Gama (gobernador de Malaca), Antonio de Santa Fe (Kadilah), Alfonso (Visva Mithas, gran brahmán de Triwalaor), Duarte (escudero de don Álvaro de Ataíde), Kanna (brahmán fanático), Abul-Bemar (viejo fakir indio, penitente de la pagoda de Triwalaor), Souka (joven brahmán de Triwalaor, compañero de Kadilah), Carvalho (sargento de la guardia de don Álvaro), Un criado, Dos mercaderes chinos, Dos pescadores chinos, Li, Kao-Tsen, Ven-Ti y Yao-Vang (niños chinos), Cortejo de brahmanes, Varios soldados, Grupos de mercaderes y Tropel de indígenas malayos.

En su primer monólogo²⁷, pronunciado «Con sobreanhelo», muestra ya su deseo de pasar a la China, donde le esperan miles de almas que convertir al catolicismo (éste será su mayor anhelo, repetido constantemente a lo largo de la obra):

*¡Hijos míos, con qué ansia tan divina
sueña en vosotros mi alma enamorada!
Arrobado.
¡Hijos míos de China!*

Sin embargo, antes de marchar quiere rescatar a Kadilah y Souka, dos jóvenes brahmines que van a convertirse al catolicismo. Kadilah se niega a participar en los sacrificios paganos y está dispuesto a marchar con el Padre Francisco; en cambio, Souka no se atreve a partir por no dejar sola a su madre. Kanna, que insiste en la imagen de los «cuervos» para aludir a los misioneros y sus negras sotanas, acusa directamente a San Francisco Xavier: «Tú nos robas la gente de las pagodas» (p. 22). El santo, en su respuesta, proclama la hermandad universal en la religión cristiana: «Sí, hijo mío, en este país y en el universo mundo todos somos iguales, porque todos somos hijos de Dios y llevamos su misma sangre» (p. 24). Él tan sólo desea marchar a Santo Tomé, y de allí embarcar rumbo a la China:

Y pronto, irostro al mar! Con mucha exaltación. ¡Tengo un ansia de verme luego en el mar! Es tan descomunal el tesoro que allí llevamos que se me imagina andar tropezando por todas las vías de tierra, y no sosiego hasta verme en medio del mar. Iremos como conquistadores de una nueva cruzada, sin lanza y sin espada, a todos los rigores. Mendigos, harapientos, desafiando a piratas y vientos y furias de la mar. Va con nosotros Cristo, ¿qué nos ha de faltar? Él nos lleva adelante. A nuestra voz de mando, el reino de la Iglesia se ha de ir ensanchando. Ese imperio de China de millones y millones dicen que es. Todo para nosotros tres. ¡Qué divina alegría! Segar y segar mies desde que nazca el día, y otro y otro y otro día después... (p. 27)²⁸

San Francisco Xavier pone paz entre don Álvaro de Ataide y el mercader Diego Pereira, que han entablado una agria discusión. Luego sale el cortejo de sacerdotes indios para realizar el sacrificio humano que establece su rito sagrado, y San Francisco trata de detenerlo. Una acotación nos informa de que Abul-Bemar «Se retuerce como un verdadero reptil» (p. 30; cfr. sus palabras del comienzo). Visva Mithas advierte al misionero del peligro que corre, pues los sacerdotes son fanáticos; pero, «con un empuje sobrenatural», los hace retroceder arrastrándolos «hacia las tinieblas misteriosas del templo» y todos los demás claman: «¡Sólo Cristo Dios!». Visva Mithas se arranca su collar sagrado y lo arroja a los pies de los brahmanes. El acto se remata con la indicación de que San Francisco Xavier «Queda en las tablas con el Cristo en alto, radiante, magnífico, triunfador» (p. 31).

La acción del segundo acto ocurre en Meliapur, ciudad llamada por los cristianos Santo Tomé; en concreto, en el parador de los mercaderes portu-
gue-

27 Dado su interés, lo copio íntegro en el apéndice.

28 Nótese la presencia de rimas internas en este pasaje en prosa (quizá fuera un fragmento versificado en su origen).

ses cerca del puerto. Ha pasado un día desde el final de la jornada anterior. Se nos indica que el gran sacerdote Visva Mithas se ha bautizado y se llama ahora Alfonso; y lo mismo ha hecho Kadilah, con el nombre de Antonio de Santa Fe. Don Diego Pereira avisa a don Álvaro de que él y el misionero van a embarcar para Goa: van a China en embajada del rey de Portugal don Juan III. Don Álvaro protesta: «A él solo la China, los chinas [sic], las almas, la conversión de los pecadores, la vida perdurable...» (p. 40). Lo hace porque ha vislumbrado el gran negocio comercial que puede realizarse al amparo de esa embajada oficial a la China (p. 41) y se siente invadido por la codicia, así que decide detener a Pereira y encerrarlo en su castillo de Malaca.

Después don Álvaro recibe la visita de Kanna, quien le ofrece el valioso collar que ambicionaba con la única condición de que ajusticie a los dos brahmanes bautizados, Visva Mithas y Kadilah. En esto llega el Padre Francisco con los dos indios. Duarte, arrepentido ya de los excesos de su amo, previene al santo de los malvados planes de don Álvaro. Pero el Padre, sencillo y confiado, no termina de creer cierta la maldad del gobernador, a quien indica:

Advierto que nuestros oficios se parecen mucho. Vos, buscando siempre la honra del Rey, sin descuidar la de Dios; yo, siempre buscando la honra de Dios, que nunca será en perjuicio de la del Rey (p. 51).

San Francisco Xavier reitera la noticia de que van al imperio de la China: el embajador será Diego Pereira y él, bajo su amparo, podrá predicar la fe católica. Duarte le avisa otra vez del peligro que corren los nuevos bautizados, pero ya es tarde. Don Álvaro, enfadado por las intromisiones de su escudero, se lanza al ataque y hiere de muerte con su espada a Alfonso, aunque Antonio consigue huir. También este acto se remata con unas palabras de San Francisco: «¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?», y la acotación explícita: «La voz del Santo queda vibrando como un anatema» (p. 59).

El acto tercero ocurre en Malaca, en una pieza en la factoría de los mercaderes chinos junto a la lonja del puerto. Don Álvaro, que acaba de cerrar un negocio con dos comerciantes, recibe a San Francisco Xavier, cuyo único pensamiento sigue siendo convertir a los chinos; tan sólo falta para poder embarcar el permiso del gobernador, que no es otro que don Álvaro. Pero éste, cegado por la codicia, los detiene con la excusa de que debe honrar debidamente al embajador Pereira. Entonces, señalándose el corazón, dice el santo: «aquí, [...] aquí tengo otro sol que revienta por derramar afuera su luz y su fuego, y, como no le dejan, todo se me revierte desde lo más hondo y no lo puedo resistir» (p. 69). Desde este punto se insistirá en esa imagen de la fiebre -real y metafórica- que le abraza cuerpo y espíritu.

A continuación, un grupo de indígenas malayos acude al santo para pedirle que no los abandone; destaca por su originalidad la canción que entonan para encantar las serpientes (p. 72²⁹). Llega don Diego Pereira, que trae una carta del Virrey autorizando la embajada; don Álvaro cree que a Pereira le guía tan sólo su impulso de mercader, y desea la embajada para él: «Es un traficante sin alma», resume Pereira (p. 77). El Padre Francisco sigue soñando con la China y lamentándose de la detención:

Jesús mío, me llamas desde China hace mucho tiempo y la codicia de los hombres me cierra el camino. Y yo entre tanto, preso aquí, me desgarró y me consumo en este afán. Con esta ansia, cada vez más grande, me has traído hasta las puertas de China; y ahora... ¿me vas a dejar morir para que sea mayor mi tormento? No me des castigo tan horrible. No te pido descanso ni galardón. ¡Sólo te pido almas! ¡Almas! Oigo sus voces; me trapan las entrañas; ¡qué angustia, Dios mío! (p. 78)

Se dirige a Pereira, insistiendo en que le abraza ese fuego misionero; y pide a Dios le quite la vida pues, sabedor de que los chinos no tienen quién les predique, ya no puede soportar tanto dolor. E indica la acotación: «Aunque todo este apóstrofe es muy exaltado, apártese del santo todo ademán fingido, declamatorio, artificioso; que sólo resalte en sus palabras la intensidad del divino amor» (p. 79). Sigue otro monólogo del santo, sobre el fuego que le abraza (lo reproduzco en el apéndice). La emoción hace al santo llorar: «Lloro por mis hijos de China como llorabas Tú, Señor, por lo tuyos de Jerusalén» (p. 82). Duarte, ante el vil comportamiento de su amo don Álvaro, le ataca, pero el Padre Francisco le defiende de nuevo: «No se puede ir allá por caminos torcidos. Si el comienzo de nuestra jornada había de ser un charco de sangre, nunca sea» (p. 86). Para tratar de convencer al gobernador y obtener su permiso, el santo resume su vida (cfr. pp. 86-87: su nacimiento en el seno de una familia noble, su salida de Navarra, su paso por París, el descubrimiento de su vocación religiosa y misionera...). Ahora un hombre tan sólo le detiene, interponiéndose como obstáculo cuando apenas unas pocas millas de mar le separan de la China, y ese hombre, reprocha a don Álvaro, es con su conducta doblemente traidor, a Dios y al rey.

Don Álvaro le dice entonces que puede partir, pero Pereira no; sin embargo, esto no sirve de nada, porque el misionero solamente podría predicar al amparo de la embajada oficial (pues hay decretada pena de muerte para todos los extranjeros que pongan sus pies en la China). El santo se arrepiente ahora de su supuesto orgullo y cree que son sus propios pecados los que le cortan el camino; el brazo que sostiene el crucifijo se le desmaya:

¡Apártate, amor de mi alma! ¡No me atrevo a mirarte!... Pero, ¿adónde iré sin Ti? ¡No puedo vivir más!... Todo lo abandoné, Divino Salvador, por venir a buscarte almas en estas tierras, y ahora... mis pecados me apartan de Ti... ¡Señor, luz de mi alma! ¿También Tú me vas a desamparar? Vete, Señor, pero dime adónde me he de volver y dime qué he de hacer con este fuego que me abraza el alma..., ¡que Tú encendiste para abrasar el mundo!... Estrellas del cielo por donde me miraban sus divinos ojos, ¡apagaos! ¡Ya no le veré más! Voces de las aves y de los vientos y de las olas del mar, ¡ya no me repetiréis más las palabras que Él os decía para mí!... Y pues de nada me sirven ya, quítame, Señor, los ojos, y déjame ciego, sordo, mudo; y quítame esta vida que es un martirio sin Ti (p. 91).

29 «Mingaya / Dungaya / Lahí, lahí, lahí, / Pengayaré, / Lahí, lahí, lahí, / Perampampuan / Lalaqué, lalaqué, babayé, / Perampampué / Lahí, lahí, lahí, / Perampampuan / Perampampué». En esta versión se trata de imitar el habla, mientras que en las anteriores la canción estaba en castellano: «Enrosca, / desenrosca / tu cola encendida, / tu lengua partida, / serpiente, / caliente, / ojo de fuego, / vuélvete ciego. / Luego, luego, luego».

Se le nubla la vista, queda sin fuerzas y, entre visiones, se le aparecen los montes de su tierra, el castillo natal, su capilla, y en ella un Santo Cristo sangriento³⁰. Sigue una nueva exhortación lírica, en la que se explicita el título de la obra:

¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Es la China!...
La figura del santo se ilumina con un nimbo sobrenatural.
 Ya voy, hijos míos, los que Dios me diera.
 Ya voy, que no sufre mi alma más espera.
 [...]
 ¡Hijos de mi alma!, hincad las rodillas.
 Se acerca al Imperio vuestro Emperador:
 la sangre de Cristo, ¡mi volcán de amor!... (p. 94)

Y Vallejos cierra el acto poniendo en boca de San Francisco de Xavier el tan famoso como bellísimo soneto anónimo «No me mueve mi Dios para quererte...», que, en efecto, ha sido atribuido -entre otros muchos autores- al santo navarro.

El epílogo sitúa la acción en la isla de Sanchón o Sanción, a la que el Padre Francisco ha llegado en un junco de pescadores. Ahora está enfermo en la arena, mientras varios niños chinos rezan por él un «Ave María». Sigue encendido en amor divino (cfr. p. 107), y se lamenta: «¡Y tener ahora / que rendir la vida / a las mismas puertas!» (p. 108). Llega Duarte, avisando de la venida de Pereira: el Virrey ha desposeído del gobierno a don Álvaro. El Padre Francisco de Xavier se dirige a Dios: «Soy tu siervo, Señor»; desearía más peleas y más labores en su nombre, pero está fatigado, rendido de cansancio; se reclina y queda recostado «en ademán sublime. Su rostro se reanima con misteriosa vida» (acotación en p. 111). Y, mirando a la cercana costa de la China, declama su parlamento final, con el que concluye la obra:

*Aún te veo, tierra, esperanza mía...
 Allí, mi esperanza... aquí, mi agonía...
 Y en medio... la lengua bravía del mar,
 en medio, la muerte que viene a llamar.
 ¡Mis hijos del alma!, a todos os veo...
 ¡Ay!, mi voz no alcanza cuanto mi deseo...
 Me muero... Las olas que vienen y van,
 las olas os cuenten mi postrer afán
 y os digan que en este desierto paraje
 pensando en vosotros, consumé mi viaje.
 No lloréis, mis hijos, porque yo no vaya.
 Seguid esperando firmes en la playa.
 Otros sembradores, detrás de mis huellas,
 vienen ya como una bandada de estrellas.
 ¿No los veis? Ya se acercan.*

30 El autor anota al pie: «Recojo en este pasaje la tradición del sudor de sangre que sudó el milagroso Cristo moribundo del Castillo de Xavier, los viernes del último año de la vida del santo» (p. 93).

*¡Qué luz deslumbradora!
 ¡Se acabó la tiniebla!
 ¡Ya despierta la aurora!...
 ¿Cuántos venís?... ¡A cientos!
 ¡Señor, espera..., espera!...
 Desfalleciendo.
 Déjame que los cuente... Déjame antes que muera
 que les muestre el camino que me cerraste a mí...
 Que ellos lleven allí
 estos afanes míos, de mi gloria presos...
 Y entre tanto, Señor,
 que bajo esta colina que ha de cubrir mis huesos,
 hasta mis huesos sean un volcán de tu amor.
 Muere. (pp. 111-12)*

De esta forma, con la muerte del santo, que acaba de anunciar la llegada de nuevos misioneros que seguirán sus huellas, concluye el drama. Como puede apreciarse, la acción de *Volcán de amor* es sencilla y se encamina exclusivamente a elogiar la actividad misional del santo navarro, poniendo de relieve, en concreto, su deseo incumplido de predicar la fe de Jesucristo en el inmenso imperio de la China. A lo largo de toda la obra cobra importancia el desarrollo de las metáforas o imágenes implícitas en el título: *volcán, fuego, abrasar...*, que subrayan esa locura de la cruz, ese amor divino que ardía en el pecho del Apóstol de las Misiones. Por lo demás, el universo dramático de los personajes se divide maniqueamente en dos bloques, los buenos, muy buenos (el santo, Pereira, Duarte, Visva Mithas, Kadilah...) y los malos, muy malos (don Álvaro, Kanna, Abul-Bemar). Cabe destacar también la búsqueda por parte del autor de cierto exotismo patente no sólo en los nombres geográficos, algunos de ellos de obligada mención (Triwalaor, Meliapur, Malaca, Sanción...) o en la onomástica (dioses indios, brahmanes), sino también en la intercalación de algunas palabras originarias de lenguas orientales (*pettisa, vaiscías, bakulas, sarong...*).

Por último, hay que señalar que con esta obra, *Volcán de amor*, Vallejos se adelantó en varios años al gran dramaturgo José María Pemán, de quien era amigo, autor del famoso drama *El divino impaciente* (1933), también sobre la colosal figura misionera de nuestro San Francisco de Xavier, que cosechó a su estreno un éxito inmenso de crítica y público. He indicado que *Volcán de amor* se estrenó en 1922 y se publicó, en su primera versión, en 1923, así que antecede en más de diez años a la creación de Pemán, que luego ha resultado mucho más conocida.³¹

31 Cuestión interesante sería el estudio comparado de ambas obras, la de Vallejos y la de Pemán, que espero poder abordar en el futuro. A este respecto, apunta Ignacio Elizalde, *Navarra en las literaturas románicas (española, francesa, italiana y portuguesa)*, tomo III, Siglos XVIII, XIX y XX, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1977, pp. 453-54: «*Volcán de Amor* es otro de los dramas contemporáneos de Javier escrito por Genaro Xavier Vallejos, y mil veces representado en los Colegios y fiestas misionales. De más intenso dramatismo y más unidad y enredo que el de Pemán, le falta la soltura y elegancia del poeta gaditano, con todos sus finos matices poéticos y calidades estilísticas. Nacido con la intención de ser representado en los Colegios de religiosos, carece de personajes femeninos, que

3.4. La narrativa de fondo histórico:

El Camino, el Peregrino y el Diablo y Don Vicente

Las dos últimas producciones literarias de Genaro Xavier Vallejos que voy a reseñar tienen en común la ambientación histórica en épocas pasadas, aunque corresponden a géneros literarios distintos. Me refiero a *El Camino, el Peregrino y el Diablo*, que podría considerarse como una novela histórica -eso sí, un tanto *sui generis*-, y a *Don Vicente*, una biografía novelada del santo fundador de la Congregación de los Padres Paúles.

3.4.1. *El Camino, el Peregrino y el Diablo* (1978)

En esta voluminosa obra³² de 591 páginas, seguramente la más ambiciosa del autor, Genaro X. Vallejos novela un acontecimiento histórico, la peregrinación a Santiago de Compostela hecha por Carlos III, cuando era todavía infante: en efecto, el futuro rey de Navarra había hecho voto de recorrer el Camino de Santiago si era liberado de su prisión de Vincennes (en la que permaneció cuatro años, como rehén de su tío Carlos V de Francia), y el autor imagina la forma en que cumplió la promesa, es decir, cómo fue esa peregrinación iniciada el 4 de octubre de 1381. Y lo hace con un gran rigor documental, logrando una magnífica reconstrucción histórico-arqueológica de los ambientes, lugares y personajes evocados. Fernando Videgáin Agós lo califica como³³: «El libro más bellamente escrito de cuantos autores navarros haya yo leído alguna vez».

El príncipe-peregrino, el propio Camino de Santiago y el mismísimo Diablo (que siempre anda al acecho del hombre) forman, como indica el título, la tríada de personajes más importantes de esta curiosa obra, difícil de clasificar desde el punto de vista de los géneros literarios: por un lado, se asemeja bastante a una novela histórica; pero también podría tenerse fácilmente por un libro de historia novelada, sin olvidar lo mucho que tiene de libro de viajes³⁴.

La obra consta de tres partes: las dos primeras, «Tablero infernal» (con 9 capítulos) y «El voto» (con 13), vienen a ser el pórtico para el núcleo del relato, la tercera parte, «El Camino» (que tiene 125 capítulos y recoge la peregrinación

hubieran dado a la obra la delicadeza, ternura y contrapunto que pone siempre la mujer en el drama y en la vida. [...] En algunos momentos más cumbres, le hace hablar a Javier en verso, como también ha escrito en verso todo el epílogo. El carácter impetuoso, arrebatado de amor divino, de Javier está magníficamente pintado en una pieza, con menos matices psicológicos y humanos que el de Pemán» (Elizalde dedica las pp. 451-53 de ese mismo libro a comentar *El divino impaciente*).

32 *El Camino, el Peregrino y el Diablo*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1978.

33 Fernando Videgáin Agós, *Historias y leyendas medievales de los castillos de Navarra*, Pamplona, ed. del autor [Editorial Aranzadi], 1986, p. 117 (nota a «Ribaforada y los caballeros del Temple»).

34 Ignacio Elizalde, en *Navarra en las literaturas románicas (española, francesa, italiana y portuguesa)*, tomo III, Siglos XVIII, XIX y XX, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1977, p. 279 escribe: «Constituye una obra novelesca llena de imaginación, con un estilo muy cuidado y una evocación plástica de la época y de la vida de entonces».

propriadamente dicha de don Carlos). Además, el libro incluye un prólogo (sin paginar), una «Tabla de personajes» (pp. 573-86³⁵) y una «Bibliografía» (p. 587) que demuestra, por los estudios ahí mencionados, algo que se desprende de la mera lectura de la obra: el cuidadoso esfuerzo de documentación y consulta de fuentes que ha llevado a cabo el autor para la redacción de esta obra, que se presenta con unas palabras preliminares:

Estas son las alegres memorias del camino que monseñor Carlos III el Noble siendo infante de Navarra realizó de París a Compostela.

Y este es el Camino.

Laus Deo.

Tras el lema de Jorge Manrique: «Como a nuestro parescer / cualquiera tiempo pasado fue mejor»³⁶, el autor explica en el prólogo³⁷ que el día 4 de octubre de 1381 Carlos, futuro Carlos III, tomaba bordón y esclavina para ir a Compostela. Y advierte que no es el suyo un libro rigurosamente histórico, sino una recreación literaria de lo que pudo haber sido ese viaje:

Estos son los registros de su viaje. / Quien busque, sin embargo, en estas páginas, un libro rigurosamente histórico puede cerrar aquí, sin pasar adelante.

Se conservan, ciertamente, en la Cámara de Comptos los asientos de cuentas y gastos que tal viaje originó, y el autor señala que debe la ocurrencia del libro a esos «escuetos pero interesantes datos» reproducidos en un trabajo de José María Jimeno Jurío, «Itinerario jacobeo del infante don Carlos de Navarra (1381-1382)», publicado en la revista *Príncipe de Viana*, año 26, núms. 100 y 101.

- 35 La tabla incluye notas sobre los siguientes: El Camino, Carlos, infante real, Carlos II de Navarra, Carlos V de Francia, Juan, Duque de Berry, Felipe, Duque de Borgoña, Carlos VI de Francia, Enrique II de Trastámara, Doña Leonor de Trastámara, La Condesa Renata, El Obispo de Dax, Clemente VII, Papa de Avignon, El Cardenal Don Pedro de Luna, Santa Catalina de Siena, San Vicente Ferrer, Elifaz, Don Pedro el Ceremonioso, rey de Aragón, Francis Cunill, El Conde de Ampurias, El Infante don Martín, Marino Acheleana, El Coixaco, El Arzobispo de Constantinopla, Don Juan de Aragón, infante, Jaume el Rosinyolet, Don Felipe Fernández de Luna, Arzobispo de Zaragoza, Don Martín de Zalba, Obispo de Pamplona, Perrin de Usoz, Doña Inés, Condesa de Foix, Don Xemen de Ussoz, Don Miguel de Añués, Alvar García Ramírez, Pompón de Esparza, Sire Bretón de la Bretonniere, La serenísima Señora Abadesa de las Huelgas, Don Juan I, rey de Castilla, Don Ponce de Sahagún, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, Don Juan García Manrique, Arzobispo de Santiago y El Diablo. Como vemos, se mezclan en esta lista los personajes históricos reales (reyes, infantes, nobles, dignidades religiosas...) con los de ficción, sin olvidar a los personajes, tan principales, del Camino y el Diablo, que enmarcan a todos los demás.
- 36 Se añade una nota que nos informa: «Este libro fue escrito con ocasión del último Año Santo Compostelano y presentado a los Premios Planeta de 1971 y Ateneo de Sevilla de 1972 (en éste con el título de *Via Láctea*) quedando finalista en ambos»
- 37 Lo reproduzco íntegro en el apéndice textual, así como los capítulos XLVI (sobre la llegada a Sangüesa) y CXXIII-CXXV (final de la peregrinación) de la tercera parte.

«Y esto quieren ser los apuntes del Camino: sobre la trama del momento histórico, unas páginas de pura evocación amena y divagante». Recuerda luego que al monarca le tocó vivir «Una de las épocas más dramáticas de la era cristiana»; y que «El verdadero protagonista de esta historia es el Camino. El Camino por excelencia», en el que encontraremos las gentes que lo recorren, de las más diversas condiciones:

...santos estigmatizados, visionarios y místicos, y flagelantes del juicio final; monjes austeros y clérigos retozones, paladines, cruzados de Tierra Santa, mercenarios, aventureros, trashumantes, astrólogos y alquimistas y hechiceros, hampones, tafures, pícaros, bandoleros, gentes de horca...

En efecto, fue aquella una época de guerras, hambres, peste y calamidades. Pero también fue «la hora del Camino de Santiago». En la «Tabla de personajes» le dedica una nota que merece la pena transcribir íntegra aquí:

EL CAMINO. Tres son los grandes Caminos que tiene todo buen cristiano para peregrinar por este mundo: Santiago, Roma y Jerusalén. Y aun añadiremos otro cuarto y este es el Camino universal para todos los nacidos: Via Universae Gentis que desemboca en el morir. Y más que en el morir, que eso es sólo la puerta, en el Juicio de Dios. En este Juicio de Dios que una catequética muy del día, reblandecida y falsa por incompleta, trata de ignorar para llevarnos, sin más, a la Casa del Padre. La Casa del Padre y los abrazos del Padre aguardan, sí, pero más allá del Juicio, a quienes en ese supremo Tribunal, fulgurante y sin apelación, hayan salido quitos.

El CAMINO de Santiago, cuando la fe era el primer móvil de la existencia del hombre, lo hacían nuestros padres para ganar las perdonanzas que les permitieran llegar, limpios, a ese Tribunal y, de ahí, a la Casa del Padre.

Y junto al Camino, el Diablo. Destaca Vallejos en el prólogo que «El Diablo hace el Camino todos los días del año, va y viene sin cesar», convertido en un verdadero Peregrino del Mal. Y también al Diablo le dedica una nota propia en la citada «Tabla de personajes»:

EL DIABLO. Pero ¿existe el Diablo?

Para quien lea, con ojos limpios y tranquilos, el Evangelio la respuesta no tiene duda. Está ahí en multitud de páginas, atreviéndose, incluso, con la sagrada Persona de Jesucristo. Y está, luego, copiosamente presente a lo largo de la Historia de la Iglesia.

El hombre inflado de hoy que lo mira todo desde las alturas de su misil atómico y regresa de ese saltito de pulga que ha sido, en la inmensidad del cosmos, el viaje a la luna, diciendo que no ha encontrado a Dios en ninguna parte, tampoco, por supuesto, ha topado con el Diablo. Y se ríe de aquellas infantiles figuraciones de nuestros antepasados que tropezaban con él, revestido de las apariencias más horripilantes y vivían transidos de terrores. Pero mientras se ríe, no cae en la cuenta de que lo tiene al lado, oculto tras su disfraz más sutil, simplemente, haciéndole creer que ya no existe.

En el indescriptible confucionismo ideológico de nuestra hora actual, el Diablo se ha disfrazado de humo.

[...]

Sí, existe el Diablo. Ahí lo tenemos, incrustado como un piojo en los entresijos de nuestras estructuras y superestructuras filosóficas, políticas, socioeconómicas y, como apunta el Papa, hasta eclesiásticas. En el camino del hombre de hoy, con distinto antifaz pero pegado a él lo mismo que junto al peregrino del Camino de hace siete centurias. Agathion, Abbadón, Beelcebú, Príncipe de las moscas, mosca, moscarda, humo...

Por lo ya apuntado, podrá comprenderse que no se puede hablar, con propiedad, del argumento de este curioso libro, *El Camino, el Peregrino y el Diablo*; en todo caso, el resumen de la acción se correspondería con el recorrido que hacen don Carlos y los demás peregrinos de su cortejo, desde Vincennes, en Francia, hasta Santiago de Compostela.

La parte I, «Tablero infernal», nos presenta al infante Carlos como rehén de su tío Carlos V de Francia, del que es feudatario Carlos II de Navarra por los territorios que posee en aquel país. Se recuerda que también Carlos II -apodado el Malo por los cronistas franceses- fue su prisionero, tras ser capturado en Ruán; llevado a Arleux, fue sin embargo liberado por varios caballeros navarros que acudieron al rescate disfrazados de carboneros. Su hijo Carlos, casado con Leonor de Trastámara, vivirá durante cuatro años prisionero en «la jaula de oro» (así se titula el cap. VI de esta primera parte) que le ha preparado su tío en el castillo de Vincennes, «donde venimos de saludarle, al cabo de tres años, melancólico, trajojado de nostalgias, en el comienzo de esta crónica» (p. 33). Notas de sabor arqueológico van adornando la narración desde el comienzo (cfr. la descripción de la cámara y los trajes de Carlos en la p. 34). Como le avisa su tío el rey, la política internacional es un juego de ajedrez:

¡Despierta, muchacho! Aviva el seso, que gobernar reinos no es más que jugar a tablas con alfiles de carne y hueso (p. 35).

Se recrean las visitas que recibe del Delfín y del Duque de Berry; con éste último evoca las pasadas épocas de paz (así, los tiempos del rey-trovador Teobaldo de Champaña), propicias para el cultivo de las artes, para el esplendor cultural, que contrastan vivamente con las intrigas y guerras actuales. Y, como «recordar, para un corazón en amores, poca cosa es» (p. 42), el melancólico infante don Carlos rememora sobre todo en el cautiverio a su amada esposa doña Leonor: «¡Memorias del alma en destierro, de ausencias de amor, del corazón en pena» (p. 43). El último capítulo de esta parte, que aporta nuevos datos históricos de la época, nos informa de que Francia obedece a Clemente VII, en el cisma que separa a Roma y Avignon.

La segunda parte, «El voto», se inicia con la llegada desde Compostela de don Gauthier, Conde de Castriniqui; trae una carta de doña Leonor, en la que ésta sugiere al infante navarro que haga el voto de peregrinar a Santiago si es liberado. A don Carlos le place la idea, y se compromete con estas palabras:

Señor Santiago Apóstol de Jesucristo, mi Señor, hago voto y me prometo a vos, de peregrinar a vuestro sepulcro de Compostela si, de aquí a un año, soy libre de volver a mi reino de Navarra y arrejuntarme con mi esposa la Infanta Doña Leonor (p. 54).

La decisión es aprobada por su consejero, el obispo de Dax. «Y desde aquel

punto y hora, se dieron los dos a soñar con el Camino» (p. 54). Más adelante renueva el juramento; y verá llegada la hora de cumplirlo: muere el rey francés y su hijo, que reinará con el nombre de Carlos VI, le concede la tan ansiada libertad y lo agasaja. En este punto se intercala una semblanza del infante don Carlos:

Él no era hombre de armas ni de intrigas. Amaba la concordia, los amigos, el buen yantar, la música de juglares y la caza, las Cortes de Amor, los torneos tal y como se representaban en los estados de Provenza y en los de su vecino de Aragón [...] A su pueblo de labriegos, libres o collazos, lo soñaba en paz en sus albares y regadíos, riberas del Arga y Aragón, o en las mejanas del Ebro, bailando alegre en las eras; y a los pastores de las merindades altas, moviendo tranquilos sus rebaños, en el buen tiempo, hacia el frescor de las bordas del Pirineo (p. 68).

Recuerda ahora (p.72) una profecía que una vez le hiciera en Estella el peregrino Hacquelín Pispaud, de que él también peregrinaría cuando se viera libre de cadenas; aquel personaje le anunció: «el Camino será, para vos y para toda vuestra casta, la fuente de las venturas»(p.72). Por fin ha llegado el momento en que esa extraña profecía cobra sentido: es la hora de hacer el Camino. Una vez libre, marcha primero a casa del Duque de Berry, donde se le anuncia que le son devueltos sus estados, que tenía confiscados. Con el «corazón flechado de nostalgias» (p. 79) prepara la partida: visita a San Miguel del Monte, au Peril de la Mer, donde el abad le da una concha con las letras AMAD, siglas de una expresión cuya traducción equivale a «San Miguel Arcángel, Defiende». La nómina completa y la formación de la comitiva regia se refiere en la p. 99. Carlos es nombrado Caballero de la Estrella y se dispone a partir, siguiendo las indicaciones de la famosa *Guía del peregrino* de Aymerico Picaud.

La tercera parte, «El Camino», la más extensa, refiere todos los pormenores imaginados por el autor sobre aquella famosa peregrinación. La comitiva se encamina primero a Santiago del Matadero, donde todos los peregrinos que la componen toman esclavina y bordón y donde reciben la bendición del obispo. Atraviesan después los estados del Duque de Borgoña: Nevers, Lyon, Valence, Aviñón, donde visitan a Pedro de Luna, valedor de Clemente VII. Y siguen su camino por Arlés, Comptos de Le Roux, Montpellier... A Perpiñán llegan en otoño de 1381, y de allí pasan a Barcelona, adonde llegan en un momento mágico en que están en construcción los más exquisitos edificios góticos de la ciudad:

Era el momento supremo y único del prodigio. Maestros constructores, albañiles, tallistas, orfebres, trabajaban como en trance, al contagio de una fiebre de inspiración que se había ido gestando a lo largo de dos lentas centurias y, en aquellos precisos momentos de la segunda mitad del siglo XIV, alcanzaba sus cumbres angélicas (p. 178).

Siguen haciendo el Camino por tierras catalanas, con desvíos más o menos largos para visitar lugares famosos o para cumplir con obligadas visitas: Pedralbes, Montserrat, Tarragona... Dados los continuos agasajos y festines con que son recibidos en todas partes, don Juan de Bauffes, el obispo de Dax, tiene que recordar continuamente a don Carlos y a los cortesanos de su séquito que «iban en viaje penitente de peregrinos a ganar perdones». Dejan atrás Poblet y llegan a Zaragoza, donde reciben una embajada de Navarra, presidida por don

Martín de Zalba, el Obispo de Pamplona. Y entran por fin en tierras navarras: Tudela, Ujué, Olite... Don Carlos escribe una carta amorosa a doña Leonor (pp. 256-57). El autor habla de su Sangüesa natal, que tan bien conoce (cfr. el capítulo XLVI, que transcribo en el apéndice); y hace llegar a los peregrinos a Puente la Reina, donde se juntan todos los caminos «como se juntan los cabos de un torzal» (p. 293).

Tras pasar por Estella, los peregrinos abandonan el reino de Navarra, «breve de fronteras pero fecundo y bravío» (p. 318), y avanzan con paso firme por tierras castellanas: Burgos, Castrojeriz, Frómista, Villasirga; desde Carrión de los Condes don Carlos da una galopada hasta Valladolid para ver a su esposa Leonor, mientras los demás siguen su camino. Alcanzan Medina de Río Seco y Sahagún, lugar de perdición por sus famosas ferias que hacen correr el oro: «y donde el oro corre, sabido es que el diablo retoza» (p. 413). Se apunta que han pasado cuatro meses desde la salida de París (p. 420³⁸). En este punto de la narración se introduce un personaje femenino, la Condesa Renata, que tratará de enamorar al príncipe acudiendo a los encantos y hechizos de Nicolao Coconides, identificado con el Maligno (de nuevo el Diablo hace acto de presencia en el Camino). Y siguen la marcha: León, Astorga, Rabanal del Camino, Ponferrada, el Bierzo, Cacabelos, el Monasterio de Carracedo, Villafranca del Bierzo. En la Hospedería de Santa María Cluniega escuchan un canto maravilloso que es un anticipo de la Gloria eterna:

Cantaban las sororas con voces puras y tranquilas, como si la llevaran de paseo hacia aquellas altas alamedas, porque el gozo de la gran esperanza para el Después, es siempre así, sin prisas, seguro, con la firmeza de quien labra una coraza, golpe a golpe de martillo, sobre el yunque de la cruz de cada día, y después, cruza las manos, en paz, cuando ya está labrada (p. 490).

Pero no hay que bajar la guardia, porque «Satanás ronda el Camino más que parte alguna en el mundo, Señor», advierte a don Carlos la Priora del convento (p. 491). Entran, por fin, en Galicia, pasan por Piedrafita. «El Diablo viene pegado a nosotros desde París, y ya estáis viendo que no nos deja hasta el final», le recuerda también el Obispo de Dax (p. 502). Con cada lugar que atraviesan -Santa María de Cebrero, Triacastela, Mellid, Lavacolla- falta menos para la meta; hasta que llegan al Monte del Gozo, desde el que el peregrino contempla por primera vez Compostela. Se introduce una escena que pone de relieve la caridad del infante, al atender a un leproso, a quien no sólo toca, sino que monta además en su caballo para llevarlo a la ciudad. Han sido cinco meses de dura caminata, pero por fin han llegado, en el mes de febrero, y ahora deben ganar los perdones. Visitan iglesias y conventos y acuden a la catedral, donde abrazan la imagen del Apóstol. Sin embargo, un triste suceso viene a empañar parcialmente su alegría: Guiot Martín, que ha llevado la cruz alzada todo el Camino, muere en Compostela y allí es enterrado. El infante don Carlos está transformado (cfr. p. 557); visita las leproserías de la ciudad y topa con una mujer que cuida al leproso que él trajo: se trata de la Condesa Renata, que reaparece ahora arrepentida y transformada en penitente. El leproso bendice a don Carlos:

38 Más adelante, en la p. 457, se dice que llevan 30 días desde la salida de Estella.

¡Señor Jesucristo, que largos años reine este Señor Príncipe en su reino de Navarra! ¡Que no conozca guerra nunca jamás! ¡Que sea padre de sus vasallos! ¡Que reine con él la abundancia, la paz y la alegría! ¡Y que se vea multiplicado y feliz en sus hijos y en sus nietos! (p. 561).

Y con un nuevo recuerdo de que el Camino y el Diablo marchan juntos (p. 562) y con la prolija descripción del famoso Pórtico de la Gloria, creado por el maestro Mateo, peregrinos y lectores alcanzamos el fin del camino:

El Camino había terminado.

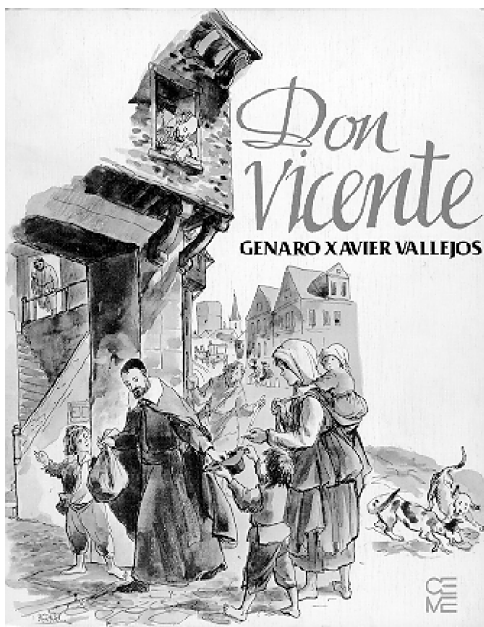
A la otra mañanita, casi rayando el alba, Don Carlos y su cortejo se volvían por donde habían venido (p. 572).

Este somerísimo resumen -en el que tampoco he enumerado todos los lugares tocados en su viaje por los peregrinos- no basta para dar una idea exacta de las riquezas que encierra el libro de Vallejos; en el Camino el infante don Carlos y sus acompañantes han tenido ocasión de encontrarse con médicos judíos, cambistas genoveses, falsos peregrinos, cabalistas, cátaros luciferinos..., porque -como se nos advierte- siempre marchan juntas las piedades y las supersticiones, la fe verdadera y la picaresca. Pero, además de ese animado bullicio del Camino, además de todas las descripciones de los maravillosos parajes recorridos, el autor aprovecha para aportarnos los más variados datos sobre los personajes históricos y la situación política de la época, noticias sobre diversas leyendas jacobeanas, informes sobre las reliquias, los monumentos, la comida, el vestido, las enfermedades y un largo etcétera³⁹, todo ello con el plácido y sereno discurrir de la prosa de Genaro Javier Vallejos⁴⁰. Tampoco faltan algunos rasgos de humor (cfr. el episodio de las morcillas en las pp. 317-18); o las alusiones contemporáneas, al hoy del autor, como el lamento del narrador por la presencia de turistas que visitan las iglesias en minifalda (p. 348).

39 Aquí y allí, dispersas en las páginas de *El Camino, el Peregrino y el Diablo*, encontramos alusiones a la alquimia, los agüeros, el hada Melusina, a San Vicente Ferrer, los almadieros navarros, la cesión del corazón de Carlos II a Ujué, datos sobre bastardos reales, la peste, los templarios, la leyenda del arzobispo de Patrás de Grecia que arribó a Estella, las cadenas de las Navas... La obra nos deja, tras su lectura, el buen sabor de una lograda reconstrucción histórico-arqueológica; añádase a lo ya apuntado, por ejemplo, la minuciosidad en la enumeración de los cargos de palacio: «maestresalas, botilleros, trinchantes, coperos, pinches, furrieles y marmitones»(p. 59); o las prolijas notas sobre las comidas de aquellos tiempos en las pp. 252-53.

40 Uno de sus rasgos más destacados, en esta como en otras obras, es la riqueza léxica del autor: *madrugero, lodaneros, congostos, balsadera, panda (adjetivo), zocas, maineles, zulaque, grímpolas, guardamanjel, galero, entrapajados, cotizas, respaldón, tabancos, ñudos, gayos colores, pinjante, cabomundo, verdigales, cebruña, capiscol, zaguanete, tamo, zaranda, trascuartos, herrenales, abrigaños, sopandas, pirujas, zato, lambrijo, garapito, rebojo, cacarañas, zalea, calandrajós, mozas andorreras, cilleriza, turnio, labrantines, coloño, rollar, tederos, zopo, cerato, talanquera, tablajerías, añalejo, moharras, botihuela, hornija, arinzada, revejido, serrijón, a sobremuerde, pejigo, alguarín, pincerna, figle, conmorir, escurribanda, fusco, galachos, bandullo, garnacha, remellona, morón, botijas, chirlatas, pelitriques, codorro, lanta, ministerre, palloza, fraga, cárcavas, zamblizas, gazuza, gándaras, caneca, lucillo, cachola...*

3.4.2. *Don Vicente* (1982)



Esta obra, *Don Vicente*, Santa Marta de Tormes (Salamanca), Ediciones CEME, 1982⁴¹, recrea a lo largo de sus 43 capítulos⁴² la vida de San Vicente de Paúl; se trata, por tanto, de una biografía novelada, es decir, animada por diálogos y descripciones que le dan un toque literario y ameno; es una narración sencilla, que pretende ser accesible a un público lector amplio, sin que ello suponga descuidar el estilo rico y culto habitual del autor.

Vallejos consigna en distintas ocasiones que no ha sido su objetivo trazar una biografía completa y exhaustiva del santo; así, en la p. 108 escribe:

Estos risueños pasajes de la historia de Don Vicente no pretenden ser su biografía -ya lo avisamos-, que requiere, por tan vasta y grandiosa, unos infolios de tomo y lomo. Sólo es nuestro intento poner de manifiesto ante los lectores el camino llano y lodanero de donde arrancó el espabilado rapaz cuando salió de Ranquines aspirante a prebendado y hasta a obispo de mitra y báculo y cómo, por sus pasos bien contados, sumiso unas veces, inquieto otras, la Providencia lo fue empujando hacia arriba, hasta la desnuda meta de la santidad.

41 Dibujos de J. Bernal, col. Testigos vicencianos, 2. Manejo un ejemplar de la Biblioteca del Seminario Conciliar de Pamplona, sign. NA / 2 / 461.

42 Sus títulos son: «Pies de arcilla», «El ambicioso mozuelo», «La tela de araña», «Piratas a la vista», «El renegado», «Encantos y desencantos», «El correo del Papa», «La reina arrepentida», «El Hospital de la Caridad», «El chocolate de la reina Margot», «Los bolsillos de hule del muy Reverendo Señor Comendador», «Asoma aquí Don Pedro de Berulle», «Adiós a la reina», «Nuestros señores los pobres», «Intermedio breve para impacientes», «La misión», «La fuga», «Huésped del hugonote», «Lo que pasó una dominica infraoctava de la Asunción de Nuestra Señora», «La cocina de La Maladière» (reproduzco estos dos últimos capítulos en el apéndice), «El grano de mostaza», «Berulle ordena y manda», «El Obispo de Ginebra predica ante el Rey», «El ilustrísimo Señor Francisco de Sales y Don Vicente», «Los doce», «San Lázaro», «El hombre de la barbita gris», «Ab aquilone pandetur malum», «Tinieblas», «Las Hijas de la Caridad», «La muchacha triste», «La Madre», «Visita regia», «La ignominia de la carroza», «Las Misiones», «Las Misiones extranjeras de París», «Camino de Roma», «Roma es lenta porque es eterna», «De vuelta a Roma», «Los dos Ilustrísimos», «La candela humeante», «Las despedidas» y «Venid, benditos de mi padre».

Y lo mismo al comienzo del capítulo 30:

En estas -digo- salteadas memorias de Don Vicente -él sea conmigo, el bienaventurado viejo, y su caridad me absuelva- las cerezas han salido enredadas unas de otras, pero muchas quedaron en el cesto. No era su vida, tan rica, tan vasta y profunda, lo que yo me proponía contar paso por paso, vuelvo a decirlo una vez más, que para ello habríamos de haber vaciado la canasta, sino algunos de sus lances más notorios y que más por la mano nos llevaran a este remate, que es lo nuestro, de Don Vicente fundador de la Congregación de los Padres de la Misión [...] y fundador de la Sociedad de Misiones Extranjeras. Muchos fueron los gloriosos anales que, desde sus principios en la ilustre casa de los Gondi, hubimos de ir dejando a uno y otro lado, como quien va por un jardín abriéndose paso entre rosaledas y setos de laurel (p. 227).

Y en otra ocasión ya se había referido al libro como «este leve tingladillo que estamos armando de las memorias de Don Vicente» (p. 152). El capítulo primero, «Pies de arcilla» (pp. 10-17), refiere su nacimiento y sus primeros años en una humilde granja de Ranquines, en Pouy, en las Landas francesas; es uno de los seis hijos de Juan de Paúl y de Bertranda de Mora. Pinta su carácter sencillo (cfr. pp. 12-14), sus inicios como pastor de ovejas y refiere alguna anécdota juvenil: cómo pone, junto con algunas flores, «el ramillete sencillo de sus avemarías» a los pies de la Virgen, o cómo entrega sus ahorros a un mendigo. Pero lo más importante es una visita a un tío, don Esteban de Paúl, prior del Hospital de peregrinos de Poymartel, en la que el avispado y soñador mozuelo manifiesta su deseo de cursar estudios.

Los siguientes capítulos nos muestran a Vicente en Dax, en el estudio de los frailes franciscos. Despejado y listo, trabaja como repetidor con los hijos del Juez de Pouy, monsieur de Comet, y desarrolla maneras corteses: «En un año escaso es maravilla cómo se la afinó el paladar para todas las cosas buenas de este mundo al zagalón de Pouy» (p. 22). Mientras tanto, Vicente «deja volar la fantasía y divaga». Un día le visita su padre y él no sale a verlo, para no avergonzarse ante sus nuevos compañeros de su padre aldeano; niega su sangre por vanidad, porque todavía es «un vanidosillo mozo que tenía de arcilla los pies» (p. 24). En Tolosa de Francia recibe los grados de bachiller en Sagrada Teología y lector en la Cátedra de Vísperas. Ya se ha convertido en Don Vicente de Paúl: «Dispuesto está el mozo clérigo a sacar al *Don* y al *de* el provecho que conviene» (p. 27). Con 24 años, este «lince de clérigo» pone un estudio y enseña a los hijos del Duque de Eperón, que quieren obtener para él una mitra; al mismo tiempo, va creciendo su devoción por la Virgen, que le acompañará durante toda su vida:

En dos cosas sobre todas habréis de estar prontos a probar vuestra fe católica contra esa pernicie de herejes; en creer y venerar que el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo se consagra verdaderamente en la Misa, y que su Madre Santísima fue concebida sin mancha y es nuestra Medianera (p. 29).

Parece que «los sueños de Don Vicente» empiezan a hacerse realidad cuando una vieja le deja al morir 300 escudos. Sin embargo, en un viaje por mar de Marsella a Narbona es capturado por unos piratas argelinos que se acercaban

hasta las costas francesas al olor de las ferias de Beaucaire. En Argel le compra Sidi-Ben-Yussef-Arafa, medico estagirita y alquimista; el cautiverio ayuda a forjar su «temple paciente, tenaz y observador», su «esforzado ánimo, generoso y fiel». Don Vicente, «curioso de su natural y ávido siempre de sacar provecho de las circunstancias» (p. 39), pasa al servicio de un fraile renegado de la Merced, Nicolás Correpet, ahora llamado Ibrahim Mustafá. «La Madre de Dios era en tales tinieblas su lucero y esperanza» (p. 39): ya no desea una mitra, sino poder decir misa en libertad; consigue convertir a su amo (invocando a Nuestra Señora de la Garde, de Marsella), y huye con él, llegando a Avignon de los Reyes.

Protegido de nuevo, ahora por Pedro Montorio, obispo de Nicastró y vicedelegado papal, Don Vicente vuelve a pensar en la mitra:

A los ojos encandilados de Don Vicente se le desvelan y bailan las mariposas de sus ensueños. [...] Recuperó su Don, su señorío, sus corteses maneras (p. 54).

En Roma es presentado al Papa Paulo V, quien decide mandarlo como embajador suyo ante el rey de Francia, Enrique I. Y, aunque siguen «los sueños de don Vicente», el renegado, que ha pasado a ayudar a los hermanos hospitalarios, le hace descubrir «esos otros mundos de la caridad» (p. 58). Entra en París creyendo que «el mundo es suyo»:

Soñaba el joven clérigo, sin duda. Soñaba alto y lejos. Pero sus pies de aldeano de Ranquine pisaban en todo momento tierra firme como cuando andaba, igual que ahora sus hermanos, con su hato de ovejas por aquellas riberas (pp. 65-66).

Sin embargo, la comisión de la embajada se retrasa, van pasando las semanas: «Nieblas de melancolía se le empezaban a enredar también a él por los entresijos del corazón» (p. 66); se ve relegado a ser un «cazador de sombras»: «A menos de sacristán se veía arribado después de tantos azares» (p. 66). Entonces se le representa el renegado, feliz sirviendo a los pobres de Jesucristo, y entra en contacto con los frailes hospitalarios; «las propias ambiciones se le quedaban fuera apenas pisaba el umbral» del Hospital de la Caridad, haciéndole olvidar el «tingladillo de sus vanos sueños» (p. 76). Un día atiende a un enfermo pestilente, acción que supone un aldabonazo en su alma y le hace llorar. «Y él no se daba cuenta de que estaba diciendo adiós a las cosas» (p. 78). Además, la reina Margot lo llama para que sea su capellán limosnero: «Ya no era soñar» (p. 82).

Comienza el ascenso de don Vicente: la reina le consigue del Arzobispo de Aix el beneficio de Comendador de San Leonardo de Chaumes, rica abadía del Císter en el país de Aunís. Pero «sus ambiciones de entonces se habían desvanecido en puros sueños» (p. 85):

Tanto y más que los sueños de sus años mozos se veían cumplidos y colmados. [...] Pero, ¿se sabe cuáles son, en esta hora de su vida, los sueños de Don Vicente? [...] Se le ha ensombrecido el donaire de antaño, ¡quién lo dijera! (p. 89).

Se ha convertido en un clérigo palatino que disfruta de costosos vestidos y ricas comidas; pero «es este rebrillo y vanidad del mundo que, luego, por los

hospitales, asoma su otra cara tan atroz, lo que le trae malhumorado de vivir en mentira, inquieto y, a menudo, con sus colegas, adusto» (p. 90). El capítulo 11 refiere cómo don Vicente recogía en un bolsillo de hule la comida sobrante de palacio para llevarla a los pobres del Hospital de la Caridad. Entra en contacto con don Pedro de Berulle, capellán de honor de Su Majestad Cristianísima. Don Vicente le confiesa «con lágrimas sus ambiciones y vanos sueños de hasta ayer», y Berulle termina de abrirle los ojos:

No tendrá paz vuestra merced mientras no se despoje de todo. Andar de la mañana a la noche entre los pobres de Jesucristo y luego sentarse a mesa y mantel de Madama la Reina y dormir en blando lecho es tejer y destejer (p. 96).

Don Vicente descubre «que detrás de cada pobre está Jesucristo y que no hay más que volver el revés de sus andrajos para dar con Él» (p. 96). El año 1611 toma su decisión: «Pues Jesucristo vivió pobre entre los pobres, pobre y con los pobres es menester que yo viva. [...] Ellos serán mis únicos señores» (pp. 99-100). Hace voto de consagrarse al servicio de los pobres para toda la vida, se desprende de sus bienes y dice adiós a la reina (así se titula el capítulo 13).

Pedro de Berulle lo manda a Clichy, donde se redescubre campesino; está allí sólo una temporada, de paso, porque «Los santos no han nacido para sestear en paraje alguno de la tierra» (p. 107). El ambicioso mozo se ha convertido ya en varón de Dios. De vuelta en París, entra en casa del Duque de Gondi, que lo nombra canónigo en la catedral de Ecouis; en el cabildo, «su trajinante y apremiado andar tras de los pobres» (p. 110) contrasta con las preocupaciones más mundanas de otros canónigos. Da una comida a sus compañeros (era la costumbre al tomar el cargo) y se despide de ellos para no volver más.

El capítulo 15 constituye un «Intermedio breve para impacientes» (pp. 112-15). Su mundo son ya los pobres («Nuestros señores los pobres», como se titula el capítulo anterior), y se mencionan aquí varias de sus fundaciones; en 1617 crea su primera Cofradía de la Caridad, embrión de las futuras Conferencias; en 1618, las misiones para predicar por los pueblos; es nombrado además capellán general de las galeras; y adopta la enseña de Jesucristo: «Evangelizare pauperibus missit me». Deja la canonjía y el abadengo y en 1625 funda la Congregación de Sacerdotes de la Misión (Lazaristas o Paúles). «El que no tenga paciencia para más que cierre aquí el libro y diga: Amén» (p. 115).

En este punto pasa a primer plano de la narración la figura de doña Margarita de Silly, Duquesa de Gondi, a la que acompaña a hacer actos de caridad entre los campesinos de sus estados: «Para Don Vicente, cada una de estas excursiones campestres de la Duquesa era un regalo de Dios» (p. 117). Vuelve a renacer su ser aldeano. Un día predica en Folleville, y su sermón constituye el germen inspirador de la Congregación de la Misión. Pero sus miras son más amplias, y pronto escapa de casa de la duquesa. Entonces el «infatigable cazador de almas» va a Chatillon-des-Dombes, donde se aloja con el Comendador Beynier, hugonote. Recupera el culto, casi abandonado del todo, en ese pueblo. Los capítulos 19 y 20, que transcribo en el apéndice, refieren «Lo que pasó una dominica infraoctava de la Asunción de Nuestra Señora» (pp. 136-43) y los sucesos en «la

cocina de La Maladière» (pp. 144-49): Don Vicente predica la parábola del Buen samaritano y, arrepentidos, todos los vecinos del pueblo marchan a socorrer a una familia necesitada que vive a las afueras, produciéndose además la conversión del Comendador.

En efecto, el Comendador Beynier renuncia a todo y se pone al servicio de Don Vicente, «ambicioso insaciable» que cree que esa explosión de caridad espontánea que se ha vivido en el pueblo no debe perderse, sino que debe ser bien encauzada. El 23 de agosto de 1617 reúne a ocho parroquianas para servir a los pobres: nace así la Cofradía de la Caridad, que pone bajo la protección de la Virgen María y que se extenderá con el tiempo por todo el país. Berulle, que ha creado la Congregación del Oratorio, más mística, le ordena volver a París. En cambio, Don Vicente busca a Dios «a ras de tierra, por los caminos polvorientos, pobre entre los pobres» (p. 162). De nuevo bajo el amparo de la Duquesa de Gondi, conoce al Obispo de Ginebra, don Francisco de Sales, quien le recomienda dulzura y humildad para predicar. «Las palabras del Obispo calaban como agua mansa en aquella tierra sedienta de Dios con avaricia» (p. 173); su contacto con este otro santo sirve para limar rugosidades, para hacerlo más paciente y más suave, para terminar de despojarlo de la rusticidad de tosco aldeano. Para probar su obediencia, la duquesa le ordena asistir a un banquete vestido con sus ricas galas de canónigo, y así lo hace. En fin, Francisco de Sales lo pone al frente de las Hijas de la Visitación de Francia. Y ambos grandes hombres de Dios ya no se vieron más.

Varios clérigos se unen a la labor de Don Vicente: «Don Vicente ya no está solo. Con ellos comparte sus proyectos, sus sueños, sus inquietudes, sus perplejidades, que también las tiene» (p. 179). Con ellos crea la Congregación de la Misión. Un día recibe la visita del gran Prior de San Lázaro, quien le ofrece su casa. Aconsejado ahora por Andrés Duval, en vez de por Berulle (más tarde su confidente será Antonio Portail), acepta, y en 1632 se hace el traspaso: San Lázaro se convierte en su cuartel general. Para mejor organizar la Caridad crea el Instituto de las Hijas de la Caridad (ya existían las Damas de la Caridad). Conocemos ahora a Margarita Naseau y a las que Don Vicente llamaba «Mis Buenas Aldeanas». También doña Luisa de Marillac, viuda de Le Gras, entra en la órbita de este gran «cazador de almas». Juntos siguen «La mística del pobre»: «Los pobres son sus amos porque místicamente son el mismo Cristo pobre» (p. 247). El capítulo 33, «Visita regia» (pp. 248-53), refiere la de la reina Ana de Austria, madre del Rey Sol, a los enfermos del Hospital, acompañada de sus cortesanos, durante una Junta General del Lunes Santo.

Don Vicente tiene cada vez más dificultades para andar y la Duquesa de Aiguillón le regala una carroza (cfr. el cap. 34, «La ignominia de la carroza», pp. 254-59). El «padre de los pobres» crea las Misiones y las Misiones Extranjeras de París. También madama Bonneau de Miramión es otra mujer que queda «enredada para siempre en el andaraje de esa noria que el hombre de Dios mueve sin cesar, sacando ríos de bendición por todos sus arcaduces» (p. 294). Pero ya el «santo viejo» está muy enfermo en San Lázaro, donde recibe a sus últimas visitas. En fin, el capítulo 43, «Venid, benditos de mi padre» (pp. 312-18), refiere su muerte, ocurrida el 27 de septiembre de 1660, a los 85 años.

El hilo del relato es, como hemos podido comprobar, la biografía del santo⁴³, y el orden que se sigue es el cronológico lineal, aunque a veces hay pequeñas digresiones, prolepsis y analepsis: por ejemplo, el capítulo 8, «La reina arrepentida» (pp. 68-73), es un excursus sobre la reina Margarita, esposa de Enrique de Borbón; en el capítulo 10 se hace un alto en memoria del rey Enrique, recordando que murió apuñalado (pp. 84-86); o más adelante se recuerda que en 1643 muere el rey Luis XIII, con Don Vicente a su cabecera. En ocasiones el autor justifica esas digresiones o referencias a personajes y episodios secundarios con diversas muletillas del siguiente jaez:

Todo este romance de Doña Margarita viene a cuento de que... (p. 75).

Llegados a este punto de nuestra historia, menester es que remontemos años atrás, a los tiempos de Richelieu (p. 211).

De la Duquesa de Aiguillón, a más de este regalo del carruaje, algo conviene referir, que está muy en su punto cuando venimos al capítulo de las Misiones, en las que tanto y lo mejor de su corazón puso Don Vicente (p. 261).

También a Madama Bonneau de Miramión hemos de darle lo suyo en este florilegio de las buenas Damas al servicio de la Caridad y el encomio viene en su justo punto... (p. 293⁴⁴).

Como es lógico, toda la obra va encaminada a ensalzar «la hondura, la reciedumbre de aquella alma tan de veras entregada a Dios» (p. 176); lo cual no es obstáculo para que se refieran también pequeños detalles negativos del santo, como cuando se dice que a Don Vicente, «impulsivo y ambicioso», «le sobrevinían sus prontos de mal humor, sus crisis sombrías, sus respuestas agrias, de que luego se arrepentía humildemente en el confesionario» (p. 160).

Como *El Camino, el Peregrino y el Diablo*, esta segunda obra narrativa de fondo histórico destaca por su cuidado sabor arqueológico; así, están magníficamente recreados los vestidos (pp. 29-30, 249...); las comidas (cfr. las recetas consignadas en las pp. 20 y 110); los medios de transporte (véase, para las sillas y carrozas, las menciones de las pp. 256-57); las dignidades religiosas y los tratamientos, la etiqueta y el protocolo de la época (cfr., por ejemplo, la p. 81), etc.

43 En alguna ocasión, como es recurso habitual en la novela histórica romántica, el narrador acude al supuesto manejo de crónicas o historias ficticias para documentar algún episodio de la juventud: «a fuerza de hurgar en viejos papeles» (p. 14).

44 A veces, el narrador en tercera persona decide limitar voluntariamente su omnisciencia (p. 298) o suprime parte de la materia que podría narrar (así, indica en la p. 318 que no va a referir las exequias de don Vicente). En un momento determinado apostilla: «largo salió este paréntesis...» (p. 263); o explica alguna supresión: «sólo diremos aquí -que lo demás nos llevaría lejos del hilo de nuestra historia- que...» (p. 270); «Y ponemos esto sin levantar la punta de la manta de otras vergüenzas que la decencia obliga a pasar de largo» (p. 216). En la obra hay, además, tres breves alusiones a San Francisco de Xavier (pp. 263, 287 y 297).

Y otro aspecto igualmente destacable es la utilización de un rico y culto vocabulario de que hace gala Vallejos, que incluye tanto términos coloquiales como palabras que aluden a realidades del mundo rural, bastante poco usuales⁴⁵. En fin, no podemos olvidar la precisión de los adjetivos empleados, pudiendo afirmarse que el autor hace de la adjetivación todo un arte: *clérigos cebolludos, dómines lambrijos, frailes andorreros, ruelas lañadas, camisas cotonas, botas zumacadas...*

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Como hemos podido ver, en el conjunto de la producción literaria de Genaro Xavier Vallejos predominan las obras de temática religiosa, ya se trate de la Navidad, de la vida de Cristo, de la figura del Apóstol de las Misiones, San Francisco de Xavier, del Camino de Santiago o de la biografía de San Vicente de Paúl. En mi opinión, las obras más originales, las que ofrecen una aportación personal más interesante son *Viñetas antiguas* y *Pastoral de Navidad*, por su tono sencillo y entrañable: en la primera encontramos logradas semblanzas y episodios de la vida de Jesús, de María, de José, de otros personajes como fray Virila, de santos diversos...; de la segunda, destacaría la gracia de algunos de los versos en metros cortos, verdaderos villancicos navideños, en la línea de la mejor poesía tradicional; pero tampoco hay que olvidar las bellas reconstrucciones histórico-arqueológicas de *El Camino*, *el Peregrino* y *el Diablo o Don Vicente* o el tratamiento, de alto valor sentimental para un navarro, de ese *Volcán de amor* que fue San Francisco de Xavier.

Todas estas obras están marcadas por la sencillez de concepción y por cierta ingenuidad -en el mejor sentido de la palabra- literaria: me refiero a esa especie de mirada entre infantil y poética, jovial y ruiseña, que se posa sobre los hombres y las cosas, a esa simpatía con que están tratados y retratados los personajes, a los que Vallejos logra transmitir calor humano (pienso sobre todo en algunos personajes de *Viñetas antiguas* y de *Pastoral de Navidad*). A todo ello se

45 Piénsese en vocablos como *restañadera, navazos, cerrera, alagadizos, altercar, saque 'apetito', nublo, modorras, horcones, pegante 'lindante', clerizón, zato, zuecas, gramalla, harnero, terrazgos, hazas, armonial, telliz, sirtes, barjuleta, tabanco, figles, hornazas, zaquizamí, mixtión, alcatifas, fresquedal, fanar, aladares, zureo, empecatar, batea, patinillo, alhigú, camauro, ferragosto, pinjante, pernicie, griñón, burato, sopandas, ruejos, lodanera, resolano, zaratán, canz 'cáncer', escamondar, lectuario, balaj, mechinal, manta lichera, dar parleta, capiscol, caldo lardero, huevos moles, andar a recancanillas, tipiritintín, temperie, jarope, ceratos, picotero, gazapera, paralís, yacija, colma 'colmada', pansar 'secar', herencios, tranzones de tierra albariza, echar la corada, azacnado, tierras campas, anadear, morón, rabizas, cañiflar, paño picote, cauda, zaranda, becoquín, clerizánganos, lambrequines, langaruto, verdinales, chiscón, tenebrario, merdellona, tremezones, présbita, viridario, mandriles, raña, regojos, veras de agua, escarmenar, ajofifar, dornajos, carnazones, aguadijas, amolecer, corvillo, picotes, agua nafa, bálsamo vulnerario, cataplasmas mundificativas, calandrajos, oriflés, despernarse, abacería, zopo, peteretes, canicie, artejos, fervorines, despearce, fifiriche, alguarín, enmollecer, harnero, purga desopilativa, rañas, andaraje, seroja, recel, rojidorar, chatones, hayornos, zangones...* (esta riqueza léxica hace que la prosa de Vallejos guarde cierto parentesco con la de Gabriel Miró). También se incluyen algunos refranes y frases hechas: *donde hay bonete, no falta zoquete, sacar la tripa de mal año...*

une un deseo de ser claro en la exposición, para tratar de llegar a un público amplio, pero sin olvidar por ello la voluntad de estilo que satisfacga al público lector más culto: un estilo siempre pulcro, cuidado, terso⁴⁶. Según me informa su sobrino, Vallejos leía mucho a los autores franceses y, entre los españoles, sentía especial predilección por el gran narrador gallego Álvaro Cunqueiro. Y solía afirmar que cada palabra tenía su propio adjetivo adecuado en cada caso y en cada circunstancia, y él pulía siempre sus escritos y los corregía hasta encontrar las palabras exactas, haciendo bueno el conocido consejo horaciano: «Labor limae et mora.»



Genaro Xavier Vallejos

He tratado de mostrar en las obras analizadas la riqueza de su léxico (palabras cultas, palabras coloquiales, refranes y frases hechas...) y, en algún caso, su arte en la adjetivación. Pero la mejor forma que encuentro para terminar esta valoración del estilo literario de Genaro Xavier Vallejos es hacer mía la afirmación de Manuel Iribarren, quien en las líneas que le dedicaba en sus *Escritores navarros de ayer y de hoy* sentenció: «Es escritor de finísima y poética sensibilidad»⁴⁷.

46 Así lo prueban además las múltiples correcciones de los originales de sus obras, que obran en poder de sus familiares (véase, en concreto, el original de *El Camino, el Peregrino y el Diablo*, conservado por su sobrino, don Alfredo López Vallejos, lleno de enmiendas y tachaduras).

47 Manuel Iribarren, *Escritores navarros de ayer y de hoy*, Pamplona, Gómez, 1970, pp. 200-201.

5. BIBLIOGRAFÍA

Corella, José María, *Historia de la literatura navarra. Ensayo para una obra literaria del viejo Reino*, Pamplona, Ediciones Pregón, 1973, pp. 233-34.

Elizalde, Ignacio, *Navarra en las literaturas románicas (española, francesa, italiana y portuguesa)*, tomo III, Siglos XVIII, XIX y XX, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1977, pp. 278-81 y 453-55.

Elizalde, Ignacio (dir.), [Breve referencia a Vallejos] en *Literatura navarra. Antología de textos literarios*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1980, p. 19.

Jiménez, Salvador, «Jenaro Xavier Vallejos, decano de los premios Cavia», entrevista con el autor publicada en ABC. Suplemento extraordinario «Homenaje a los premios Cavia», 1969, pp. 38-39.

Labeaga Mendiola, Juan Cruz, «Vallejos, Jesús», *Gran Enciclopedia Navarra*, Pamplona, CAN, 1991, tomo XI, p. 320.

Navallas Rebolé, Javier, «Vallejos Urricelqui, Genaro», *Gran Enciclopedia Navarra*, Pamplona, CAN, 1991, tomo XI, p. 320.

Ibarra, Javier, «Vallejos, Genaro», en *Biografías de los ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX*, tomo IV, Pamplona, Imprenta de Jesús García, 1953, pp. 379-381.

Iribarren, Manuel, *Escritores navarros de ayer y de hoy*, Pamplona, Gómez, 1970, pp. 200-201.

«El Premio Mariano de Cavia de 1925», ABC, 7 de abril de 1926.

«Hace setenta y cinco años. Se estrenaría en Pamplona Volcán de amor», Diario de Navarra, 14 de agosto de 1997.

ABC, Volcan de amor y Diario de Navarra

APÉNDICE TEXTUAL

Como complemento del trabajo, me parece que puede resultar interesante ofrecer una selección con algunos textos literarios de Genaro Xavier Vallejos, habida cuenta de que sus obras -que cuentan con ediciones antiguas- no han sido reeditadas, por desgracia, recientemente. Como ya indicaba, espero que esta breve antología sirva como invitación al curioso lector para acercarse a la producción completa del escritor sangüesino. Incluyo aquí el texto completo de «Mi paraguas», dos semblanzas tomadas de *Viñetas antiguas* («Las nueve jornadas» y «San Virila»), algunos pasajes líricos entresacados de *Pastoral de Navidad* y de *Volcán de amor*, el prólogo y cuatro capítulos de *El Camino, el Peregrino y el Diablo* y dos capítulos de *Don Vicente*. Los textos que reproduzco corresponden a las ediciones utilizadas para mi trabajo, que dejo indicadas en su lugar correspondiente.

1. «Mi paraguas» (artículo ganador del premio de periodismo «Mariano de Cavia» 1925)

Además de mi paraguas ciudadano, tengo otro antiguo y soberano paraguas de algodón. Perteneció a mi tío don Eladio. Durante más de treinta años rindió los más preciosos servicios, bien como paraguas, bien como bastón o sombrilla, de tal manera, que mi querido tío en ningún momento acertaba a separarse de él.

Ya solamente este pensamiento lo convertiría para mi en una reliquia. Me parece, cada vez que lo empuño, como si mi propio tío don Eladio anduviera muy cerca de mí. Como si hubiera advertido la falta de su paraguas y se pusiera a buscarlo en torno mío, con aquellas gafas, con aquellos ojos cegatos; hasta me parece sentir su cascada voz que pregunta:

-¿Has visto mi paraguas?

Ahora, pues, yo lo uso y lo disfruto en su nombre. Y, a semejanza de mi tío, cada vez que voy al pueblo no puedo dejarlo de la mano. Con él salgo a mis paseos, a mis visitas. No me arredro, por ejemplo, cuando tengo que presentarme en casa del señor abad. Hasta el ama, la anciana y bondadosa señora Manuela, sonrío al verme, como quien está en el secreto de una gran cosa.

-¡Ese paraguas ya le conozco yo!

Y me lo recoge con verdadera satisfacción.

-Démelo; lo pondremos en el sitio de siempre.

En efecto, detrás del escaño de la cocina no ha desaparecido el gran clavo donde él prefería colgarlo todas las noches antes de sentarse a la mesa de la tertulia.

Y cosa parecida me sucede cuando voy a visitar a los padres capuchinos. Por lo común, aguardo unos momentos, paseándome al abrigo de la hermosa parra, mientras fray Carmelo llama a los padres con la vieja campana que está colgada de un arco del claustro. Ya aparecen, primero, el padre guardián; después, el padre maestro; y así, por su categoría, los ocho o nueve padres que hay en la Comunidad. Una sonrisa unánime flota en todos los labios. Es de benevo-

lencia, de seráfica y pura alegría por verme sano y bueno después de un espacio de tiempo. No lo niego. Pero también es por mi paraguas. Todos acaban por mirarlo, en un principio con disimulo, después con largas y francas miradas, y nunca falta un buen padre que se echa la mano a la barba y se ríe.

Yo finjo como si nada adivinara:

-¡Este padre, qué santo humor tiene! ¡Cómo le envidio!

-Pero, don Jenaro, ¿qué cosas nos trae usted de la corte?

Entonces ya todos se animan. Uno me coge el paraguas, otro lo abre. Varios se cobijan dentro y se admiran considerando que aún queda lugar para otros tantos, y cada cual pronuncia su dictamen:

-¡Soberano paraguas!

-¡Y macizo! ¡No lo llevarán los vientos!

-¡Antes se calará un tejado!

-¡También de escudo podría servir en una gran guerra! ¡Esta tela no la traspasa un cañón!

El padre Vicente, que es un viejecito con una barba blanca que le pasa de la cintura, vagamente recuerda que cuando mi tío don Eladio entraba a visitarles todos los viernes, después de las Cruces, llevaba un paraguas así.

-También tenía su contera de bronce macizo y unos ribetes como éste.

El padre maestro puntualiza:

-Como que es el mismo. ¡Si lo conoceré yo!

Y por centésima vez cuenta la famosa historia.

Una tarde él y mi querido tío don Eladio volvían de la ermita de San Bartolomé. Era camino de monte, arduo y pedregoso. No se sabe de dónde salió una vaca; una vaca brava. Mi tío, que era pusilánime para estos trances, dio un gran grito. Aquello les perdió. La vaca enristró los cuernos, sopló con furia y de un ímpetu sañudo se vino para ellos. Pero también fue mi tío don Eladio -el padre lo confiesa con serena imparcialidad- quien tuvo la inspiración que los puso a salvo. Abrió el paraguas, tiró del brazo de su acompañante, y ambos se hundieron bajo él, hasta quedar escondidos a ras de tierra. Pasaron unos momentos de zozobra. Cuenta el padre que, a pesar de todo su esfuerzo, su barba medrada cosquilleaba en el rostro de mi pobre y aterrorizado tío. Pero en aquel instante, como si fuera de corcho. Una vez el buen religioso se aventuró a otear por un resquicio del paraguas. Allí estaba la vaca, inmóvil, perpleja, como inquiriendo consigo misma:

-Pero ¿por dónde han desaparecido?

Hasta que a la postre oyeron las voces del vaquero que la perseguía. Estaban salvos.

Mas donde mi paraguas es ciertamente querido y conocido es en la vecindad.

Asomo al portal de mi casa, y nunca faltan unas hortelanas que pasan en sus borriquillos llenos de pelambre para las huertas o simplemente alguna buena vecina que está cosiendo en su balcón y se interrumpe para comentar:

-¡Ya sale don Jenaro con su paraguas!

Alguien que yo no veo le responde desde dentro:

-¡Pues no será porque nos va a llover!

-Pero hay sol. Hace como su tío don Eladio, que no lo dejaba ni para cantar en el coro.

Como mi casa, gracias a la Virgen de Rocamador, está contigua a su iglesia, que es decir a la misma entrada del pueblo, no tengo más que doblar la esquina y ya estoy en las traseras, en el campo. Paso por el borde de la muralla del río, bajo la cual las lavanderas, en un abrigado rollar, están jabonando sus ropas, que esparcen un halo blanquecino sobre el agua azul. Una ha vuelto la cabeza. En seguida me miran todas y ríen alegremente. Yo, que bien alcanzo el motivo, lejos de esconderlo, enarboló complacido mi hermoso quitasol.

Paso por las eras, donde ya en este tiempo me encuentro un corro de viejecitas que toman el sol. Todas tienen sus pañolones blancos o a cuadros sobre el escaso moño que les guarnece la calva. Se inclinan afablemente cuando les digo mis buenos días, y, aunque no me detengo, fácil es imaginarse cómo se dirán unas a otras:

-El sobrino va a salir como su tío.

-Las mismas aficiones.

-Lo decís por el paraguas, ¿verdad? Ciertamente. Es el mismo.

Yo entre tanto comienzo a subir la cuesta de San Babil. En este vericuetto, al abrigo del viento de la sierra, el sol calienta con un poco de demasía. Pero no es tanto como para abrir mi paraguas. En cambio, en llegando a lo alto, es preciso prevenirse para cualquier intemperie. La planicie está allí sin amparo, a merced de los rudos caprichos de la sierra. ¿Tuesta el sol? Abro mi paraguas. ¿Se mueven los vientos locos de septiembre o de marzo? Primero intento afrontarlos. Cierro los ojos, cierro la boca. No obstante, el aire me pela la cara; al cabo tengo que abrir mi paraguas. ¿Llueve? ¡Oh, qué gran delicia! Abro mi paraguas, abro este edificio de mi paraguas, y me siento en mitad del campo tan guarecido, tan custodiado, tan sano y salvo como en mi casa. ¡Llueve! De los prados donde se acaba de cortar el heno se levanta una intensa fragancia. A campo a traviesa corre un pastor hacia la cabaña, mientras el rebaño se apretuja en medio del rastrojo. Pero tendrá que salir, porque el aguacero se acrecienta y va a oscurecer, y las reses no pueden pasar la noche fuera de su establo. Crece el chasquido de la lluvia sobre las piedras de las bardas y del camino. A través de ella siento el trote ligero de unos borriquitos que me siguen a la zaga y hacen crujir sus serones cargados de fruta de la huerta. Como yo no tengo prisa, me alcanzan, me pasan pronto. ¡Cómo lloverá que las orejas lacias, la cola que se les pega a las patas, las puntas de la anguarina del hortelano, son otras tantas canaletas por donde el agua corre a mansalva! El señor Pelochas es el único que vuelve sin carga. Se empeña en que he de montar con él, y al fin le complazco. Bajo mi paraguas voy yo, va el asno, como un poderoso rey bajo su baldaquino. El agua se vierte con estrépito a uno y a otro lado del sendero. Ni el tío Pelochas ni yo sabemos qué cosa es la lluvia. A nuestro costado guarécese un pobre peón. Por cierto yo no sé para qué, pues llega ya saturado como una esponja. Antes de llegar al puente, otra sombra se cobija al otro costado. Para todos hay.

Así escoltado y bendecido, el señor Pelochas me deja en el zaguán de mi casa.

Quizá este temporal de aguas se prolongue. Pero yo, gracias a mi querido paraguas de algodón, ningún día dejaré de salir al campo.

2. Dos textos de *Viñetas antiguas*

2.1. «Las nueve jornadas»

Nueve fueron las jornadas de la Virgen María. Cansadas y duras por aquel largo camino que va entre montañas desde Galilea a Belén. Ella, como Emperatriz humilde y como delicada Esposa que está para dar a luz en el noveno mes de su embarazo, iba montada en su cabalgadura, que era un jumento gracioso, cegato, vejete, pelón y trotón. San José, a pie, manteniendo en todo momento las riendas, que por nada de esta vida dejaría de sus manos, verdaderamente afanado en prevenir cualquier tropiezo que pudieran ofrecer las cuestas, particularmente en la obscuridad de la noche.

Sólo alguna que otra vez rezagábase un poquito y se quedaba embelesado contemplando a la Virgen María.

No era para menos. La divina Señora tenía las manos cruzadas sobre el regazo e inclinábase un poco para adelante, como custodiando algún gran tesoro. Iba arrebolada en un verdadero ensimismamiento, impropio del camino, y no bien anocheecía, su rostro encendíase milagrosamente.

San José, entretanto, conjeturaba con aflicción las incomodidades que les aguardaban, y un poco se mesaba la barba.

-Llegaremos; estará todo lleno. ¡Y luego, con esta cara de pobres!...

Era noche cerrada, ¡buen rato hacía!, cuando llegaron a Belén, a lo alto de aquella cuesta, desde donde se dominaba toda la aldea feliz y blanca, derramada entre la paz de sus huertos por la ladera del monte.

La casa más vecina, aquella que tenía una terraza florida de tiestos, bañada de plata bajo la luna, era justamente la de su prima Rebeca. Por cierto que en las ventanas había luz.

San José tuvo un feliz presagio y encaminó hacia allá su jumento. Llamando a la puerta, en lo alto oíase algazara de voces.

Tres veces hubo de golpear las viejas maderas. A la ventana asomó la propia Rebeca.

-¿Quién es?

-Tus primos, Rebeca.

-Todos nuestros primos están aquí, en torno de mi mesa. Buen pastel de liebre les he preparado, y nadie me falta.

-Mujer, ¿no te acuerdas de tu parienta María, la hija de Joaquín y Ana?

-¿Parienta? A nuestro parentesco no lo alcanza un galgo. Favores querréis cuando me lo recordáis.

-Un rincón para pasar esta cruda noche.

-Imposible. Tengo la casa llena. Tan parienta es Marta, la cardadora. Y siempre anda pregonando que su despensa no se arruina ni por diez ni por ciento. Andad y dadle las buenas noches de mi parte.

San José vuelve a remontar la calleja. Un momento detiene al asno, indeciso, ante una casita que tiene su fachada recién revocada de cal. San José se vuelve para la Virgen María.

-¿No es ésta la casa de Marta?

Llama con un poco de recelo porque la casa está cerrada a cal y canto y no se oye un ruido. También aquí tardan en abrir. San José reitera sus golpes. Y sufre. De buena gana se iría a dormir a una cueva que hay al Mediodía del pueblo, donde en tiempo de feria los traficantes cobijan su ganado. Pero ¿y la Esposa santísima? ¿Cómo recogerla en tan abyecto lugar? Se oyen fuertes reniegos y la ventana se abre de un golpazo. No es Marta, sino su marido, celoso y sanguinoso, desvelado en lo mejor de los sueños.

-¿Quién aporrea mis puertas?

Tiembla con tan fuerte saña, que el aceite del candil se le derrama y alguna gota ha debido caer sobre la calva de San José. De buena gana se lo arrojaría todo si no fuera por temor de quedarse a obscuras.

San José le pide mil perdones.

-Vuestros parientes de Nazaret.

-¡Aquí no hay parientes!

-Veníamos por lo del empadronamiento.

-Esta no es la casa del Decurión. Y otra vez, vean mejor y no vengán a estas horas a despertar al vecindario.

Y de otro golpe iracundo cierra su ventanillo.

Como un último recurso tienta el paciente Patriarca:

-Iremos al mesón.

El mesón es grande, capaz para muchos huéspedes. Pero la dueña del mesón es la avara, la dura, la terca Luperca. Y antes de que ella admita a un pasajero, mucho tiene que cerciorarse de sus dineros, de sus haciendas, y hasta del repuesto que trae en las alforjas. Esta noche, como es muy copiosa la afluencia de forasteros que vienen al padrón, ella misma está a la puerta con una vigilancia impropia de su extrema vejez.

San José, que la conoce de tiempos atrás, se acerca solícitamente:

-¡Buenas noches, señora Luperca!

De una sola mirada de sus ojos astutos, Luperca investiga la pobre catadura de los viajeros.

-¡Bien crudas están para mi reuma!

-A sus años, debiera cuidarlo.

-¡Ya lo creo! ¡Yo estaría en la cama y el mesón sin huéspedes!

-¿Tendrá un rincón para nosotros, señora Luperca?

-¡Qué pensamiento! Ni para mí lo hay, que tengo que estarme en este poyo toda la noche.

-Aunque sea en el pajar, en el corral, en la cuadra. Algo que no esté a la intemperie.

-¡Doblonos me han pagado por un poco de paja! ¡Todo está así!

Y junta los diez dedos de sus manos y miente descaradamente. Como San José había arrimado un poco el jumento, ella se levanta recelosa y les da con la puerta en el rostro. Aún asoma por un resquicio su cara de corcho y dice con verdadera burla:

-¡En las cuevas de allá abajo tendrán casa de balde!

Entonces de los ojos de San José se desbordan dos lágrimas de fuego. Piensa en la Virgen María. La Virgen también llora, pensando en el Niño Jesús. Están en mitad del camino. Un poco más abajo, junto al recodo, se dibuja, bajo la luna, la negra silueta de la cueva. No queda otro recurso. De todas partes los han desechado. Los dos santos esposos alzan su corazón al cielo, que está, como todas las noches, cuajado de estrellas de plata. Por toda la campiña de Belén reina una profunda paz. Sólo de vez en cuando el fresco viento de la noche trae el canto lejano de unos pastores, que entretienen su vigilia alrededor de la hoguera. Desde la misma entrada de la cueva se divisan las alegres fogatas. Adentro no hay más que un buey, que no se sabe cómo ha quedado allí. Todo está sucio de las muchas cabalgaduras que han pasado. Está como una verdadera cuadra abandonada. San José, con un delicadísimo afán, ayuda a descabalgalar a Nuestra Señora la Virgen María. Luego ata el asno al pesebre, y con sus propias manos se afana por limpiar un poco el rincón más abrigado por el mismo calor de los animales.

Aún en la aldea todo permanece quieto, como en las otras noches del año. Únicamente en casa de Rebeca se estarán mofando sin medida de aquellos parientes pobres que llamaron hace rato.

Pero ya la Virgen Nuestra Señora se ha hincado de rodillas en un éxtasis de expectación.

Los cielos y la tierra aguardan en un silencio de maravilla.

Se acerca la media noche.

2.2. «San Virila»

Con la gracia de Dios Nuestro Señor y del glorioso bienaventurado Patriarca San Benito.

En medio de un monte, en medio de un bosque que mira un poco hacia Oriente, tiene Navarra, el buen reino de antaño, unas gloriosas ruinas tan viejas y desamparadas que hacen llorar. No queda más de aquel Monasterio de Leyre, que, según nos cuentan los cartularios reales, llegó a tener sus predios en la Borgoña, en la Aquitania y hasta en la Selva del Rhin, hace muchos cientos de años.

Pues entonces precisamente florecía en aquel cenobio de santidad un siervo de Dios que se llamaba fray Virila. Tenía noventa y nueve años, como noventa y nueve soles. Tenía una barba blanca, maravillosa y suave, que le descendía hasta las rodillas; tenía la piel sonrosada como en su primera infancia, y unos

ojos azules, con ese candor incomparable de quien a todas horas contempla los paisajes del cielo.

Todos los monjes le amaban con un filial amor; pero particularmente los niños que asistían a la escuela monacal, vestidos como pequeños monjes con la cogulla de San Benito, se habían aficionado a la compañía del santo viejo. Llamábanlo abuelito, y jugaban con su báculo, con su breviario, y hasta con las hebras de plata de su barba sin mancilla, cuando, sentado al sol bajo la parra de la huerta, contábales las historias descomunales de su mocedad en tierras del Rey de Francia.

San Virila, como era tan extremadamente anciano, ya no tenía ojos ni pulso como los otros monjes para orlar con florecillas de oro, de añil y bermellón los Códices de los Santos Padres. Hubo de abandonar su escabel y su escritorio de roble, lucientes por el uso, en aquella vasta sala de columnas de piedra, donde la comunidad se reunía para trabajar en silencio, mientras legos, donados y mozos de servicio cuidaban las labranzas y los rebaños.

-Ahora a descansar -díjole [el] Padre Abad, dándole palmaditas en el hombro-; ahora a tomar el sol en la solana.

Y todos los otros monjes cuidaban a porfía de que no le faltara el asiento más soleado en las recreaciones, ni un ramillete de madreselvas bajo el Santo Cristo del lecho cuando entraba en la celda.

Pero San Virila, viendo a cada fraile en su propia labor, cada día se afrentaba más de esta holganza que le imponía la solicitud de sus hermanos. Un día, en el vasto refectorio, adelantándose al escaño desde donde [el] Padre Abad bendecía las viandas con su mitra y su báculo antes de catarlas, de rodillas, con aquella barba de nieve derramada por los suelos, comenzó a gemir:

-¡Padre Reverendísimo, libradme de esta holganza! El demonio me tienta. ¡Me condenaré! Si no os pareciere mal, tiempo tendré de holgar en la otra vida.

El Padre Abad echóse un poquito para adelante, y según era su costumbre en casos de perplejidad, comenzó a dar vueltas al hermoso anillo de amatista que llevaba en la diestra:

-Bien, Padre mío; mucho edifica a esta santa comunidad vuestro ejemplo. Queréis seguir los dictados del Apóstol que dice que no será coronado sino quien pelear hasta el fin. Bien. Pues desde ahora os emplearéis en rogar a Nuestro Señor y Rey San Salvador por la prosperidad del Monasterio. Diariamente recitaréis los santos exorcismos en la torre, en el horno, en el lagar, en la huerta, en los establos y en la granja que hay sobre los olivares.

El bienaventurado, que era un milagro de obediencia, comenzó desde aquel día su oficio, y cuando no se le veía en el palomar de la torre bendiciendo a las palomas o en la despensa con el hermano refitolero, recitando ante las pipas y las canastas abastecidas, las oraciones del pan y del vino, seguramente se le podía divisar desde la explanada de encinas que corre ante la puerta del templo,

allá abajo, por el sendero oloroso de boj y de tomillo, perdiéndose pasito a pasito por entre los vericuetos, por entre los olivos y perales, por entre las viñas verdes, sahumándolo y bendiciéndolo todo con sus conjuros.

A veces se detenía para decir alguna palabra al servidor que podaba las vides, o a los donados que recogían las cerezas rojas en unas canastas. Y mientras él les refería alguna sentencia piadosa del Eclesiastés, brillaba al sol su calva rosada. A veces el guardián de la huerta le señalaba un árbol comido de carcoma y, sobre él, San Virila, abría su libro y rezaba las santas preces. Y en más de una ocasión, los ojos atónitos del hortelano vieron salir de la planta conjurada un murciélago negro o una nube de humo pestilente.

También en otros momentos, fatigado de subir y bajar aquellas cuestas, harto ingratas para sus años, tenía que sentarse a reposar, y entonces, con su cachavita y sus manos bajo la barba de patriarca, hundía sus ojos azules en el cielo azul y comenzaba a indagar, a indagar.

Siempre había sentido muy grande curiosidad por las cosas que acaecerían del otro lado de aquel cielo radiante, y ahora, conforme advertía que se le aproximaba la hora de emprender el viaje misterioso, se le acrecentaba esta curiosidad con mayor afán. ¿Dónde estaría el trono resplandeciente de la Santísima Trinidad? ¿Y la silla de oro de la Virgen? ¿En cuál de los nueve cielos le tendrían preparada la suya? Pero he aquí que una tarde de primavera, en que las miruellas debatíanse cantando sobre los almendros floridos, cuando el sol bañaba ya con su oro postrero los olivos y las murallas abaciales, asentado bajo una encina madre se le ocurrió pensar:

-Aquel coro infinito de bienaventurados, ¿en qué empleará los ocios de su eternidad sin fin?

¡Ah!, en gozar, en gozar. Él lo sabía muy bien... Pero ¿qué linaje de gozo sería aquel, que con ser eterno no admitía ni sombra de hastío?

Y quedó suspenso hasta bien anochecido, sin saber qué responderse.

Desde aquella hora su espíritu, aguzado en la rumia constante de este enigma, hízose preguntas cada día más sutiles, que no tenían solución.

En vano la buscaba en las cosas de la tierra, donde todo lo roe el gusano del desencanto. Y así su imaginación, cada vez más fatigada y traspuesta, se abatía al cabo de las horas, cansada de no encontrar la clave del arcano, que comenzaba a pesarle como una losa sobre el corazón. ¿También en el cielo habría cansancio?

Los monjes se lo tropezaban a cada paso en la mitad de los vastos claustros, en la huerta, en el camino con la mirada perdida y la mano entre la barba. Comenzaron a temer por su ancianidad.

¡Qué torturas fueron entonces las del santo anciano! El pensamiento de la eterna bienaventuranza que le había hecho caer en frecuentes éxtasis durante los noventa y nueve años de su vida de penitencia, se le presentaba hosco y hostil como un peligro misterioso, pero muy grande. Y viéndose ya a la ribera de

ese abismo sin fin, le acometió un temblor. ¡Morir! ¡Comenzar aquella existencia sin término, monótona, sempiternamente igual, por los siglos de los siglos! ¿Quién la podría resistir? ¿Acaso en el mundo no se hacía insufrible, aunque sólo fuese por unas horas, el más delicioso placer, si no tenía variación?

Con el torcedor de duda tan horrible, San Virila hundía su calva venerada en aquellos Códices que contenían los escritos de los Santos Padres de la Iglesia; en los que él mismo iluminara en sus bravos tiempos, hasta en las últimas vitelas que Don Abad de Albelda acababa de enviar de regalo a la Abadía de Leyre, con el tratado *De Consolatione*, de Boecio. También se decía en aquellos pergaminos de grandes orlas floridas, que los Santos habían de estar eternamente mirando la Faz de Nuestro Señor, en una suprema beatitud. Y el triste San Virila volvía a salir a sus campos, que ya no bendecía, y a poco tenía que sentarse exhausto por aquel debate del alma más que por la fatiga del pedregoso y áspero camino. Con los ojos clavados en la Sagrada Hostia y en la Preciosa Sangre de Nuestro Señor, pedía una y mil veces en la Misa:

-¡Señor! ¡Disipa esta negra niebla de mi alma! ¡Envíame un rayo de tu eterna claridad!

Pero al decir «eterno», temblaba y a veces quedábase con la súplica en los labios.

Perdió el sueño el santo bendito, y cuando una noche, cansado de batir los párpados en su camastro de hojas de maíz, salía a orear las sienas encendidas al aura del claustro, oyó unos pasos blandos que le seguían detrás en la sombra.

-¡San Virila! ¡San Virila!

El santo volvió los ojos azules.

-¿Quién llama?

-San Virila, ¡pronto irás al cielo!

Una carcajada inmunda dilató la última palabra que quedó temblando como una amenaza entre los cipreses, y el santo temerosísimo vio volar como una serpiente verde por entre las estrellas.

Una mañanita de mayo galán, San Virila cumplió los cien años. San Virila salió al monte más temprano que de costumbre. Con la pesadumbre de aquella tentación que no le dejaba vivir, habíase encorvado tanto, que la barba le arrasaba por el camino. Iba encomendado a su báculo y no parecía sino que llevaba a cuestas su siglo vivido.

La mañana de mayo era una gloria de la creación. Los almendros cuajados de flor blanca, los cerezos y los guindos con sus motitas rojas, los bojés olorosos, las vides añejas, hasta los robles y las encinas y los olivares centenarios, hasta la hierbecilla del monte y del camino, se esponjaban para ver al sol que nacía sobre los montes de Urríes. Y abajo cantaba el río, que, sobre su cauce, era un puro cristal y arriba en la torre de las campanas, en los tejados bermejos, en las ramas de todos los árboles y en las zarzas floridas, cantaban todos los pájaros del Señor, las miruellas, los pardillos, los jilgueros, los abejarucos, los verderones, las cardelinas, las calandrias. El cielo estaba azul, los montes verdes, el sol oro rosado, y el agua del río y la barba de San Virila eran pedazos de plata.

San Virila se entró al azar por la maraña del bosque. Allí era el silencio más grande y sombrío y encontraba más quietud para sus pensamientos. Adelantóse tanto, que llegó a una fuente, en un paraje desconocido, donde las encinas y los robles se retorcían hasta tomar unas formas extrañas. El agua de la fuente caía en un hilo luminoso sobre el cauce, que parecía de oro bruñido, y todo el césped de aquel paraje verdeaba con un raro resplandor, como si estuviese esponjado en un rocío de milagro. Pero en nada de esto reparaban los ojos tristes del santo. Con el rostro entre las manos asentóse bajo la encina de la fuente, atento sólo a su pesadilla.

-Ya he cumplido el siglo. ¿Cuándo moriré? ¿Cuándo se me abrirán las puertas de aquella vida eterna?

Nadie le contestaba. Pero sobre el regazo de su tosco sayo se posó un pájaro azul que comenzó a cantar. ¡Oh, pájaro celestial! Nunca vieran cosa semejante los ojos del hombre. Tenía el pico de oro y las patitas como dos granates; los ojos redondos y menudos eran zafiros tallados, y el plumaje, de un azul hondo, como un pedazo de cielo por la noche.

¡Y cómo cantaba! San Virila no tenía memoria de haber soñado jamás parecida maravilla. Con las manos cruzadas atendía al divino concierto del pajarito, que gorjeaba con sus dos zafiros puestos en él. De vez en cuando suspiraba para sí:

-¡Bello es tu canto, avecilla! ¡Si no estuviera mi ánimo tan triste!...
Luego, bajo el encanto de la música, olvidó su mal. Y ya sólo balbucía:
-¡Divina es tu melodía, pajarito azul! ¡Como tú han de ser las aves que cantan en los jardines del cielo!

Y al fin no repetía nada. Se le había entreabierto la boca y parecía que, de un instante a otro, el ánimo se le iba a salir beatamente, cautiva de la canción. Ya no acertaba a gemir, ni a pensar, ni a menear una sola hebra de su barba de plata por temor de que se volara, asustada, la celestial avecilla.

Una vez parecióle advertir que aquellos brotes de encina que había a los bordes del regato, menudos como juncos, crecían y crecían hasta convertirse en troncos nudosos, y que la encina que les cobijaba envejeciese por momentos de un modo desconcertante. Pero embebecido en el concierto maravilloso del pájaro que seguía cantando, no acertaba a discurrir. Tal vez fuera todo ilusión de sus sentidos trastornados.

¡Ay, que toda felicidad tiene pronto su fin en este mísero mundo! Obscureció, y el pájaro azul, en un vuelo rápido, se perdió en la sombra. San Virila quedó largo rato con las manos tendidas hacia él. Se levantó de su asiento, desconcertado y triste.

-¿Obscurecido ya, cuando no hace sino breve rato que salí de la Abadía? Por fuerza ha de ser algún enredo del enemigo, que tiene envidia de mi felicidad.

Quiso tomar el sendero que le había traído a la fuente; pero se había borrado de la manera más extraña, y no había, por todo alrededor, sino unos árboles muy grandes, que él nunca viera, y unas zarzas espesas, en las que se enredaba a cada paso la madeja de su barba bendita. Toda la noche estuvo yendo y viniendo por la espesura, sin otra preocupación que el trino del pájaro.

-¡Oh, si las aves del cielo cantaran así!... Pero al cabo esto no ha sido sino por un momento harto breve. Mas el cielo, tan eterno, tan sin fin...

Y otra vez en esta cavilación, más por la piedad del Señor que por acierto de sus pasos, se encontró a la boca del bosque, cuando amanecía.

Dió la vuelta al Monasterio. Quiso entrar por la puerta de los establos, por el temor de la zozobra que habría ocasionado su desaparición en la santa comunidad. Mas en el lugar de la puerta había un reboque de piedras denegridas del tiempo.

Frotóse los ojos una y otra vez. Pensó:

-¿Será que no veo bien con esta penumbra del amanecer?

Y tentó varias veces con el regatón de su báculo. Todo en vano. Allí no había más que piedras.

Volvió sobre sus pasos, para entrar por la puerta del Templo. Aquella sí, estaba igual; con los santos bizantinos extáticos en las columnas y el Señor San Salvador, que tenía las manos abiertas sobre el tímpano. Sino que parecía como si aquella santa cohorte hubiera también envejecido; como si sobre sus rostros y sus túnicas de piedra se hubiera embebido ya el sol de varios siglos.

Dos legos que barrían las escaleras se quedaron mirando.

-Hijos, decidme: ¿ha habido esta noche mucho revuelo en la comunidad?

Ellos no entendían.

-Quiero decir si se perturbaron los Padres de no encontrarme.

Los legos comenzaron a mirarle con ojos de asombro.

-¿Por qué me miráis así? ¿Tanto ha cambiado en una noche fray Virila?

-Aquí no hay ningún monje de ese nombre, señor, ni tan anciano como vos parecéis.

El santo discurrió que aquellos legos serían recién llegados a la casa y mandó llamar a Don Veremundo, Padre Abad.

¡Oh, dolorosa sorpresa! Nadie se llamaba Veremundo en el cenobio. El bendito viejo no pudo resistir tal desconcierto de todos sus sentidos y comenzó a llorar sin consuelo.

A la nueva de suceso tan extraño, bajó de su celda Don Abad, Frey Mauro, seguido de la santa comunidad. San Virila alzó los ojos hacia los trescientos setenta padres, y no conoció a ninguno.

Deshecho en lágrimas repetía:

-Padres míos, yo no os puedo conocer, porque el demonio me tiene trastornados los sentidos. Pero vosotros, ¿no reconocéis ya a vuestro hermano Virila? ¡Soy yo, el abuelito!

El Abad reverendo se daba palmaditas en la frente.

-¡Virila, Virila!...

Pero nada averiguaba.

Entonces el Padre bibliotecario, que de tanto huronear entre los Códices se había quedado tartamudo, apuntó con timidez:

-Un Virila, muy célebre y muy santo, lo hubo aquí hace cientos de años; pero desde entonces ninguno más. Y por cierto que, según refiere el cronicón, salió una mañanita hacia el bosque, y ya no le vieron. Como era tan santo creyeron los padres que el Señor se lo había llevado al cielo en una carroza de fuego, como a Elías.

-¡Dios mío! ¿Seré yo? -repetía desconcertado San Virila-. ¡Pero yo soy muy pecador!... Es verdad que yo salí una mañana y me perdí en el bosque. ¡Pero si era ayer!... Se me pasó todo el día oyendo cantar a un pajarito maravilloso, y cuando anochece, pensé que había cantado sólo un instante. Cuando me levante para volver, todo estaba cambiado, ¡es verdad!; los árboles más menudos eran troncos viejos; las puertas que yo conocí han desaparecido y vosotros no sois los monjes que yo dejé. ¡Pero si era ayer!...

Don Abad, meneando la cabeza, mandó bajar los antiguos Códices. Trescientos años atrás, la Crónica contaba puntualmente el raro suceso de la desaparición de San Virila, y el luto que padeció la santa casa. San Virila meneaba la cabeza extático.

-¡Pues soy yo! ¡Pues soy yo! ¡Trescientos años! ¿Es posible, Señor?

Toda la comunidad reiteró a coro:

-¡Trescientos años!

Entonces San Virila, que en aquel día cabal cumplía el cuarto centenario de su natividad, entendió que todo había sido un sublime prodigio del Señor. Cayó de hinojos, sollozando:

-¡Perdón, Dios mío! Trescientos años como un soplo oyendo el canto de una ave. ¿Qué será la eternidad mirando tu Santa Faz?

Y ya no pudo hablar más. Cerró los ojos. Un suave viento matutino esparció su barba blanca y frondosísima. Las campanas comenzaron a voltear solas allá arriba y bajo la gloria del sol, en la mañana de mayo florido, volvió a revolotear el pajarito azul que rondaba el cuerpo exánime de Fray Virila, como queriendo llevarse algo para el cielo.

Las exequias de San Virila fueron jubilosas, puesto que ciertamente era el cuerpo de un santo milagroso el que yacía entre los grandes blandones sobre el paño negro del crucero. Luego, el Abad Don Mauro, a un lego que era buen artífice en cantería, mandó grabar una piedra con la increíble leyenda del monje y el pajarito.

La cual aún pueden ver vuestros ojos sobre un arco de aquellas ruinas de Leyre que hacen llorar.

3. Tres fragmentos líricos de *Pastoral de Navidad*

3.1. [El ángel Gabriel anuncia la Visitación de la Virgen a su prima Isabel]

Por la aurora
con el alba del día,
de Nazareth salía
Nuestra Señora
la Virgen María.
[...]
Salió de la aldea;
subió por el monte
de la Galilea.
Una cardelina
cantaba en la rama
de un narangel:
-¿Adónde camina
la pura doncella?
La Virgen responde
por pura y por bella:
-En pos de la huella
del Ángel Gabriel.
Y el ave, avecica,
con su travesura,
retorna y replica:
-¿Adónde iba el Ángel?
Dime, Virgen pura,
dime si lo sabes.
Llamaré a las aves,
volarán contigo;
por montes y alcores,
por nieves y hielos,
con sus lindos vuelos
te darán abrigo,
cortejo y dosel.
La Virgen contesta
con fina sonrisa:
-¡Ay! No me detengas,
ave de los cielos,
porque voy de prisa.
De par de mañana
me espera mi anciana
prima Isabel.
[...]
Ya llega,
por la veredita
que abrieron las flores
en la noche ciega.
Jilgueros, calandrias,

mirlos, ruiseñores,
a la voz de mando
de la cardelina
le vienen cantando.

3.2. [Villancico de la Pastora]

Caminitos del monte,
caminitos en flor.
¿Quién ha ido a contaros
que nacía el Señor?
[...]
Estrellica de oro,
¿lo sabías tú?
¿Qué haces aún temblando
en el cielo azul?
¿Qué miras? ¿Qué esperas?
¿No ves que es de día?
¿No ves aquí al Sol
con José y María?
[...]
Un ángel volando
del cielo venía.
Nuestra negra noche
tornó claro día.
Serenó los aires,
amansó los fríos,
derritió las nieves
y en los verdes pinos
despertó calandrias,
jilgueros y mirlos.
En los pinos verdes,
en cárcel de hielos,
dormía la fuente.
Ya bulle, ya brilla, ya canta
su claro cristal...
El ángel, volando
por la veredita,
entró al abejar.
Abejicas de oro,
¿me haréis un panal?
Las abejas fueron
por todas las flores.
Hay brezo en los llanos,
tomillo en el monte,
y en las casas rojas
claveles, celindas
azules. «¿Qué es esto?»,
claman las vecinas.

Con su gracia el ángel
dice: «¿Qué ha de ser?»...
La aldea es un horno;
pan tierno y caliente
amasan aprisa,
que el Niño se duerme.
Dejad vuestra hornada,
vecinas, volad,
que ya es el establo
un horno de pan.
Señora Santa María,
Señor San José:
si antes nadie os quería,
salid al camino. Ved
la aldea entera que baja,
unos en su borriquito,
otros en su mula,
y los otros a pie.
El señor Alcalde
con su capa grande.
La señora alcaldesa
con sus zarcillos de oro y sus largas trenzas.
Y Rosa la ermitaña,
loca de pasmos porque
están tocando solas las campanas.
Y Pola y Luperca,
cogidas del talle como dos doncellas,
dándose al olvido las antiguas guerras.
Y todas las pastoras
con sus zagalejos floridos
de día de bodas.
Y todos los zagales
con su ramo verde en la oreja,
pidiendo baile.
Y las siete hilanderas
con siete copos de lino
en sus siete ruecas.
Y los tres jardineros,
la azada de hierro al hombro.
¡Ay, qué bien huele
a hierbaluisa y romero!
Y el agua en tumbos de plata
por allá arriba, arribita.
Y la nieve sangrando rosas
y claveles y petunias
y celindas y margaritas.
Todo es paz en el mundo.
Todo vuelve a nacer
por la gracia de un Niño
que os nació en Belén.

3.3. [Canción de cuna de Taratoles]

Duérmete, Niño,
duérmete ya,
no tengas prisa
por despertar.
Cuatro angelicos
mecen tu cuna,
cuatro estrellicas
hay en la altura.
Una cruz forman,
no te despiertes,
la Virgen vela
mientras Tú duermes.
La Virgen hila
blancas madejas,
lágrimas de sus ojos
mojan la rueca.
¿Por qué llorabas,
Virgen María?
Todo es fiesta en la tierra.
¿Por quién suspiras?
Todo es fiesta en la tierra.
-Suspiro y lloro
porque un día mi Niño
estará solo.
En vez de cuatro ángeles,
cuatro sayones.
En vez de ropas finas,
cuerdas y azotes.
Y una cruz negra
en el monte Calvario,
con los clavos de hierro
en lugar de mis brazos.

4. Dos pasajes líricos de *Volcán de amor*

4.1. [Monólogo primero de San Francisco Xavier]

Ya hemos llegado; gracias, Dios mío.
¡Oh, cómo enciende el sol del estío
por esa cuesta larga y cansada!
Se rinde el pobre cuerpo sin brío,
mas para el alma que está abrasada
eso no es nada... Eso no es nada.
Maravillada de nuestra audacia
nos repetía la gente toda:
«No vayáis, padre, a la pagoda,

hay en la selva muchas serpientes,
tendréis desgracia.»
Eran los voces de los prudentes.
Yo sonreía de su cordura.
Nadie entendía
que la más alta sabiduría
es esta suerte de hacer jornada;
que en tus caminos todo es locura;
que para el alma tu enamorada
eso no es nada... Eso no es nada...
¡Ay, si los pasos que dan mis pies
fueran fecundos para esta mies!
Mas Tú, Señor, que eres
el dueño de la mies, aún no la quieres;
no es este sol hostil ni estos calores
los que han de hacer granar mis sinsabores:
¡otro sol ilumina
el fin de mi jornada larga y dura!...
¡Es el sol de la China,
esa mies ya madura!...
¿Qué conquistas, Señor, mi alma adivina
en tanta y tanta tierra inexplorada!
¡Ya voy, Señor, ya voy!... Mas antes quiero
sacar de este paraje traicionero
dos ovejas que son de tu majada...
Ya voy, Señor... A veces se imagina
el alma deslumbrada
que hacia allá se encamina
así como una reina deseada
que viniera de lejos peregrina.
Hijos sin fin aguardan su arribada
en la costa vecina...
¡Hijos míos, con qué ansia tan divina
sueña en vosotros mi alma enamorada!
Arrobado. ¡Hijos míos de China!

4.2. [Segundo monólogo de San Francisco Xavier]

¿No te abrasa este fuego en que me abraso yo?
¡Don Álvaro de Ataide, no me lo niegues, no!
¡Mira cómo me aguardan cientos, cientos y cientos!
¡Mira cómo me piden para el alma, hambrientos!
¿No escuchas cómo llega la voz de esas montañas?...
¡Ay, mísero Don Álvaro, tú no tienes entrañas!...
...¡Hijos que Dios me ha dado, hijos del alma mía,
mi vida es sin vosotros una horrible agonía!...
Con súbita resolución.
¡Oh Dios, este martirio ha de acabarse hoy!
¡No espero más! ¡No puedo! ¡Hijos míos, ya voy!

Puesta en Dios mi esperanza, comenzaré mi viaje;
si nadie en sus navíos me quiere dar pasaje
las olas compasivas me dejarán pasar.
Y pasaré a pie enjuto por en medio del mar.
Saltaré las murallas. Con el fuego que llevo,
en esa tierra helada, he de encender un nuevo
mundo de serafines, almas de fuego y luz;
y en medio de las llamas, tu cruz, Señor, tu cruz.
Entonces será el vero Imperio del Sol Naciente.
Los reinos de Europa mirarán hacia Oriente.
Preguntarán: ¿de dónde sale ese resplandor?
Yo podré responderles: es un volcán de amor...
Horno de llamas vivas que ahora hierve en mi pecho,
mi pecho se deshace... es mezquino... es estrecho...
Y hasta mis mismos huesos me los devora ya...
¡Cristo, amor de mi alma, llévame pronto allá!
Fatigado y suspenso unos instantes, vuelve a su desolación.
Mas si, por mis pecados,
Tú no quieres que vea mis sueños alcanzados,
que hoy mismo este hervidero del corazón reviente,
que mi sangre caliente
caiga sobre la China como lava encendida,
que ella lleve las ansias postreras de mi vida;
como la lava ardiente todo lo abrasará.
¡Oh, Señor!... ¡Señor, mira cómo arde este volcán!
Con ímpetu se desabrocha la sotana junto al pecho y permanece en ese ademán extático en que se le ve en las más viejas pinturas. (pp. 79-80)

5. Prólogo y cuatro capítulos del *El Camino, el Peregrino y el Diablo*

5.1. «Prólogo» del autor

El día 4 de Octubre de 1381, el Infante Don Carlos de Navarra que, años andando, será rey coronado y le llamarán las historias Carlos III *el Noble*, tomaba bordón y esclavina y emprendía, desde París, el Camino de Santiago.

En una primera etapa y por conveniencias políticas, se apartó de la ruta tradicional que bajaba por Tours o Vezelay. Atravesando con rodeo, no pequeño, los estados del Duque de Borgoña, bajó hasta Aviñón y Montpellier, a entrar en Cataluña por los pasos del Pirineo rosellonés. Pero, a partir de Zaragoza, siguió fielmente, hito por hito, todas las etapas del gran Camino Jacobeo.

Estos son los registros de su viaje.

Quien busque, sin embargo, en estas páginas, un libro rigurosamente histórico puede cerrar aquí sin pasar adelante.

La única fuente documental que se conoce son los asientos de cuentas exis-

tentes en la Cámara de Comptos (los Comptos Reales) de Pamplona y caben en un par de cuartillas⁴⁸. Pero bastan para reconstruir, con un poco de imaginación y gusto de aquellas eras, todo el tinglado del largo camino que abarca media Francia, desde París a los Pirineos y la España nórdica, de punta a punta, desde Gerona al Finisterre.

Y esto quieren ser los apuntes del Camino: sobre la trama del momento histórico, unas páginas de pura evocación amena y divagante.

El Príncipe Carlos no es un peregrino vulgar. Heredero de la corona de Navarra y sobrino carnal de Carlos V de Francia, en un trance de particular tensión en que se contraponían, en feroz partida de tablas, los intereses de ambas monarquías o, por hablar con más justeza, de ambas Casas reinantes, los Evreux de Navarra y los Valois de Francia, este joven Infante real se mueve ya, desde los preámbulos del viaje, en ese clima turbulento de oscuras intrigas, conjeturas y crímenes de estado y terribles venganzas que forman el trasfondo de una de las épocas más dramáticas de la era cristiana. El Rey de Navarra guerrea contra su suegro, primero, y su cuñado, después, los Reales de Francia, por sus dominios en aquel país, donde, al fin lo atrapan, lo encarcelan y corre riesgo de muerte. El de Francia, a su vez, lucha contra los ingleses que le han comido toda la Aquitania y la Gascuña y muere prisionero en Londres. Entre tanto, en Castilla, Pedro *el Cruel* cae bajo el puñal de su hermanastro el bastardo Enrique, mientras otro Pedro, el de Aragón, *el Ceremonioso*, se deshace, con medios no menos expeditivos, de sus hermanos los Infantes de Aragón, del Rey de Mallorca su cuñado, de su madrastra Doña Leonor... Y por si fuera poco, en medio de esta zarabanda, la Iglesia se divide con el Cisma que aumenta las tinieblas y la turbación en las conciencias. Dos papas se enfrentan uno a otro: Urbano V en Roma, Clemente VII en Aviñón...

Este es el momento en que Carlos, el joven Príncipe navarro, recién salido de su cárcel de Vincennes en París -dorada pero estricta cárcel- después de cuatro años de cautiverio, víctima inocente de ajenas intrigas, mueve pie, en cumplimiento de su voto y toma su sombrero y su bordón de peregrino.

Pero hay otro personaje antes que él y más principal: EL CAMINO.

El verdadero protagonista de esta historia es El Camino. El Camino por excelencia. Lo que las gentes de entonces llamaban simplemente El Camino y todos entendían, es decir, el Camino de Santiago.

La Europa de entonces lo recorre sin cesar, desde hace tres largas centurias, en oleadas continuas. El Camino es el cordón umbilical de toda una humanidad dolorida y contradictoria que se hacina en abigarradas multitudes de almas férvidas y pecadoras; santos estigmatizados, visionarios y místicos, y

48 A estos escuetos, pero interesantes datos, publicados por el docto y concienzudo investigador, José M^a Jimeno Jurío en el Boletín de la *Institución Príncipe de Viana*, año 26, núms. 100 y 101, debo la ocurrencia de este libro. A él, pues, mi gratitud, desde estas páginas.

flagelantes del juicio final; monjes austeros y clérigos retozones, paladines, cruzados de Tierra Santa, mercenarios, aventureros, trashumantes, astrólogos y alquimistas y hechiceros, hampones, tafures, pícaros, bandoleros, gentes de horca...

Es una humanidad anhelante que, después de superar los terrores del Año Mil, se ve, de nuevo, cercada de males sin cuento, guerras, hambres, cataclismos. Y, el último, el más espantoso, la peste. ¡La Peste Negra! Casi dos tercios de la población de Europa parece víctima del azote apocalíptico. Las gentes, sintiéndose indefensas y pecadoras, alzan sus ojos al cielo, piden la intercesión de los Santos, se protegen con sus reliquias como con una coraza, las buscan, trafican con ellas, las suplantán y, cuando no existen, las inventan con supersticioso delirio, acuden en peregrinación a sus sepulcros...

En Iria Flavia de Galicia, el Finisterre del mundo conocido, junto a los negros peñascos batidos por las furias del Mar Tenebroso, acaba de ser descubierto, bajo un nimbo de estrellas, el sepulcro del Apóstol Santiago el Mayor, el Zebedeo. Surge, en medio de la universal miseria, como un insospechado signo de esperanza. Y hacia él se mueve, al punto, esa humanidad transida de terrores.

Es la hora del Camino de Santiago.

A una y otra orilla del Camino irán alzándose las grandes abadías con sus famosos hospicios y, poco a poco, en torno a ellas, burgos organizados, mercados, talleres, gremios y corporaciones que serán, con el tiempo, emporios del comercio y las artes. Y, como expresión del fervor que alienta a las multitudes peregrinantes, los célebres santuarios, las catedrales portentosas que, desde París, Aquisgrán y Colonia, jalonan el Camino hasta Compostela.

Peregrinar a Santiago es congraciarse con el poderoso Zebedeo, «Hijo del Trueno», «Amigo de Jesucristo»; conseguir por su intercesión y la penitencia del Camino que se aplaque la divina Justicia y atraer del cielo las grandes perdonanzas, la misericordia, la paz.

Pero el enemigo del hombre, el Maligno por excelencia, aquel *Hostis Antiquus* que está presente en la historia de la humanidad, desde el primer día de Adán, no duerme y también está en el Camino. El Diablo hace el Camino todos los días del año, va y viene sin cesar. Es el Tercer Peregrino, sino que camina al revés, porque su único fin es descaminar a los demás, frustrar su rumbo y su destino y trocar su esperanza en desesperación. Es el Peregrino del Mal. En una aterradora visión de su Apocalipsis, el Apóstol Juan lo vio precipitarse sobre la tierra, ardiendo de ira porque sabe que el tiempo que le queda es breve. Y así se lo topa el peregrino que va a Santiago en esos frescos alucinantes de la cripta de San Isidoro de León. Él no descansa en su acoso y, desde que asentó su reino de tinieblas sobre una creación en ruinas, está presente en los cuatro rumbos del universo. Su ojo de buitre acecha sin tregua. Donde Dios puso el mandato, allí está él, arcángel siniestro y terrible, corrompiendo, cegando a los hijos de Adán, atizando sus concupiscencias, multiplicando en cada momento y lugar la ruina de nuestros primeros padres. Es tan grande el poder de esta malvada criatura que precisó la sangre del hombre-Dios para atajarlo y devolver a la creación la

hermosura del bien perdido. Desde entonces redobla sus furias la gran Bestia acorralada. Sabe que su tiempo es breve antes de que la ira del Omnipotente lo recluya para siempre en sus tinieblas.

Aún sin emprender el Camino, ya lo entrevemos en el secreto de los adictos a la Magia Negra de la corte de los Valois o agazapado bajo las celdas de los monjes entre las cantiles de Mont Saint Michel. En Aviñón ronda la misma Casa del Papa y es el Malatasca que persigue -sombra impotente- a Catalina de Siena, la virgen de fuego. En Montserrat acecha entre los precipicios de la montaña santa. Y trasfondos oscuros pero no menos vivos de su presencia, a todo lo largo del Camino, son los marfiles del arca de San Millán de la Cogolla, los «Milagros de Nuestra Señora» que cantó el Berceo, las coloreadas historias del retablo de San Martín de Frómista, las miniaturas del Libro de Oro de las Cántigas de Villalcázar de Sirga, su mueca de triunfo entre los condenados del tímpano de la Pulchra Leonina y los *lucíferos* disfrazados de clérigos, ahorcados en Villafranca del Bierzo...

Pero él sabe que la última palabra no será la suya. Una y otra vez, a lo largo del Camino, la presa se le escapa. Son esos mismos falsos clérigos confesos y contritos al pie del patíbulo, esa magdalena, frustrada en su suicidio en aguas del Ulla, el propio Infante, salvado también en un punto de riesgo... En suma y como siempre, el Ladrón en el Calvario, escapado de sus garras momentos antes de morir.

Por eso, cuando el Camino toca a su fin en el Pórtico de la Gloria de la basílica compostelana -sublime coda final de la gran sinfonía de la Historia de la Salvación, coreada por las muchedumbres peregrinas-, el puesto del Diablo está ahí, en el mismo umbral, aplastado por los pies de profetas y apóstoles, aplastado para siempre, con su inmundado cortejo de larvas, bajo los zapatonos de los peregrinos.

Del PEREGRINO.

De ese peregrino que entra, al fin, en el Paraíso después de haber rematado fatigosa pero victoriosamente su CAMINO.

5.2. Capítulo XLVI, «Sangüesa. Ha muerto un peregrino»

Ya que abocaban al burgo por el Portal de Jaca, vieron en el Prado de San Francisco un cortejo con bandera negra y blandones encendidos que salía del Hospital de San Lázaro, frontero a los frailes menores. Eran como unos doce con sus pajes de a caballo; a lo que parecía, gente principal, barbada, rufa, en lo que dejaban ver los grandes chambergos y, por el hablar, frisonos, que venían peregrinos a Compostela y, la noche anterior, el más anciano había muerto en el Hospital y ahora lo llevaban a la iglesia de Santiago, donde había, contiguo, en su huertecillo, a la derecha del ábside, casi pegante a la muralla, un carnario para enterramiento de romeros que morían de camino.

Don Carlos se descubrió y les habló en francés que no entendieron, salvo el escudero que le dio noticia.

Consideró que su primer deber, como romero que él también era, estaba en ayudar a enterrar a aquel difunto y se fue tras ellos, Rúa de Peregrinos abajo, hasta Santiago, donde ya aguardaba el capellán de la Cofradía, con dos sochantres para la misa de muertos. Pusieron sobre el ataúd el sombrero y el bordón del Señor Santiago que, para estos menesteres, colgaba, siempre a punto, a un costado del altar y era como el pasaporte para el Reino. Y acabando de enterrarlo, con el último puñado de tierra bendita que el propio Infante le arrojó con sus manos, él y sus primos picaron espuelas porque ya hacía rato que campaneaban en Santa María la Real y, a la puerta del atrio, esperaban, impacientes, los tres cabildos de clérigos, revestidos de cota, para la misa cantada y muchedumbre de los barrios, así que corrió la voz de que el Infante volvía de Leyre y paraba en casa del Señor de Añués.

La Rúa Mayor o Carrera Reial -del Portal de Jaca al puente, donde Santa María abre, suntuosa, la rosa de piedra de su fachada-, larga y tendida a cordel, de punta a punta, merece bien este renombre; que, entre las nobles villas del reino, no hay otra, si no es, acaso, la de Puente la Reina, que se le asemeje. Ambas parecen tendidas para recibir y despedir con señorío a los peregrinos que cruzan el país. A una y otra mano se alzaban casas de piedra, altas y estrechas, como de burgo amurallado, muchas con su blasón en la portalada y sus ventanas, de las llamadas coronelas, de arco y mainel. Y ya que repicaban las campanas, a pesar del frío que había helado la nieve en los tejados, doncellas y dueñas de altas cofias almidonadas se asomaban a verles pasar.

La misa fue solemne con tantos cabildantes y buenas voces de bajones de los frailes del Carmen. Estaba Nuestra Señora de Rocamador, recién vestida de rica plata, con orla de filigrana de oro y cabuchones. Y sonreía con el divino Infante en el regazo un poco alzada sobre el altar, bajo un doselete que también parecía ser de plata, según rebrillaba al resplandor de los cirios que dos ángeles sostenían a sus lados. Y el cojinetete en que sentaba sus chapines la Señora llevaba, en su bordura, un diminuto escudo de tres lises, igual que campeaba en la dovela del portal de la casa de Eguaras, donde, por cierto, se guardaba un libro verde de las genealogías, en el que se contaba que, así como unos cien años atrás, un caballero del linaje, llamado Eneco, volviendo victorioso de un hecho de armas, se vio embestido, en medio del puente, por una emboscada de enemigos que le acosaban con sus lanzas desde una y otra cabecera. Y viéndose perdido invocó a Santa María de Rocamador, picó espuelas al caballo y lo lanzó sobre el pretil al río, que pasaba crecido y bramador. Las aguas lo recubrieron milagrosamente con sus espumas y lo llevaron corriente arriba, hasta depositarlo sano, salvo y enjuto en unos arenales de junto a los Pozancos, mientras los enemigos corrían, en vano, en su busca, río abajo.

En lo alto del pilarón del ábside, pendía el ex-voto de un estandarte de dos puntas, denegrido del tiempo, y, junto a él, un enorme casco de hierro que, de padres a hijos, se afirmaba estar forjado de una pieza y haber pertenecido al gigante Micheloto Ximéniz de Olloqui, que fue escudero de Don Teobaldo II en la desgraciada empresa de Túnez, donde murieron, de peste, él y su tío el Rey San Luis. El pueblo sencillo, con el correr de los años, había embarullado las cosas (que entonces no existía plaga de eruditos, salvo excepción como la del

Pavorde de Gerona), confundiéndolas en un solo hecho milagroso. Pero las Casas de Eguaras y Olloqui bien se cuidaban de conservar, celosas, una y otra tradición en sus escrituras. Y los de Eguaras, más remontados y de mayor antigüedad, añadían que los de la emboscada del puente habían sido moros del rey Abderramán.

Un tanto de rubor le daba al Infante de verse a sí y a sus primos en aquellos aparejos de caza y las medias botas embarradas, en medio de tan ilustre concurrencia. Además de la clerecía, allí estaba presente todo el censo de hidalgos, escuderos, oficiales del Rey y gentes principales, en sus bancos de los gremios, como en las fiestas mayores. Pero él que, desde su infancia, profesaba una tierna devoción a Nuestra Señora, lo mismo que en Ujué y en Pamplona, se encomendaba filialmente, ahora, a Santa María de Rocamador. Y, cuando alzaron el Cuerpo de Cristo, golpeábase el pecho, pidiendo piedad, por la intercesión de la Madre bendita, para sí, para su padre y para todo el reino, y que en su regazo acabáramos todos nuestro paso por esta vida terrenal.

No habían llegado al *Ite missa est*, cuando, junto a la cancela de la iglesia, se levantó un revuelo. Alguien había entrado, precipitadamente, con la alarma de que, en el hospital de San Lázaro, un peregrino alemán había muerto de peste negra. La noticia corrió como el rayo, entre siseos que, al momento, habían degenerado en tumulto. Los fieles se precipitaron, puertas afuera, a encerrarse en sus casas.

¡La peste!

Los mayores de la cuarentena para arriba tenían reciente, en la memoria, el estrago de la gran peste de treinta años atrás, cuando la población de Sangüesa y de todo el reino, lo mismo que en Aragón y Castilla y los demás reinos cristianos, quedó diezmada. Ya no había ataúdes para enterrar a tanto muerto. Ni enterradores. Ni tañían las campanas. En un silencio sepulcral, a los que morían los sacaban al punto, en parihuelas, fuera de murallas, al quemadero donde, día y noche, ardían hogueras de azufre.

Los supervivientes de aquella horrible mortandad, presentes ahora en la iglesia de Santa María la Real, tenían, todos, víctimas entre sus deudos y el solo recuerdo les erizaba de espanto.

En un momento se quedaron solos los cabildos, en torno al altar, y algunas de las personas principales junto al Infante. Cuando Don Carlos abandonó la iglesia, a las puertas de algunas casas de la Carrera Real ya se veían ardiendo, en los tederos, las siniestras cazoletas de azufre que presagiaban el azote.

Los caballeros, en la comitiva del Infante, se esforzaban por comentar el caso con templanza pero, quien más quien menos, maquinando en sus adentros cómo zafarse del compromiso y correr a encerrarse en casa.

Otra vez veía fallidas sus ilusiones de anfitrión fastuoso Don Miguel de Añués. Allí estaba la mesa, abastecida lo menos para treinta comensales, res-

plandeciente la vajilla de plata y él, con su ropón y su sombrero forrado de martas, recibiendo a los huéspedes reales, al pie de la escalera, en el zaguán.

De los demás convidados, sólo quedaban presentes, y estos de pura obligación, el Merino, el caballero alcaide, el recibidor con los dos Capitanes y, del brazo eclesiástico, su primo Don Martín de Añué, más que por Abad de Santiago, por consejero real. Los demás se habían escurrido.

Comieron aprisa y a desplacer porque nadie estaba tranquilo y la desazón la aumentaba aquel agua de olor de algalia, tan fuerte que sahumaba la estancia, para acallar las tufaradas de azufre que subían de la hoguera del patio, como cuando hay difunto en casa y empieza a corromperse. Y, con lo bueno del sol, salieron de Sangüesa, a galope tendido, a dormir en Monreal.

Se concertaron los viajeros para callar la noticia mientras no pasaran las fiestas de Reyes. Y con buen seso, porque la alarma se demostró ser falsa en los días venideros; aunque aquella partida de peregrinos frisonos, causante de ella, el Merino la tenía encerrada, por cautela, en el hospital de San Lázaro y pasaban las horas jugando a tablas, en ruidosas partidas que resonaban en la calle y consolándose con las azumbres de vino que, mañana y tarde, les pasaban por la reja de la ventana.

5.3. Capítulo CXXIII, «La procesión de mitras»

Las campanas de la catedral tocaban a fiesta mayor.

La fiesta de Santo Mathía, Apóstol, era día de precepto en toda la cristiandad, pero, por ser uno de los Doce, la santa basílica se sentía obligada a celebrarla con particular pompa: exposición de reliquias, procesión de mitras, botafumeiro y pregón de la tabla de Indulgencias. Algo así como si Santiago convidara a la mesa a sus Doce Compañeros y sacara las mejores vajillas del arca.

Platerías, Obradoiro, la Plaza del Paraíso, las calles y plazas alledañas, hervían de peregrinos y aldeanos, venidos de toda la redonda. En los tenderetes hacían su agosto azabacheros, concheiros y cereros que vendían candelas para la procesión.

Messire Carlos salió de su posada arzobispal, con grande atavío y escolta de caballeros. Vestía ropón largo carmesí, muy ajustado de un dorado cinturón, con puñalete y escarcela y la hopalanda de paño de oro que traía a estrenar, de Valladolid; joyel de pedrería colgando de gruesa cadena de oro. Y se tocaba con alto sombrero de piel de nutria, y sus caballeros rivalizando en galas.

A la puerta le aguardaban dos de los siete cardenales de Santiago, vestidos de escarlata y veros blancos, igual que los de Roma. Los otros cinco estaban ya en sus banquetas, en torno al Arzobispo, que presidió, en su trono, el canto de las Horas de *ante Missam*. Y aunque todos siete se pusieron luego sus mitras, él solo, Don Juan Manrique, desde su cumbre, era quien empuñaba el báculo y campeaba sobre aquel mar de escarlata y armiños que formaban sus setenta canónigos, alrededor del altar del Apóstol.

La Misa fue con chirimías y zampoñas, ayudadas por el órgano de agua que mejor sería que callara, porque desafinaba mucho, según se dijo. Pero, a una con las veintiséis campanas que campaneaban desde las torres, atronando las celestes esferas, ayudaba en el estruendo, y esto al pueblo le enloquecía y más cuando gaitas, chirimías y clarines empezaban a mover, al frente de la procesión.

El Deán que oficiaba a la vera del Arzobispo y procedía (por permuta canónica) de la Primada de Toledo donde fuera, años [atrás], racionero simple, se le arrimó al oído para tentarle:

-Ese esmirriado organillo mejor hiciera callándose.

-Y vos también, Deán, que bien sabéis que en camino está el que nos viene de Norimberga y, en cuanto llegue, en la Primada de Toledo se han de quedar pegados a la pared.

-En la Primada de Toledo tienen dos a falta de uno, mi Señor. Y tan potentes que cuando se abren las puertas de la catedral para la procesión del Corpus, se oyen hasta en la plaza de Zocodover.

Don Juan Manrique no replicaba más. Se erguía pisado en lo más sensible de sus remontadas zapatillas pontificales, imaginándose a su rival el Primado avanzando solemne entre aquellas potentes músicas que le llegaban de uno y otro órgano. Por un momento se recomponía y se reencontraba en su magnificencia, cuando inclinaba la mitra para entrar bajo el dosel del riquísimo palio que le acercaban ocho caballeros santiaguistas.

Iba el Reverendísimo Arzobispo, bajo palio, al paso lento del cortejo, por las naves de la basílica, precedido de los setenta capitulares y de los mitrados con sus capas de lama de oro. Cuatro prebendados llevaban, en unas andas de argentería, el relicario de la Vera Cruz, entre blandones. Y detrás, Don Juan García Manrique, marcando el paso a golpe de báculo, bendecía a la muchedumbre arremolinada en la nave grande, en las crujías, pegada a los muros; y no se cambiaba en aquellos momentos, ni por el Papa de Roma, ni por el de Aviñón, aunque menester es declarar que algo le aguaba la fiesta el fantasma aquel del Arzobispo Tenorio que se le ponía siempre en la cachola, en los trances más solemnes, y el no tenerle ahí, en la procesión, a esa mitra de Toledo, para portacolas, detrás de la suya.

El cortejo del Príncipe de Navarra seguía inmediato, portando blandones. Don Manrique se decía para sí, con el pensamiento puesto en su rival: «En la persona de este Ilustre Príncipe, heredero de Navarra, y cuñado de nuestro Rey Don Juan, traigo, detrás de mí, propiamente, a los dos reyes de Navarra y Castilla, en él representados. Y cuando no son éstos, otros vienen, príncipes de Inglaterra y Suecia, duques de Bohemia, de Grecia, de Constantinopla, grandes Sires de Francia, Don Gaiferos de Mormaltán, Mio Cid Campeador... y a Toledo, ¿quién se llega hasta allá abajo, como no sean judíos y sarracenos?». De repente caía en que no eran estos altivos pensamientos los más propios para honrar al Zebedeo, que anduvo descalzo, remendando sus redes por las playas de Galilea, después

de haber asistido a la gloria del Tabor. Con su mano enguantada de seda y oro, se daba un golpecillo de pecho, gimiendo para sus adentros: «¡Sí, Señor, soy un cogotudo!». Y si, en aquellos momentos, se le acercaba algún pobre rentero de la mitra a besarle el anillo, le ponía la mano en el hombro sonriéndole benigno: «¿Pariú con ben a tua vaca? ¿E vendéche -l-os becerriños?».

El Infante, por su parte, también devanaba su madeja. Le venía al pensamiento aquella mañana triste de su prisión de Vincennes, cuando acosado de tantas sombras amadas, su mujer, su padre, sus fieles amigos, miraba, desde la ventana, transido de nostalgia, hacia los perdidos horizontes de la patria, y formulaba su voto de peregrinar al Apóstol a cambio de la libertad.

La palabra estaba cumplida. Cinco meses había durado el camino y estos eran los últimos pasos en torno a la Tumba bendita. Pero jamás pudo imaginar que la libertad verdadera le aguardara, gracia suprema del Apóstol, aquí, junto a su sepultura. Había partido de París, mozo veleidoso y vano. Los trances del camino le fueron curtiendo. Y ahora, ¡en el final!, primero en la fuente de Lavacolla y anoche mismo, en San Lázaro, le habían sido abiertos los ojos a un mundo distinto, áspero y terrible, alumbrado de ardientes llamaradas, donde era duro y hermoso caminar; el mundo de los hijos del Crucificado.

Sentía algo parecido a lo de Saulo en el camino de Damasco. La comparación le avergonzaba, porque a él no le habían derribado de ningún caballo, ni había oído ninguna voz del cielo... Pero se había inclinado sobre el leproso, le había besado y ahora se sentía revestido de fortaleza, dispuesto a lo que Dios mandara. Y daba gracias al Apóstol en un grito de su alma que pugnaba por reventarle en los labios, en medio de la algarabía de la procesión: «¡Herru Sanctiagu! ¡Et Deus adjuvat nos!».

Mientras tanto, los peregrinos, sumergidos en el espectáculo, deslumbrante, no tenían ojos más que para contemplar aquella maravilla del novio de plata del botafumeiro que iba y venía, majestuoso, sobre sus cabezas, derramando bocanadas de incienso. Y no estaba de más este sahumerio -que debió de ser invención de aquel obispo Gelmírez que estaba en todo-, porque con semejante tropel de gentes de todas partes del universo que, muchas, no pasaban ni por los baños de Mellid ni por Lavacolla, el aire se ponía espeso y no olía a rosas.

Cuando la procesión llegó a la Capilla de las Reliquias, las incensó el Arzobispo y el delicado olfato del Príncipe, despertando a la realidad, acertó a distinguir que el incensario de su Reverendísima olía a fina almástiga de Arabia. Y se le ocurrió pensar que lo del botafumeiro, que había que cebarlo por calderadas, sería, por lo menos, mezcla de resina de los pinares del país.

Con la lectura de la tablilla de las Indulgencias, la procesión concluía ante el altar del Apóstol y, en aquel momento, se abrían de par en par las puertas del Pórtico de la Gloria.

5.4. Capítulo CXXIV, «El Pórtico de la Gloria»

¡El Pórtico de la Gloria!

En ese cabo mundo, verdadero *Finis Terrae* que era Santiago de Galicia para las multitudes que aquí llegaban, desde los cuatro vientos de la cristiandad, con la confesión de sus pecados y la esperanza en el Perdón, este Pórtico de la Gloria ¿no es, acaso, el verdadero cancel del Paraíso? Pasar bajo esas sublimes arcadas y arrodillarse ante el Sepulcro significaba volver a encontrar la paz. Quien había besado una vez las piedras prodigiosas, talladas por el Maestro Mateo, volvía a su país transfigurado, con la certidumbre de que todo, en la tierra, era un breve peregrinar, y que las zozobras y amarguras, las mismas dolorosas caídas que aún, quizá, le aguardaban, no eran sino pasajeros quebrantos de un camino duro, siniestro pero que desembocaba en los luminosos umbrales del Paraíso. Volverían a espesarse las tinieblas y este hondo valle de nuestras vidas seguiría siendo valle de lágrimas. Pero las lágrimas tendrían ya consoladores reflejos, de aquella luz de esperanza que en el Pórtico de la Gloria les había sido permitido columbrar como un anticipo de las misericordias y gozos del perdón.

Desde un fondo de milenios, resonaban en sus claras arquerías las voces de los profetas anunciando al Redentor del mundo, las armonías de los salterios y cítaras de los Ancianos del Apocalipsis.

¡El Paraíso existía! Había sido entrevistado allí, en el atrio del Sepulcro del Apóstol. Esta radiante certeza, esas celestes músicas sin palabras penetraban el alma del peregrino, de tal manera que quien hubiera hecho una vez el Camino, ya nunca más perdería su condición de *Peregrino de Santiago*.

¡El Pórtico de la Gloria! Fue como doscientos años atrás cuando, un buen día, un maestro cantero, esmirriado y algo jorobeta, llamado por el obispo Gelmírez, se puso a labrar piedras para la nueva portalada del Señor Santiago. Tenía el cantero, que se llamaba Mateo, las manos grandes, nervudas, y unos ojos fascinados de extrañas luces que veían donde nadie ve. Se quedaba mirando, perdido, hacia unas lejanías de él solo vislumbradas, y a golpe de su cincel, las piedras se iban convirtiendo en flores milagrosas; fustes de columnas, plintos, capiteles y arcadas que florecían en una celeste multitud de ángeles y bienaventurados. Los ángeles tañían arpas y cítaras y los santos sonreían iluminados de luces que no eran de este mundo.

Veinte años y algo más, día tras día, estuvo el maestro trabajando, sacando de la piedra sus prodigiosas criaturas. Cuando remató la obra, dio un golpe de mazo en la rodilla del Señor Santiago que quedaba asentado en el parteluz central, recamado como un vaso de orfebrería. Y, desde su andamio, le gritó al obispo, sin poder contener su gozo:

-¡Éste se llamará el Pórtico de la Gloria!

El obispo, que estaba al pie con sus canónigos, asintió entusiasta.

-Bien dicho, maese Mateo. Bien dicho, el Pórtico de la Gloria de Dios.

-Pero, ainda mais, Reverendísimo Padre, o Portego da Gloria do Señor Santiago. ¡El meu Santiño!

Y el cantero se abrazó a él besándole en ambas mejillas.

Pero, ainda mais -añadimos nosotros, al cabo de ocho siglos-, el Pórtico de la Gloria del maestro Mateo, con su mazo y escoplo y sin que él se diera cuenta, había pasado, desde aquel momento, a la inmortalidad.

¡Misterio inexplicable el de este cantero gallego, hijo y nieto de picapedreiros, que nunca había viajado más allá de su Ponte Miña. A su alrededor no tenía más fuentes de inspiración que las otras dos puertas románicas de la catedral, la de Platerías y la Puerta Santa, donde las figuras, de un rigor esquemático, se agolpaban duras, descarnadas, violentas, incluso en su ascensión por las arquerías del Paraíso. Así podía ver al Creador poniendo su mano sobre el pecho de Adán con iracundia contenida, en un ceño del rostro que ya prenunciaba el castigo. Y al Rey David, altivo, desafiante, que se volvía empuñando el arco de su viola como si fuera a dispararlo contra enemigos. Era la rigidez de un arte saturado de ascetismo, que había heredado de Bizancio, más que desprecio, una especie de abominación sagrada hacia los cánones de la belleza carnal, elevada por griegos y romanos a las cimas de la perfección absoluta. El cuerpo humano se desencarnaba, adquiría los violentos perfiles de la piedra, se distorsionaba en desproporciones casi monstruosas. A la *sofrosine* de los dioses, destronados de su olimpo, sucedía una especie de consciente balbuceo de una infancia bárbara.

Y, de repente, sin transición en este clima de violencia, el prodigio del maestro Mateo. Su cincel se humaniza, la piedra se le enternece. Ángeles y bienaventurados se iluminan tocados de la serena claridad del Paraíso. El joven profeta Daniel sonríe en coloquio con su vecino y su sonrisa es dulce y profunda y se contagia a los demás personajes. Y el milagro es que han de pasar cien años antes de que sonría así el Ángel de Reims y nos miren con parecida ternura los bienaventurados, desde los pórticos de Notre Dame, de Chartres, del Sarmental, de la Coronería... El milagro ha alumbrado silencioso, sencillo, natural como una aurora, del cincel de este mazonero casi analfabeto.

Cuando el maestro Mateo dio a su obra los últimos golpes de martillo, estaba bien lejos de sospechar que había creado uno de los monumentos más sublimes a la gloria del Altísimo y a la esperanza de los hombres. Pórtico de la Gloria y, al mismo tiempo, umbral misterioso hacia las celestes elevaciones de un arte gótico que habría de sutilizar la piedra hasta delicadezas inconcebibles y la alzaría en aéreas ojivas igual que se alzan y juntan las manos para orar.

Mientras tanto, en su soledad de genio precursor, aquí, al cabo del Camino, maese Mateo se nos ha quedado acurrucado, humilde, a los pies del Apóstol, como pidiendo perdón por su audacia, antes de morir. Y así querrá quedarse para la posteridad, mientras el Pórtico de la Gloria siga abierto, convertido en una especie de piedra votiva, en el *santiño de les croques*, para que las madres gallegas le traigan a sus rapaciños a darle su cabezada, que dicen que desde entonces no sale ningún gallego tonto.

Los ojos del Peregrino habían tenido ocasión de contemplar, a lo largo de su jornada, ingenuos y rudos balbuceos, como un anticipo de esta epopeya única, en otros muchos pórticos del Camino, desde París a Amiens, de Santa Fe de

Conques a San Trófimo de Arlés, a Tolosa, a Santa Cilla y Santa María de Sangüesa, a Estella, a Burgos, a Frómista y Carrión; las trompetas del Dies Irae, los espantos del Juicio Final, del dragón tragándose a las almas precitas... Pero la alegría y la luz de la esperanza le aguardaban, aquí, en esta atmósfera de músicas angélicas y sonrisas de bienaventurados, donde el alma se rinde dichosa para el Amén y el Aleluya final.

El Pórtico de la Gloria se abre a poniente, como en todas las iglesias de esta mano de la cristiandad cuyo testero ha de mirar hacia Jerusalén, sepulcro del Resucitado, porque Él es el Triunfador y todos los amenes y aleluyas de las almas rescatadas a Él se le deben y no son más que el eco universal de su triunfo. Y cuando la trompeta del ángel del día postrero llame a vivos y muertos, es allí donde se congregarán a oír la sentencia que será la última palabra. La suya.

5.5. Capítulo CXXV, «El peregrino y su transfiguración»

Fue en esa hora del atardecer, dorando el sol aquel mundo de figuras celestes, cuando el Infante y su cortejo entraba[n] en la plaza del Obradoiro y subían la escalinata, a decirle adiós al Apóstol. También para ellos el Pórtico del maestro Mateo era el punto final. Allí estaba el Patrón, feliz, sonriente, sobre el capitel del parteluz, adelantándose a despedirles en nombre de Jesús, Hijo del Altísimo, que algo más arriba, en medio del tímpano y rodeado de los instrumentos de su pasión presidía ostentando sus manos traspasadas. Las larvas y sabandijas del mundo satánico se adivinaban subterráneas, aplastadas bajo los pies de los peregrinos que restregaban sus zapatos contra las losas, seguros del perdón alcanzado, pero no se veían. A donde quiera que los ojos se volvieran, todo era gozo y claridad.

Messire Carlos se abrazó al labrado fuste que partía en dos el dintel, en el ósculo ritual de despedida que antes que él habían estampado y después de él repetirían miles y miles de peregrinos. En aquel momento se sentía feliz, fuerte. La gloria del Portico le envolvía. Los rayos del poniente le alcanzaban a él en unos mismos resplandores. Con sólo alzar la cabeza, rozaba, casi, los pies del poderoso Zebedeo.

-¡Está de buenas nuestro Señor Santiago! -comentó alegre volviéndose para los peregrinos que llenaban la escalinata-. ¡Compañeros! Miren vuestras mercedes cómo se nos sonríe.

El Obispo Don Juan aprovechó para sermonearles, por última vez:

-Esa es la sonrisa de los fuertes. De los que lucharon y vencieron. A él le cortaron la cabeza por el nombre de Jesús y llegó aquí degollado. A nosotros menos nos pide Dios. ¡Que un día, hijos, cuando el Señor nos llame, vosotros y yo podamos sonreír así! El Camino ha concluido. Pero este retorno a nuestras casas y nuestros oficios es otro caminar. Sólo al fin de nuestras vidas, si su mano no nos desampara, podremos sentarnos así, con esa misma sonrisa y esa paz a recibir la corona, ahí arriba, en el coro feliz de los salvados.

Dijo: ¡Amén!

¡Amén! gritaron todos agradeciendo que el sermón fuera tan corto.

El Camino había terminado.

A la otra mañanita, casi rayando el alba, Don Carlos y su cortejo se volvían por donde habían venido.

6. Dos capítulos de *Don Vicente*

6.1. Capítulo 19, «Lo que pasó una dominica infraoctava de la Asunción de Nuestra Señora»

La conversión de su huésped el Comendador Beynier fue particularmente estrepitosa y, como se verá, de notables consecuencias.

Estaba Don Vicente en la gazapera de su destartalado confesionario ya antes de la amanecida de aquella mañanita de la dominica infraoctava de la Asunción gloriosa de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos y el día se anunciaba de mucho trajín porque, aún sin cantar los gallos, ya había cola de penitentes que se arracimaban y tropezaban unos en otros, en aquellas tinieblas apenas salpicadas acá y allá por algunas lamparillas temblonas. Y cuando, al cabo de horas, se alzó para celebrar su misa cantada, a la puerta de la sacristía le aguardaba, impaciente, la señorita de la Chassaigne con el aviso de que en la granja de la Maladière, un destartalado caserío de las afueras, al fondo del valle, como a cosa de un cuarto de legua, en un altillo sobre el río, toda la familia del granjero se hallaba enferma y sin pan, y la granjera madre, con parálisis, en una yacija, entre harapos, que parecía que iba a dar las últimas boqueadas. Don Vicente oyó el relato del caso mientras se revestía el alba con prisas, que era ya hora pasada y tenía la iglesia colma.

Y subió al púlpito a predicar.

...Y subió al púlpito a predicar el sermón de aquella dominica infraoctava de la Asunción de Nuestra Señora y el asunto le venía que ni pintiparado en la parábola del Buen Samaritano. Y como su fe era tan viva lo explicaba todo como si lo estuviera viendo.

-«Un pobrecito viajero bajaba de Jerusalén a Jericó -camino de muchas revueltas, temeroso y desierto, flanqueado de cuevas infestadas de ladrones-. En uno de aquellos recodos cayó en manos de unos bandidos, le robaron, lo apalearon y lo dejaron medio muerto, tendido en la cuneta. Al cabo de horas pasó, en su mulo rozagante, un sacerdote que también bajaba a Jericó. Viendo de lejos al yacente, tiró del freno a la cabalgadura y dio un rodeo para no topar con él, eso sí, alzando al cielo los ojos con gesto compasivo. Y tras él, a poco, un levita de los que atienden al servicio de las ofrendas en el templo. Y también pasó de largo. Sucedió que un campesino de Samaría venía detrás espoleando con los zancajos al borriquillo, en parte por sus prisas por llegar con buen sol a la plana de Jericó y en parte también por salir cuanto antes de aquellos vericuetos tan mal afamados... Pero en oyendo los ayes del mal herido se fue para él, lo incorporó, lavóle las heridas con vino de su cantimplora y se las ungió del aceite que llevaba para el condumio pendiente de una cuerna en el arzón. Y arrastrándolo como pudo, acertó a tenderlo de través en su jumento y así que llegó a un ventorro le dijo al

mesonero: "Tomad estos dineros y cuidádmelo, por favor, hasta mi vuelta. Y si gastáis de más, yo os lo abonare"».

...Hijos míos queridos, ¿quién de los tres hizo el bien de caridad? La respuesta la tenéis todos en los labios. Ni aquel orondo sacerdote, ni aquel levita o sacristán o lo que fuere. Y respondéis bien. Pero no por eso penséis quedar tranquilos. Que junto a vosotros, en un atajo del camino que lleva a Bourg, está el mendigo doliente, y no malherido de ladrones, sino por los rigores y desdichas de una vida muy desgraciada. Y no es uno el doliente, sino una familia entera, padre, madre, hijos enfermos, canijos en la pobreza más extrema. Y también vosotros, cada vez que vais o venís de la ciudad con las prisas de vuestros negocios, pasáis de largo delante de ellos y cerráis los ojos o volvéis la cabeza para no amargaros el camino viendo lástimas...

-Los de la Maladière. Son los de la Maladière -murmuraban por lo bajo, dándose del codo, los feligreses...

Callóse Don Vicente, y ya estaba a punto de decir su Amén cuando, volviéndose para el retablo que ardía de luminarias y flores y allí, en medio, estaba en su hornacina, Nuestra Señora, con su manto de lama de plata igual que en el día de la gran fiesta, no pudo reprimir estos gozos de su corazón:

-Hijitos míos, estamos en la dominica infraoctava de la Asunción gloriosa de Santa María a los cielos. Viéndola así en el altar con tanto agasajo de vuestros corazones, ¿quién no se regocijará de contemplarla así de hermosa y sin mancha tal como nos la pinta el Cantar de los Cantares? Estaba, sí, la Virgen María, aquella mañanita de agosto en su lecho de difunta, florido de las rosas de Jericó que a brazadas le habían llevado los apóstoles. Y estaba dormida, que no difunta, diría yo, porque antes de que la hedionda muerte pudiera haber hecho presa en su cuerpo virginal ya bajaban por los aires coros de ángeles y serafines a llevársela a lo más alto de los cielos, al pie mismo de la Trinidad Beatísima, donde tenía dispuesta su silla de oro. Y era toda Ella, la purísima, la Santísima Madre de nuestro divino Redentor, y era toda como un fanal de luz, apenas se acercó el Ángel Gabriel a despertarla. Y me gozo, hijos míos, en pensar que le pondría en las manos aquel mismo lirio que traía de los cielos cuando, en la mañana de la Anunciación, la saludó Madre de Dios.

Sesenta años, uno más uno menos, habrían pasado entre aquella aurora de la redención del mundo y esta otra aurora de su gloriosa ascensión al Paraíso. Y en ese largo intermedio ¡cuánta prueba de parte de la Providencia! ¡Cuánto dolor y qué angustias presintiendo con sus luces de divina Corredentora, desde Belén al Calvario, los dolores y tormentos del Hijo, compadeciendo con Él y repitiéndolo a cada paso, desde el fondo de su corazón de Virgen fiel: «¡Hijo mío, tu madre está contigo!»

Pues no menos hemos de considerar que antes de aquellos martirios de la Pasión, la casita de Nazaret fue un hogar extremadamente humilde y pobre hasta el punto de faltarles, a veces, el pan cuando San José se quedaba sin trabajo y que Ella, en tales ocasiones, tendría que ir a pedirlo de limosna a las puertas de otros vecinos más pudientes...

Y venimos a parar a lo mismo.

Hijitos míos, estoy seguro de que en estos momentos todos estáis pensando: «¡Qué dicha si allá hubiéramos podido estar nosotros! ¡Cómo nos habríamos quitado el pan de la boca!»... Y también estoy no menos cierto de que en este día de hoy, dominica, fiesta de guardar, en muchas de vuestras cocinas no faltará su buen tasajo de cordero tostado al hogaril o la cazuela de gallina en pepitoria, amén de otras suculencias... Pues héte aquí a esta gloriosísima Reina de los cielos que, antes de subir allá arriba, hoy, esta misma mañana, se os presenta de pobre a vuestras puertas y os concede la dichosa ocasión de socorrerla. O ¿es que ya no os acordáis de lo que su Hijo bendito nos tiene dicho que «lo que hicieris con uno de mis pobres, conmigo lo hicisteis»? Pues lo que os dice Él, os lo repite Ella. Ahí la tenéis tendiéndoos la mano desde esa granja abandonada.

Aquellos sencillos cristianos se apropiaron al punto la lección del predicador y para cuando Don Vicente, después de la misa cantada, hubo terminado su acción de gracias, ya había todo un rosario de feligreses que le precedía camino de la granja.

Le bailaba el corazón de gozo y lo comentaba con el sacristán que iba a su vera con la bolsa de los santos Óleos.

A medio camino toparon con el matrimonio Fremonet, que habían sido los primeros en responder a su llamada y regresaban al paso manso de la yegua, con las alforjas vacías.

-¡Ay qué retablo de penas, señor Cura! Con la romería que hay ahora mismo, mucho se remediarán, si Dios quiere; si no es el mal de ella, que es mal de parálisis con la mitad de su cuerpo muerto, que no lo están más los que se pudren bajo tierra y ya sabemos que el difunto ni con caldos de gallina ni con boticas resucita. Y por si fuera poco, el señor Gastón, héctico perdido, que allí no hay aliento ni para soplar un candil. Y a su alrededor una pollada de cuatro criaturas canijas que las cuatro caben en la camada de una clueca. ¡Con la mayor de diez años, diga qué regimiento de casa ha de ser ese!

Don Vicente miraba para el camino que serpeaba delante por la campiña verde y frondosa, parejo del río, y así era verdad que aquello parecía una romería, o más bien, se le antojó, igual que aquella romería de los pastores a la cueva de Belén, con sus zurriones colmados de presentes. En el fondo del corazón daba gracias al Señor, que así había movido la caridad de sus parroquianos.

La urgencia del momento estaba salvada. Pero...

-Pero ¿y después? -se le ocurrió pensar en voz alta a las orejas del sacristán que caminaba a su lado.

-Para el después la palabra la tiene Dios -le replicó éste con mucha sentencia.

-Sí, has dicho verdad. La palabra es suya pero el ponerla en obra, como ahora, lo deja en nuestras manos.

Y así caminaban en su plática cuando tuvieron que hacerse a un lado para dejar paso a un caballero que venía de frente, al trote blando de su cabalgadura. Era el Señor Comendador Beynier, su huésped. Saludó cortés, afable, como ya dijimos que lo era, y mucho. Y se excusó.

-No me descabalgo, Reverendo, porque traigo unas truchas, que acabo de pescar en esas chorreras de más arriba, y el cocinero me estará esperando, que tengo huéspedes.

En efecto, de un cestillo que llevaba pendiente del arzón, entre el aparejo de cañas, aún le iba goteando sobre las polainas embarradas.

Sonrió Don Vicente, que también se dijo en sus principios que tenía, cuando quería, su gracia socarrona, como de buen campesino de las Landas.

-Las truchas son bocado delicado, como para enfermos, ¿no le parece, señor Comendador?

-Para enfermos y sanos. ¡De lo bueno que Dios crió! Y más con los perejiles que sabe ponerles mi cocinera. Siete llevo aquí en la nasa y siete justos vamos a ser hoy a la mesa y todos con buena salud y mejor saque, gracias a Dios.

-Pienso, señor Comendador, y perdone mi pensamiento, que esos buenos comensales no las van a catar.

Beynier se le quedó mirando sin comprenderle.

Don Vicente le apuntaba con el dedo hacia la granja.

-Vuelva grupas y mire para aquel caserío que llaman La Maladière.

-Tierra mía es; quiero decir de mi Encomienda. Pero nunca puse allí los pies. Aquello debe de ser poco menos que un antro de mendigos. Tengo unos quinteros por un almud de trigo de renta al año; y estos años no pagan. ¿Pasa algo, que veo gente en el camino?

-Venga su señoría con nosotros y lo verá.

-Imposible, reverendo señor Cura. Ya le digo que tengo huéspedes.

-Que esperen los huéspedes, señor Comendador. Hay alguien más importante que le espera allí. Se lo aseguro.

De repente, a Don Vicente se le había secado la sonrisa. Tenía el rostro grave igual que poco antes en el púlpito cuando encandilaba a los oyentes. Sus ojillos se clavaban en Beynier como dos agujijones.

-Venga con nosotros. No le pesará. Estará de vuelta en menos que canta un gallo, a tiempo de atender a sus huéspedes. Y le tendió la mano invitándole a descabargar en un gesto que no admitía réplica.

Se desmontó el caballero sin poder disimular el fastidio de no saber oponerse a aquel clérigo mandón que tan inesperadamente amenazaba estropearle el *gaudeamus*. Pero era, dijimos, de muy buena crianza y apacible natural que

aun entre sus convecinos más papistas se hacía perdonar fácil su condición de hugonote y las alegrías de sus frecuentes francachelas. Y a la misma curia de Lyon se la tenía ganada, y no precisamente por las primicias que llegaban a la mesa arzobispal en las tres pascuas del año -no las había más puntuales ni rumbo-bosas-, sino porque allá pensaban, en descargo de sus conciencias y no sin su tanto de sutileza escolástica, que menos perjuicio venía a la verdadera y santa Iglesia de Dios de los escándalos y licencias de un prebendado de la Protesta de Calvino, que no si fuere de un clérigo católico, apostólico, romano.

6.2. Capítulo 20, «La cocina de La Maladière»

La cocina de La Maladière está a pie llano, junto al zaguán destartalado y además, húmedo, por la vecindad de la acequia. Es grande, con el suelo de losas, como para vivirla con la chimenea encendida en cuanto llega el otoño y la leñera bien abastecida. En todos los caseríos del país la cocina es el corazón del hogar. Allí se planean las faenas del campo, se desgranar, se deshojan y descascaran los frutos de las cosechas. En una rinconera, junto a la boca del horno, se amasa el pan; cuando la matanza, preparan el mondongo sobre unos anchos tableros, y luego, de las vigas negras del techo se cuelgan los pernils, toda la succulenta y olorosa mondonguería y, a sus tiempos, también, las rubias mazorcas, las ristras de ajos y pimientos, las uvas puestas a pensar. En la cocina se discuten los asuntos de familia, se ajustan las rentas del año, las ventas y compras para cuando las ferias, las bodas, los bautizos, los herencios. Y acabando el día, mientras trajinan, se rezan rosarios de largas oraciones por vivos y difuntos. Lo demás de la granja son trascuartos, buhardillones para tan sólo las breves horas de dormir sobre un jergón de hojas de maíz, porque las faenas del campo requieren, casi todo el año, madrugar con el alba. En la cocina, en fin, se vive desde que amanece hasta bien entrada la noche a la luz del candil o de las alegres llamas del fogón.

Esto sucede en todas las cocinas campestres del país, menos en La Maladière. Aquí, en su hogaril, apenas chispean las brasas mortecinas de algunos matojos. La sarmentera está vacía porque las cepas de las viñas acabaron por secarse y no dan sarmientos. Y también son viejas rastrojeras ya esquilmadas los dos tranzones de tierra albariza que en sus tiempos traían buena cosecha de centeno. No hay quien los trabaje. Y sin piensos no hay ganado en los establos ni gallinas en el gallinero. El señor Gastón está hético. Hético de sus dos fuelles según le tiene sentenciado el cirujano de Chatillón, que aunque en su oficio no pasa de sacapotrás, el olfato lo tiene fino. Y algo de verdad hay en ese cuerpo canijo que, sólo con levantar la azada y remover un poco la tierra, le vienen unos trasudores, unos golpes de tos que parece que va a echar la corada. Bernarda, su mujer, la comadre Bernarda, era hasta hace poco el puntal de la casa. Se alzaba al alba. Dejaba al marido y a los hijos al cuidado de Reymondeta, la mayor de los cinco, desmedradilla de sus once años pero con seso de mujer madura y bajaba a Chatillon a servir por las casas hasta media tarde que volvía a La Maladière cargada de todo lo que le daban. Mal que bien había para ir tirando, es decir, para ir empalmando el hambre de hoy con el de mañana.

Un día a la señora Bernarda le dio un paralís a la puerta misma del zaguán cuando volvía con su alforja a cuestras y ella y todos los desperdicios rodaron por

el suelo. A duras penas, entre Gastón y los hijos espantados, pudieron llevarla a rastras hasta su yacija donde quedó como un tronco. Y desde entonces, y va para el año, ahí la tienen junto al fogón, muerta de medio cuerpo y con la boca torcida, asistiendo impotente a esa agonía lenta de todo y de todos.

De vez en cuando, algún quintero de los que tienen las tierras medianiles, alguna buena vecina de Chatillon les traen de su pobreza. Otras veces, los dos mayorcitos, cogidos de la mano, se alargan hasta el poblado y piden limosna...

Hoy, de repente, en esta dominica es distinto. Desde media mañana aquello es una romería de gente que les trae cestas de viandas, hatillos de ropa, orzas, letuarios, cuajadas de oveja para la enferma. Algunas buenas comadres que más trato han tenido con la granjera trajinan por aquellos cuchitriles sustituyendo harapos por ropas limpias. Bernarda, desde su yacija de junto al fogón, las sigue con sus ojos desorbitados en los que se concentra todo lo que sus labios no pueden balbucir. Reymondeta corre de un lado para otro porque de todas partes la requieren a un tiempo. Y sentados en la losa del llar, en torno a un cazuelo de revuelto de garbanzos y repollo, los cuatro rapaces devoran como perrillos, ajenos a todo, se disputan con sus cucharas de madera los tropezos de cecina que aparecen entre el potaje.

Gastón, impotente para más, llora en silencio.

Don Vicente y sus acompañantes se han detenido en el umbral contemplando el cuadro.

-Esto quería yo que viera con sus propios ojos, señor Comendador.

Y, sin esperar respuesta, se ha ido para la enferma, se ha arrodillado a su vera y le ha dado a besar el crucifijo que siempre lleva pendiente al cuello. Con aquella destreza que tenía aprendida del alfaquí de Túnez le ha palpado la frente, los pulsos y ha sacado en conclusión que allí hay paciente para rato. Los santos Óleos no son, pues, del caso. Pero, sentándose ahora en una banqueta a su cabecera, hace señas al señor Gastón de que se arrime; y a él y a ella y, en voz puesta para que también lo oiga el caballero Beynier que sigue apoyado en el quicio de la puerta, se pone a hablarles de la providencia de Dios, cosa que en aquel cuadro de desolación casi parece un sarcasmo. Eso se lo figura para sus adentros el frívolo Comendador para quien todas las horas de su existencia son un alegre y despreocupado andar pisando flores. Pero Don Vicente insiste:

-Esto de la providencia amorosa de Nuestro Señor es un misterio que sólo entienden los que tienen los ojos de la conciencia limpios, porque, en resumidas cuentas, es el misterio de la Cruz. La providencia de nuestro Padre que está en los cielos hizo bajar al Hijo a este valle de lágrimas para sufrir con nosotros y redimirnos y salvarnos de la muerte eterna. Los sufrimientos de Jesús habían de llegar a los más increíbles extremos a fin de que todos los que sufren se sintieran como arrojados en los dolores de nuestro Salvador. Por eso, entre todos los tormentos imaginables eligió el más espantoso de todos, el suplicio de la cruz. Al pie de la cruz estaba participando del mismo martirio la persona más queri-

da de Él, su Madre santísima. Y desde entonces, todos los que sufren tienen su puesto de predilección allí, entre Él y Ella pegados al mismo madero por donde chorrea la divina sangre. También ellos son intercesores, por su participación humilde y callada en los dolores de nuestro divino Redentor. Y así resulta, queridos hijos míos de esta granja de La Maladière, que vosotros estáis siendo en vuestro dolor y en esta vuestra pobreza tan grande, como unas verdaderas lámparas expiatorias por los pecados de Chatillón, empezando por los pecados de vuestro indigno párroco; por mis propios pecados, que son muchos y el primero este de no haber venido a visitaros antes.

Decía estas cosas Don Vicente cerrando los ojos y con tal fervor que al viejo sacristán tan curtido en oír sermones se le arrasaron los ojos.

La enferma babeaba sin cesar. Él, interrumpiéndose un momento, sacó el pañolón de su faltriquera y le enjugó los labios. Y proseguía mientras la estrechaba de su mano válida:

-Pero... ¿y luego? -en un luego que será muy pronto porque esta apariencia de vida no es más que un soplo-, dónde estaréis, señora Bernarda y señor Gastón, sino con el amigo Lázaro, que tanto supo, como vosotros, de llagas y miseria? ¿Dónde sino en el banquete de los ángeles en las eternas bodas?

El Comendador contemplaba todo sombrío, inmóvil, sin decir palabra.

Desapareció un momento y volvió al punto con el cestillo de las truchas. Lo puso en manos de Don Vicente.

-Los he contado y veo que también aquí son siete, Reverendo.

-Justo -sonrió el párroco-. Hay una para cada uno. Ya le dije a su Señoría que no las catarían sus comensales...

Vació Beynier su bolsa en manos del granjero sin atreverse a decir palabra y desapareció. Pero ya no tenía prisa en volver a casa. Esperaba fuera acostado a la montura del caballo.

Volvieron ahora por su pie, al paso manso de la cabalgadura. Don Vicente había mandado delante al sacristán porque barruntaba que algo insólito empezaba a cocerse en las recámaras del huésped y la ocasión la pintan calva.

-¿No cabalga, señor Comendador? Le estarán esperando sus convidados.

-También aquí me dijo su merced que había alguien que me esperaba. -Y se detuvo un momento inclinando, grave, la cabeza-. Sí, hace mucho que me estaba esperando... Y no ha de pasar del día de hoy sin darle mi respuesta.

Y aquella misma tarde, en efecto, en el confesonario de San Andrés de Chatillón-des-Dombes, el Comendador Beynier descargó su conciencia.

Dos días más tarde, abjuraba la herejía hugonote ante el Vicario general del Arzobispado y se reconciliaba con la Iglesia de Roma. Y en prueba de su protesta efectiva a la Protesta de Calvino se vestía el sayo de burato de la Cofradía de los Siervos de Nuestra Señora Dolorosa.

NOTA del Grupo Cultural Enrique de Albret

Con motivo del éxito obtenido en el estreno de VOLCÁN DE AMOR (24-9-1922), el Ayuntamiento de Sangüesa quiso homenajear a D. Jenaro Xavier Vallejos y así lo hace constar en Acta el 4 de octubre de 1.922, Acta que se transcribe a continuación:

HOMENAJE A JENARO JAVIER VALLEJOS

"A propuesta del Sr. Alcalde Presidente, se acuerda por unanimidad tributar un homenaje de admiración y cariño al virtuoso y culto sacerdote, hijo de esta Ciudad, D. Jenaro Javier Vallejos, cuyo talento y relevantes condiciones de autor dramático y literato se han patentizado con el éxito obtenido en la representación celebrada en Pamplona, en el Congreso Misional, de su drama VOLCAN DE AMOR.

Con el indicado fin se comisiona a los Sres. Iriarte y Landarech para que organicen el proyectado homenaje, de la forma y modo que resulte más eficaz para testimoniar al Sr. Vallejos la viva satisfacción de este Ayuntamiento y de la Ciudad a quien representa, por contar entre sus preclaros hijos a tan laureado autor y consagrado literato, en quien tantas y tan halagüeñas esperanzas se tienen fundadamente concebidas"

Se acuerda hacer una suscripción popular y, con el dinero recaudado, hacer un regalo al Sr. Vallejos, regalo que consistió en una máquina de escribir "de las llamadas de viaje", con una placa incrustada y con una dedicatoria alusiva al homenaje que el pueblo y Ayuntamiento de esta Ciudad rinden a su esclarecido hijo D. Jenaro Javier Vallejos y Jabala.

Por supuesto que D. Jenaro agradeció profunda y emocionadamente este homenaje.

Índice general

1. Introducción. Datos biográficos y semblanza personal	10
2. Producción literaria	12
2.1. Periodismo y obras menores. «Mi paraguas»	13
3.2. La Navidad y la vida de Jesucristo como inspiración literaria: Viñetas antiguas y Pastoral de Navidad	15
3.2.1. Viñetas antiguas (1927)	16
3.2.2. Pastoral de Navidad (1942)	25
3.3. Un drama sobre San Francisco de Xavier: Volcán de amor (1923)	30
3.4. La narrativa de fondo histórico: El Camino, el Peregrino y el Diablo y Don Vicente	38
3.4.1. El Camino, el Peregrino y el Diablo (1978)	38
3.4.2. Don Vicente (1982)	45
4. A MODO DE CONCLUSIÓN	51
5. BIBLIOGRAFÍA	53
APÉNDICE TEXTUAL	54
1. «Mi paraguas» (artículo ganador del premio de periodismo «Mariano de Cavia» 1925)	54
2. Dos textos de Viñetas antiguas	57
2.1. «Las nueve jornadas»	57
2.2. «San Virila»	59
3. Tres fragmentos líricos de Pastoral de Navidad	66
3.1. [El ángel Gabriel anuncia la Visitación de la Virgen a su prima Isabel]	66
3.2. [Villancico de la Pastora]	67
3.3. [Canción de cuna de Taratoles]	69
4. Dos pasajes líricos de Volcán de amor	69
4.1. [Monólogo primero de San Francisco Xavier]	69
4.2. [Segundo monólogo de San Francisco Xavier]	70
5. Prólogo y cuatro capítulos del El Camino, el Peregrino y el Diablo	71
5.1. «Prólogo» del autor	71
5.2. Capítulo XLVI, «Sangüesa. Ha muerto un peregrino»	77
5.3. Capítulo CXXIII, «La procesión de mitras»	77
5.4. Capítulo CXXIV, «El Pórtico de la Gloria»	80
5.5. Capítulo CXXV, «El peregrino y su transfiguración»	82
6. Dos capítulos de Don Vicente	83
6.1. Capítulo 19, «Lo que pasó una dominica infraoctava de la Asunción de Nuestra Señora»	83
6.2. Capítulo 20, «La cocina de La Maladière»	87